

Arraigadas

Pensar las políticas de género desde las raíces

Ana Laura Fuentes (compiladora)



UNSAdeA

UNIVERSIDAD NACIONAL • SAN ANTONIO de ARECO

Arraigadas

**Pensar las políticas de género
desde las raíces**

Arraigadas

Pensar las políticas de género desde las raíces

Reflexiones del primer conversatorio
sobre mujeres, género y arraigo
de la Universidad Nacional de San Antonio de Areco

Ana Laura Fuentes (compiladora)

Universidad Nacional de San Antonio de Areco
www.unsada.edu.ar

Rectorado
Zapiola N° 362 (CP 2760)
Teléfono: 02326 510032
San Antonio de Areco, Bs. As

Secretaría de Relaciones Institucionales
Sede académica Güiraldes
Av. Güiraldes N° 689 (CP 2760)
Teléfono: 02326 453079
San Antonio de Areco, Bs. As

Diseño y diagramación de tapa e interior: Claudia Di Paola

Edición y corrección: Mariángel Mauri



Universidad Nacional San Antonio de Areco

Rector

| **Dr. Jerónimo E. Ainchil**

Vicerrectora

| **Mg. Silvina A. Sansarricq**

Secretario General

| **Lic. Pablo Rossi**

Secretario Académico

| **Prof. Walter Bonillo**

Secretario de Investigación e Innovación

| **Mg. Fernando Fernández**

Secretario de Extensión Universitaria

| **Lic. Patricio Santos Ortega**

Secretaria de Relaciones Institucionales

| **Lic. Ana Laura Fuentes**

Secretario Económico-Financiero

| **Cdor. Rafael Goymil**

Secretario de Planeamiento

| **Ing. Federico Uslenghi**

Auditor

| **Luis Labato**

Índice

Prólogo, **Silvina Sansarricq** 07

Construir igualdad con arraigo. Apuntes para la lectura de esta
publicación, **Ana Laura Fuentes** 11

Palabras preliminares desde el Movimiento Arraigo,
Francisco Durañona 17

Mujeres, género y arraigo

El arraigo como posibilidad creativa, **Dora Barrancos** 23

El feminismo como potencia transformadora, **Diana Maffía**
y **Lala Pasquinelli** 37

Gestionar desde la perspectiva de género: un camino hacia la institucionalización

Políticas de género en clave de arraigo, **Elizabeth Gómez Alcorta** 63

Una conquista institucional de una lucha histórica, **Estela Díaz** 73

Conocimiento feminista en la agenda pública

Mi cuerpo, mi territorio, mi hogar: maternar es político,
Julieta Saulo y Pamela Ares 93

Género y arraigo: nuevos ejes de investigación, **Raquel Tarullo**,
Alejandra de Arce y Nemesia Hijós 105

Transformar los medios de comunicación

Comunicación en el arraigo: ser portavoces de las transformaciones,
Julia Mergolini, Daniela Núñez Correa, Lucía Idiart

y **Camila Pannunzio** 127

Reflexiones finales, **Ana Laura Fuentes** y **Lorena Biancheri** 144

Prólogo

La Universidad Nacional de San Antonio de Areco (UNSAaA) es una universidad reformista en donde la autonomía, el cogobierno, la gratuidad, el ingreso irrestricto y la libertad de cátedra son principios rectores de la docencia, la investigación y la extensión. Su objetivo esencial es formar personas solidarias, capaces de generar pensamiento original, crítico y fundado; personas comprometidas con la democracia y con el bienestar de sus comunidades y su territorio.

Creada en la segunda década del siglo XXI e integrada a la realidad global y territorial, así como a la sociedad de la que forma parte, la UNSAaA porta desde su nacimiento las marcas de los debates de estos tiempos: sociedad del conocimiento, tecnologías de la información y comunicación, ambiente, cambio climático, desarrollo sostenible, ampliación de derechos, entre los más sobresalientes.

En este sentido —el de la ampliación de los derechos— la UNSAaA integró rápidamente en su agenda la eliminación de toda violencia o discriminación por sexo, género u orientación sexual a través de la participación activa en la Red Universitaria por la Igualdad de Género y contra las Violencias (RUGE), creada en el ámbito del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN), para colaborar en el diseño y desarrollo de políticas que contribuyan a erradicar las desigualdades de género en todo el sistema universitario.

En el marco de los lineamientos propuestos por la RUGE —red en la cual la UNSAaA ha tenido una participación comprometida—, han surgido

diversas iniciativas, con una perspectiva de intervención transversal, orientadas a sensibilizar al respecto a toda la comunidad universitaria y a las comunidades de la región de influencia de la universidad, en el noreste de la provincia de Buenos Aires.

El compromiso institucional con este tema posibilitó generar el acervo institucional suficiente para elaborar el “Protocolo de acción institucional para la prevención e intervención ante situaciones de violencia o discriminación por sexo, identidad de género u orientación sexual” (Resol. (CS) N.º 117/2018), como marco procedimental y de promoción de un ambiente libre de violencia física o psíquica contra las personas y exento de toda forma de discriminación.

Por otro lado, en cumplimiento de la Ley 27499, conocida como Ley Micaela, se promovieron encuentros de capacitación en temas de género y violencia contra las mujeres, para autoridades y funcionarias(os) de la universidad. Dichos encuentros se realizaron en el marco del proyecto firmado entre el Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) y la ONU Mujeres e Iniciativa Spotlight, que tiene como metas concientizar a las personas sobre estos temas.

El 30 de abril de 2021, el Consejo Superior de la Universidad aprobó el uso de la Guía para un lenguaje no sexista (Resolución N.º 261/2021), elaborada en el ámbito del Consejo Interuniversitario Nacional (Resolución DG N.º 147/2021), a fin de unificar los modos de enunciación de las comunicaciones del sistema universitario desde una perspectiva no sexista.

A su vez, conociendo el territorio en el que está inserta y consciente de que los nuevos paradigmas de género plantean la necesidad de crear ámbitos de reflexión, de discusión, de sensibilización y de acceso a herramientas conceptuales y procedimentales, la UNSAdA lleva adelante actividades dirigidas a las personas de su comunidad.

Entre otras, se destaca la inauguración del Banco Rojo, en la Sede Güiraldes de la Universidad, una iniciativa internacional que busca visibilizar

la violencia de género interviniendo sobre el espacio público para generar conciencia en la sociedad. Por otra parte, se representó la obra de teatro *Lisístrata* en varias ciudades de la región, a cargo de estudiantes del Taller de Teatro Leído del Programa de Adultos Mayores. Esta obra retrata el rol de las mujeres en la Antigüedad. En el marco de la VIII Jornada de Juventud y Ciudadanía, organizada por estudiantes de la UNSAdA, se realizó el encuentro “Una mirada desde el género y las diversidades, en tiempos de cuarentena”, dirigido principalmente a jóvenes, a cargo de referentes de la ONG Diversidad Pergaminense.

En la misma línea, la Secretaría de Relaciones Institucionales de la UNSAdA organizó el Conversatorio Mujeres, Género y Arraigo en el 2020, con el propósito de generar un espacio de reflexión acerca del rol de las mujeres, la perspectiva de género y el arraigo, el acceso a la salud, al trabajo y la educación, las desigualdades y la violencia.

En el conversatorio tuvimos la oportunidad de escuchar a mujeres destacadas del ámbito académico, científico, cultural y político, con historias de vida, procedencias, vivencias y miradas diversas sobre estos temas. El espacio nos permitió indagar sobre las tensiones que se generan en torno al género y sobre el rol de las mujeres en la sociedad actual. La particularidad que aportó el conversatorio se relaciona con la propuesta de pensar el tema desde la perspectiva del arraigo, y las derivaciones que pueden recorrerse a partir de un pensamiento anclado en un territorio, entendido como un ámbito geográfico, pero también social, simbólico y político, desde donde las personas pueden desarrollarse y expresarse.

Esta publicación pretende realizar un aporte a la formación de ciudadanas(os) que puedan hacer uso de sus derechos en un clima de libertad y de diversidad, en una sociedad que no admita ni discriminaciones ni violencias de ningún tipo.

Tomando las palabras de la ministra de las Mujeres, Elizabeth Gómez Alcorta: “Producir un libro que compila investigaciones sobre el

entramado género y educación superior significa un aporte sustancial a la problematización de la incorporación de la perspectiva de género en las políticas universitarias argentinas” (*RUGE, el género en las universidades*, 2021: 7).

El ámbito de la Universidad se presenta como el lugar más pertinente para tramitar las emociones que pueden movilizar estos temas —acuerdos, desacuerdos, compromisos, diferencias y tensiones— en un clima de equidad, libertad y respeto de la diversidad de opiniones e ideas. Porque Universidad significa universo de ideas, pluralidad de pensamientos; desde allí su vocación para propiciar todos los debates políticos, sociales y culturales necesarios en torno a los temas que las sociedades actuales deben afrontar para garantizar el desarrollo sustentable de las comunidades: las tecnologías, los derechos, el ambiente, las reducción de las desigualdades económicas, entre los más sobresalientes.

Pocos meses después de finalizado el último encuentro del conversatorio, la UNSAdA inauguró, durante el 2021, una nueva etapa de gestión, haciendo foco en los tres desafíos centrales que hoy enfrentan todas las universidades: inclusión, calidad e innovación; ejes sobre los cuales comenzó a construirse esta universidad.

Esta breve reseña y la publicación en particular dan cuenta de que estudiantes, docentes, no docentes y graduadas(os) constituimos una comunidad universitaria comprometida con las cuestiones relacionadas con el género y el feminismo, la igualdad y la erradicación de violencias y discriminaciones sociales; una universidad que impulsa e implementa políticas y acciones que mejoren la calidad de vida del territorio y que posibiliten el desarrollo de una sociedad más justa e igualitaria.

Silvina Sansarricq
Vicerrectora UNSAdA

Construir igualdad con arraigo

Apuntes para la lectura de esta publicación

La Universidad Nacional de San Antonio de Areco es, al presente, la última Universidad nacional creada en nuestro país. Como parte de la ola de Universidades jóvenes creadas hasta el año 2015, se propone, entre sus principales desafíos, crecer en el marco de las nuevas demandas del siglo XXI: la conectividad como un derecho, la transversalización de la cuestión ambiental, la perspectiva de género y el desarrollo de las políticas de cercanía para el crecimiento regional, es decir, el arraigo.

Digo arraigo porque justamente la generación de valor e innovación en el territorio fue lo que impulsó la existencia de esta casa de estudios. Si queremos desarrollos estratégicos y equitativos, si observamos a nuestro país y a cada una de sus provincias y municipios desde una óptica federal, si nos detenemos a escuchar y a mirar sus potencialidades, sus problemáticas estructurales, su falta de respuestas, en algunos casos, incontables demandas que aún no tienen respuesta, en otros, veremos cómo el crecimiento desigual y sin planificación ha derivado en oportunidades dispares para la mayoría de las personas.

Creemos que esta situación se equilibra, precisamente, con arraigo: con más y mejores políticas públicas locales para el desarrollo regional del territorio y de sus habitantes. Las políticas públicas son pensadas desde los Gobiernos locales, desde diferentes estratos del Estado, y en ello es clave el rol de las Universidades. La presencia de una mayor cantidad de Universidades significa, para cada región, la posibilidad de contar con más investigación, más profesionales, un conocimiento más profundo de las problemáticas locales, mayor capacidad de solución, y una planificación más organizada y eficiente.

En esta misma línea, creemos que no puede haber, en el siglo XXI, planificación, crecimiento, políticas públicas ni desarrollo sin perspectiva

de género, sin políticas de igualdad, sin reflexiones sobre las injusticias que sufrimos las mujeres y diversidades, y sin pensarnos construyendo soluciones superadoras de las violencias.

Este es el marco que nos impulsó, desde la Secretaría de Relaciones Institucionales, a crear el Conversatorio Mujeres, Género y Arraigo en el 2020, que se proyectó como un ámbito de reflexión y diálogo para pensarnos haciendo mejores acciones, promoviendo mejores reflexiones, a fin de construirnos y deconstruirnos como profesionales más justos, para ser mejores de lo que fuimos.

Mediante un ciclo de charlas virtuales, distintas mujeres provenientes de ámbitos tan diversos como las ciencias sociales, la política, la gestión pública, el feminismo, la investigación, el activismo social, los medios de comunicación, entre otros, se reunieron para reflexionar sobre la situación actual de las mujeres y las políticas de género.

La Universidad es un ámbito apropiado para promover un diálogo que integre la mirada académica con las percepciones propias de la comunidad, en un tema que se encuentra cada vez más presente en la agenda de las políticas públicas nacionales, provinciales y municipales. En este sentido, el objetivo de este ciclo fue reflexionar acerca del rol de las mujeres, la perspectiva de género y el arraigo; el acceso al trabajo y a la educación, las desigualdades y la violencia; todos aspectos transversales a las sociedades.

La presencia de una Universidad en la región brinda la oportunidad de ingresar a estudios superiores a cientos de jóvenes que, hasta ahora, debían buscar su futuro en las grandes ciudades como única posibilidad de desarrollo profesional, y también a aquellas personas de menores recursos económicos, que se veían obligadas a ingresar tempranamente

al mercado laboral. Con el transcurso del tiempo, la permanencia de esas juventudes en la región generará profundas transformaciones en estas comunidades, no solo económicas, sino también culturales y sociales.

La juventud cumple un rol esencial de transformación social y, en este sentido, temas que antes parecían lejanos o silenciados en las agendas locales, comienzan a ser cotidianos, gracias a las inquietudes y cosmovisiones de las nuevas generaciones; la perspectiva de género, el lenguaje inclusivo, el rol de las mujeres se vuelven temas de contrapunto generacional y de diálogo en distintos ámbitos de la comunidad.

No podemos dejar de mencionar el contexto absolutamente excepcional en el que se desarrolló este intercambio: la pandemia de la covid-19 y el aislamiento social y preventivo que nos vimos obligados a acatar los argentinos y las argentinas durante el 2020. Una pandemia que, si bien, por un lado, generó nuevas oportunidades relacionadas con la virtualidad, por el otro, puso en evidencia las brechas y desigualdades más básicas y elementales en las que se halla inmersa nuestra sociedad, y nos permitió también señalar los muchos asuntos pendientes en las agendas públicas.

Principalmente, hemos visto cómo se ha revalorizado el rol de actores sociales relegados (personal de salud, personal de seguridad, sector educativo, cadenas productivas, investigadores, etc.), pero también, al confinarnos a nuestros hogares, nos ha enfrentado, en medida aún mayor, a la violencia y las desigualdades que muchas veces se producen en el contexto del hogar y que especialmente sufren las mujeres y las infancias. En relación con esto, el aislamiento obligatorio dio lugar a la visibilización de las invisibles tareas de cuidado, que mayormente recaen sobre las mujeres, y del uso del tiempo determinado culturalmente por la cuestión de género.

Este primer conversatorio se llevó a cabo de manera virtual a lo largo del ciclo lectivo 2020. La virtualidad nos permitió contar con la presencia de las ministras de Género de la Nación, Elizabeth Gómez Alcorta, y de la provincia de Buenos Aires, Estela Díaz; también contamos con la participación de Dora Barrancos, Julia Mengolini, Diana Maffía, Lala Pasquinelli, entre otras valiosas mujeres que hicieron sus aportes desde sus vivencias, sus saberes y sus territorios.

Las temáticas de las contribuciones fueron diversas y, si bien se recorrió una cantidad interesante de tópicos, algunos otros quedaron sin ser abordados, lo cual siempre deja abierto el fecundo camino para nuevos intercambios y encuentros.

Hablamos sobre los derechos de las mujeres en las ciudades del interior desde una perspectiva histórica, sobre las desigualdades de género y de acceso a la educación, sobre violencia de género y políticas públicas, sobre el rol de las mujeres dirigentes, como un nuevo paradigma que transforma la política, sobre las mujeres en la ciencias. Debaticimos sobre el cuidado y la crianza como expresiones políticas. Reflexionamos sobre las construcciones culturales que nos atraviesan y las diversas maneras de manifestarlas en lo heterogéneo y variado de cada territorio.

Todas nuestras reflexiones se articularon desde la mirada del arraigo, y encontramos una subjetividad autorreflexiva en cada oradora, porque a todas ellas el arraigo o el desarraigo las ha atravesado de una u otra manera, y porque todas se mostraron dispuestas a mirarse desde nuestra invitación a pensarnos con los pies en el barro, en el barrio, en la propia cuadra. Los intercambios y las devoluciones fueron maravillosos.

Este libro es el resultado del encuentro de todas esas miradas a través de la reflexión y la construcción colectivas. Tomamos el desafío de realizar una curaduría de las exposiciones y los intercambios orales de las participantes, con su diversidad de registros y estilos personales de enunciación, para dar forma a una publicación que se adecuara a los estándares de la lengua escrita. En ocasiones, fue necesario contextualizar o apostillar algunas alusiones a fin de incorporar la información que subyace a esas reflexiones y que puede no ser evidente a todos los lectores.

Gracias a quienes hicieron posible que hoy nos encontremos en estas páginas, compartiéndose y aportando a la construcción de un espacio y una publicación colectiva.

Les dejamos la invitación a recorrer este conversatorio, que tuvo que transformarse desde la oralidad de muchas casas, oficinas y ministerios a estas letras tipeadas, convertidas en escritos, pero no por eso estáticas, sino siempre en movimiento y transformación.

Ana Laura Fuentes

Secretaria de Relaciones Institucionales

UNSAaA

San Antonio de Areco, marzo de 2022

Palabras preliminares desde el Movimiento Arraigo

Es un verdadero gusto escribir estas líneas a modo de prólogo de esta publicación que recoge las conferencias del Conversatorio Mujeres, Género y Arraigo en el 2020. Celebradas en la Universidad Nacional de San Antonio de Areco por iniciativa de la Secretaría de Relaciones Institucionales, estas charlas convocaron a especialistas de todo el país para pensar respuestas a problemáticas locales.

Es un honor haber contado con figuras como la gran pensadora Dora Barrancos, la ministra de las Mujeres, Género y Diversidad de la Nación, Elizabeth Gómez Alcorta, y su par bonaerense, Estela Díaz, entre otras destacadas mujeres argentinas.

Escuchar sus voces, conocer en detalle sus visiones de los desafíos de la Argentina actual y poder compartir con ellas experiencias locales no solo enriquecen el quehacer universitario, sino el de todas nuestras comunidades.

Cualquier proyecto que promueva el arraigo de los pueblos en sus territorios, mediante la ampliación de oportunidades, debe pensarse con perspectiva de género, incorporando las inquietudes y problemáticas de mujeres, feminismos y diversidades. Solo así podremos construir sociedades verdaderamente justas e igualitarias, con más derechos para todos, todas y todes, en cada rincón de la Argentina, sin importar la ubicación geográfica ni la cantidad de población.

El acceso a la tierra y la vivienda urbana y rural, para vivir y producir; el empleo digno y bien remunerado, los alimentos saludables a precios justos, los centros de salud, el sistema educativo desde los 45 días del nacimiento de niños y niñas, el acceso a la Justicia en cada territorio, las políticas de lactancia y parto respetado, el acompañamiento durante

el embarazo, la presencia institucional para erradicar todo tipo de violencia y muchos temas más han formado parte de los debates generados en el marco de estas conversaciones, lo cual da cuenta de la enorme necesidad de su presencia e implementación en ámbitos locales y del interior.

En ese sentido, resulta fundamental el rol de las Universidades. Contar con acceso a la educación superior pública, gratuita y de calidad en cada territorio o región debe ser un objetivo irrenunciable y debemos trabajar para garantizar su despliegue y presencia en todo el país.

Así buscamos hacerlo desde San Antonio de Areco, donde la UNSaDA abre espacios de debate y de búsqueda de respuestas desde lo local para contribuir a desafíos colectivos.

Este conversatorio, ahora convertido en publicación, es un importante aporte en el camino propuesto.

Francisco Durañona

Senador de la Provincia de Buenos Aires
Movimiento Arraigo

Arraigo quiere decir un reverbero, una posibilidad de expresar nuestra creatividad. Arraigo no debe ser solamente el severo sino del destino; debe ser la oportunidad para que las mujeres se encuentren en expresiones de creatividad, de autonomía, para que efectivamente sean más solicitadas a expresarse en actividades vinculadas con una mejor adecuación y articulación de sus subjetividades.

Mujeres, género y arraigo

Mediante un repaso histórico de los orígenes del patriarcado, de los antecedentes de participación de las mujeres argentinas en la política y de las circunstancias políticas y sociales que dieron lugar al nacimiento del feminismo, la historiadora propone la construcción de una forma de arraigo que promueva posibilidades habilitantes para que las mujeres puedan realizarse como seres económicos, insertarse en el mercado laboral, y que aliente la expansión de sus subjetividades. El arraigo como una construcción trazada desde una perspectiva local, desde los valores, las experiencias y las condiciones de producción de cada territorio.

En este momento, en nuestro país, estamos transitando un cambio de época que, sin dudas, se va a nutrir fuertemente de todos los estímulos, las exigencias, los reclamos y los reverberos que ha suscitado el derrame del feminismo en nuestras comunidades. Hace poco tiempo escribí un texto en donde señalaba la diferencia en la articulación entre aquellas feministas de los años 1980 y 1990. Más allá de las circunstancias particulares, quien se acerca al feminismo evidentemente adopta un cauce que ya no puede abandonar; se vuelve inevitable otorgarle esa centralidad en nuestras luchas, en articulaciones mayores de sentido.

El cambio de época del que hablamos tiene un registro anterior en nuestro país que me gustaría examinar: las mujeres argentinas han tenido una cierta habilidad en comparación con otras demografías

femeninas en América Latina —un acierto que debe buscarse no solamente en el siglo XIX, sino más atrás en el tiempo—, una forma de actuación de las mujeres con conductas marcadas por un componente de alta politización. Si se examina la participación de la mujer a partir del siglo XIX, podrá verse que siempre hay una opinión que funda la presencia de mujeres, aun cuando está muy lejos la cristalización de la ciudadanía. El siglo XIX en Argentina presenta cuadros de mujeres, como la célebre Mariquita Sánchez, una mujer de altísima politización; Encarnación Ezcurra, por supuesto; su hermana Josefa, que fue una arquitecta popular muy importante. (La gestión de Rosas no podría comprenderse del todo sin la militancia de Josefa como articuladora de los sectores populares). Más cerca en el tiempo, Juana Manso... Podríamos nombrar a muchísimas mujeres que aparecen en el horizonte de ese siglo. Todas ellas manifiestan una cierta espesura de contacto con lo que serían las zonas públicas de la politización. Si esto se lleva a las posibilidades que tienen las mujeres en el siglo XX, superando algunas grandísimas dificultades en las que voy a explayarme para situar al patriarcado como un fenómeno transhistórico, se observa que, en la Argentina del siglo XX, las mujeres van a desarrollar con mayor fuerza la esfera de la superficie politizada, que coagula en una figura como la de Evita, poco frecuente en América Latina. Esa proyección pública en la arena política es una situación muy singular ejercida por Evita. Ella es la condensación de ciertas cuestiones muy particulares: hay un proyecto más allá de los límites en que ha sido colocada la mujer por efectos patriarcales; un proyecto que se insinúa en orden a una petición de experimentar la cuestión pública. Luego, más cerca en el tiempo, este país ha arrojado figuras como las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo y figuras del porte de Cristina Fernández de Kirchner. Una situación que releva, sobre todo, algo de la condición de posibilidad para la política de las mujeres en Argentina; y todo esto a contrapelo, contrariando la malla espesa del sistema patriarcal.

El sistema patriarcal es un sistema creado en un momento determinado de la historia de la humanidad. La jerarquía relativa de los grupos masculinos a lo largo de los tiempos es una creación absolutamente nueva dentro de la historia, porque corresponde al Neolítico superior, un momento de cambio en la historia de *Homo sapiens*, que se remonta a siete u ocho mil años. Se trata de un largo período de transformación, de posibilidades herramientas nuevas y más complejas, de evolución de un extenso ciclo, al que llamamos Revolución agrícola. Un período constituido por varios momentos, en el que comienzan a ampliarse las posibilidades agrarias, lo cual conduce a una mejor expectativa de vida, a una mejor supervivencia.

Por otra parte, se trata de un momento en el que se producen las primeras y más complejas relaciones de arquitectura del poder. En esa encrucijada de cambios materiales y simbólicos notables, probablemente por obra de la propia Revolución agrícola, ocurre un cambio fundamental en lo que hoy llamamos relaciones de género. Hasta el Neolítico superior no había diferencias funcionales entre sexo femenino y sexo masculino, porque nuestros antecesores y nuestras antecesoras aún vivían en una situación de total labilidad, con una expectativa de vida mínima. (En el Neolítico superior se llega a una expectativa de vida de, cuando mucho, 38 años). En esa situación de ampliación de las posibilidades de supervivencia y de complejas relaciones de poder, surge el patriarcado, primero, con la idea de privatización, patrimonialidad e invento de la propiedad privada —que nada tiene que ver con la idea de propiedad burguesa—. Esa idea de patrimonialidad tiene como objeto a las mujeres. El ejercicio de patrimonialidad sobre las mujeres luego se va a ejercitar sobre los objetos, los recursos, los animales.

Conviene que esto quede muy claro, porque solemos pensar que el diferencial jerarquizado y funcional entre varones y mujeres es una cuestión atribuida naturalmente a la especie humana. Pero insisto:

las disposiciones naturales nada tienen que ver con jerarquizaciones sexogénicas, sino con una circunstancia crucial como lo fue ese pasaje del Neolítico superior, en donde aparece el principio de ordenamiento de las mujeres, de ordenamiento simbólico de la vida. Es muy difícil saber en qué momento nuestra especie comienza a establecer para sí este ordenamiento interno de orden simbólico, un mandato hecho de normas y de una cierta legalidad que se pone en nuestras subjetividades y que, de todas formas, tiene como contrapartida el ejercicio del poder por parte de los varones.

Desde luego, esa patrimonialidad ejercida sobre las mujeres ha sufrido algunos cambios a lo largo de la historia. Hay momentos en la historia en los que ha tenido mayor debilidad y otros momentos en los que el patriarcado tiene una reestructuración de mucho sometimiento, por ejemplo, en el orden romano, un orden de absoluta sujeción al *pater familias*, quien rige y tiene derecho sobre la vida de todas las personas de esa familia, de las mujeres, de los más débiles, etc.

Más cerca en la historia de Occidente, el patriarcado ha tenido momentos de cierto aflojamiento, en particular, después de la caída del Imperio romano, cuando la vida se ruraliza. Luego, vuelve a haber una reurbanización entre los siglos XI y XII. En la Alta Edad Media se observa una cierta fragilidad del ejercicio patriarcal.

Los cambios más grandes en la historia del patriarcado se refieren al cambio desde el Antiguo Régimen, a finales del siglo XVIII, y el salto a la modernidad, producida por el nuevo estatuto burgués de organización de la sociedad. Cuando se consolida el orden burgués, se combinan nuevos arquetipos relacionales de género, y aparece, en efecto, un dispositivo de segregación de las mujeres a la vida doméstica. El orden burgués ha sido un orden absolutamente diferenciador de esferas públicas y privadas; la esfera privada, la doméstica, es el lugar donde deben estar las mujeres. En sus concepciones, la mujer

debe parir, cuidar, asistir, higienizar; ese es el mandato dirigido a las mujeres. Los varones, por su parte, deben ser regentes de la vida pública. Se trata de un nuevo orden jurídico donde encontramos, como nunca, una sobrepotestad de los varones respecto de las mujeres. Por ejemplo, el Código napoleónico, de 1804, determina la inferioridad jurídica de las mujeres. Un orden que fue copiado en América Latina y replicado de manera incontestable. Argentina dicta su propio Código Civil, entre 1869 y 1871. Este ordenamiento burgués y liberal impregna los sentidos de ordenamiento del Estado como un ordenamiento según el cual las mujeres son “el ángel del hogar” y los varones son quienes tienen regencia sobre la vida pública y ejercitan el poder político, dándose para sí la noción fundamental de derecho humano, de derecho individual, de derecho de soberanía individual, etc. Sin embargo, el pasaje de la mujer al orden doméstico ha sido de una crucialidad notable. Solo a fines del siglo XIX las mujeres pudieron ingresar en las Universidades y, en esas circunstancias, encontramos el nacimiento de las primeras agencias por los derechos de las mujeres, que luego se llamarán feminismo.

Las primeras feministas reclamaban, para decirlo de manera sintética, derechos cívicos y políticos, derechos a la educación y a ser reconocidas, inclusive a su maternaje. Fueron las feministas las que pidieron a los Estados el reconocimiento de su enorme contribución como madres y solicitaron las asignaciones familiares. Por supuesto, los Estados fueron otorgando las asignaciones familiares a los trabajadores varones.

En la segunda mitad del siglo XX, las cuestiones relativas al feminismo tuvieron una agitación extraordinaria. Esa convulsión innovadora de la agenda feminista consistió justamente en una caracterización detallada, muy rigurosa, de lo que era el sistema patriarcal, consistente en violencia en todas sus manifestaciones. Establecer la violencia como parte ínsita del sistema patriarcal fue una conquista extraordinaria del feminismo de la Segunda Ola, que tuvo una generación muy amplia de

repercusiones en todo el mundo, y llegaron a la Argentina tardíamente, porque aquí nosotras nos encontrábamos en la plena convulsión de las transformaciones prorradicación de nuestras sociedades. De modo que muchas mujeres nos convertimos en feministas en el exilio y muchas otras se tornaron feministas en el propio transcurso de la historia.

En Argentina, el primer derecho se consiguió en 1926: una cierta igualdad en el Código Civil con respecto a la circunstancia femenina; en 1947, el voto femenino, gracias a la tremenda saga heredada de todas las luchas feministas, pero con una rigurosa imposición de la propia Evita para que se sancionara la ley en septiembre de ese año; en 1968 se produjo una reforma del Código Civil muy importante: se resolvió que las mujeres casadas pudieran enajenar sus bienes propios sin la firma de su marido. La Argentina tiene una serie de derechos relativos a la condición femenina muy importantes en América Latina: la CEDAW (Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer), recogida en la propia Constitución nacional; la Ley 26485, de Protección Integral a la Mujeres; en el Código Penal, penas maximizadas por femicidios; y conquistas de derechos individuales que van más allá de las mujeres, pero que deben ser leídas también dentro de los cauces que animaron a la diversidad sexual: la Ley de Matrimonio Igualitario, la Ley de Identidad de Género; y otras modificaciones, como la Ley Micaela, que obliga a todos los ámbitos del Estado argentino, en todos los elementos de sus poderes y en cualquiera de sus funciones, de sus normas, acciones, determinaciones, fallos, etc., a actuar con perspectiva de género.

Con relación al arraigo, dadas las condiciones en las que el propio patriarcado instaló a las mujeres en conchos muy particulares de vigilancia doméstica, de cuidado, de supervisión y otras restricciones, las mujeres han desarrollado altas competencias para el arraigo, por

una cuestión cultural. Por estar restringidas dentro del ámbito de lo doméstico, de la casa, por su misma socialización primaria, las mujeres han sido capacitadas para una gestión regulativa de las fórmulas más primarias con respecto a las relaciones vinculares esenciales. Las mujeres tienen una formación en la cultura que las invita mucho más a posiciones de arraigo, lo cual no implica ser expositoras de modos conservadores de vivir; arraigarse no quiere decir exposición de motivos conservadores. Hablamos de sociedades que han sido violentamente desarraigadas, muchas veces obligadas a modificaciones brutales de vida, por exilio económico o político, que han ocasionado fuertes averías en la estructura personal y familiar. Algunos análisis conjeturan que los desarraigos traen muchas más consecuencias para las subjetividades de las mujeres que para las de los varones. Hay allí un principio propedéutico de la propia gestión patriarcal: el patriarcado desobliga, en cierta medida, a los varones al desarraigo. Los varones estuvieron incluso eximidos del control de la moralidad radicada, por ejemplo, en un tipo de devociones afectivas cristalizadas en la monogamia. En esta expresión de moral monogámica que el patriarcado les pide a las mujeres hay un contraste respecto de la moral habilitante, de doble rasero, que han tenido, en general, los varones. Tal vez allí se producen fenómenos de probables desarraigos, de diversa consecuencia, a los que han sido estimulados los varones.

¿Qué condiciones de arraigo debe promover la Universidad en su relación con la comunidad? Me interesa estimular fuertemente que haya posibilidades habilitantes para actividades económicas de las mujeres, de modo que puedan realizarse como seres económicos, en una posibilidad que les resuelva una situación muy típica del género femenino: la tensión que se instala por acción de ese péndulo que gravita siempre entre las obligaciones domésticas y las responsabilidades públicas. A pesar de los enormes cambios culturales,

del enorme paso que han dado las mujeres, aun así, es necesario trabajar en ello.

Recordemos que la legitimidad del trabajo femenino extradoméstico es una conquista de la segunda mitad del siglo XX. La Argentina ha tenido limitadas participaciones de las mujeres en el mercado laboral. En este momento, tenemos una participación inédita de las mujeres en las actividades económicas, a pesar de estos últimos años de profunda crisis. Aun así, o quizás por eso mismo, las mujeres tienen una expresión masiva de procura, en el mercado laboral, de oportunidades para sortear las dificultades.

Sin embargo, existen cambios notables: antes las mujeres salían al mercado laboral temporalmente y regresaban al ámbito doméstico. Pero, en los últimos veinte años, las mujeres van al mercado laboral y se estabilizan; ya no regresan a la casa para dedicarse exclusivamente al cuidado.

En ese sentido, la Universidad debe contribuir fuertemente a producir arraigos; arraigos que no tienen que ver con ponderaciones conservativas de la vida, sino creativas, exaltadoras de una manifestación subjetiva más libre, más autónoma, dando muchas más oportunidades a las mujeres para que efectivamente tengan inserción en el mercado laboral, y continuidad en ese mercado, y que existan, desde luego, políticas estables de previsión, de estimulación y de sostenibilidad de las mujeres en el mercado laboral.

Así, esta Universidad tiene la enorme tarea de arraigar a las personas, sobre todo, a las mujeres, con una perspectiva de gran apertura mental, existencial, con libertad, en áreas que sean verdaderamente interesantes y estimulantes para desarrollar vocaciones creativas. Arraigo quiere decir un reverbero, una posibilidad de expresar nuestra creatividad. Arraigo no debe ser solamente el severo sino del destino; debe ser la oportunidad para que las mujeres se encuentren

en expresiones de creatividad, de autonomía, para que efectivamente sean más solicitadas a expresarse en actividades vinculadas con una mejor adecuación y articulación de sus subjetividades.

En suma, les propongo que el arraigo sea también un alto consentimiento para expresiones vivificantes, expansivas y, sobre todo, críticas de los propios modelos de género que nos han inculcado. Esta es una gran oportunidad para que la Universidad articule esa relación, dando oportunidades laborales mediante su tarea de formación y, al mismo tiempo, facilitando los cauces críticos para que los arraigos se comprometan con renovación, con nuevas ideas, con otras manifestaciones que no sean apenas las notas de una fatalidad esencialista a un cierto modelo de relación con el medio. Necesitamos seres libres e independientes; las mujeres estamos hoy en enormes condiciones para dar esos pasos tan auspiciosos que permitan la autorreflexión, la transformación y la expansión subjetiva.

Una reflexión sobre la educación sexual integral

Ana Laura Fuentes—En la actualidad hay un interés muy grande y mucha controversia en cuanto a la aplicación de la ESI (Programa Nacional de Educación Sexual Integral). ¿Qué rol tiene la ESI en la promoción de los derechos de las mujeres desde una perspectiva local y regional?

Dora Barrancos—En este momento, se necesita un diseño en cada territorio particular para la prevención. Este proceso podría comenzar por las escuelas, mediante una provisión de nueva formación docente. Si los y las docentes siguen pensando en “trabajos de niños, trabajos de niñas”, seguimos incubando todas las violencias. Aunque hoy tenemos un encendido extraordinario de manifestaciones acerca

de la equidad, el dispositivo patriarcal es “metaestable”, como diría Jean Paul Sartre, es de alta estabilidad. El pacto patriarcal está embutido; por esa razón, las feministas decimos que nuestra lucha no es contra los varones, sino contra el orden patriarcal. El orden patriarcal es un orden que también somete a los varones. Los varones tienen un registro de su masculinidad inexorable, que les propone el molde del patriarcado al que acatan; o sea que son serviles al amo mismo que se construyeron. El patriarcado hace estragos por todas partes. Y además, obliga a algo brutal, a que el cuerpo de las mujeres sea una mera disposición para la subjetividad, las apetencias, lo que desea la masa masculina.

Todo esto tiene que ver con la ESI. Es necesario que haya modelos locales de ESI porque son repertorios que harán funcionar mejor la propia experiencia educativa. Cuando el conocimiento es más situado, más local, finalmente es más universal, pues cobra la nota de lo situado, y la nota de lo situado puede tener una enorme divergencia, pero tiene un significado para que unos miren a los otros. Un modelo de percepción de la realidad que no fuera situado tendría una falsa universalidad.

La ESI debería tener arraigos en expresiones y ejemplaridades locales; en circunstancias que se nutran de experiencias locales. Tendría que tener un repertorio que permita mostrar el contexto, una historia local. Sabemos que la ESI sola no basta, pero los y las docentes deberían trabajar en función de la ESI, desde todas las áreas disciplinares, ya que eso da lugar a la reflexión sobre cómo ciertas áreas están generizadas, por ejemplo. La ESI es una reflexión sobre las relaciones de género y sobre los múltiples géneros que tenemos en la actualidad. Cualquier manifestación de enseñanza debería ser tierra fértil para implantar los contenidos de ESI. Pero no alcanza solamente con la ESI impartida de manera aislada o separada de los contenidos curriculares.

La ESI debe corresponderse con una modificación de la malla curricular. Estructuras nuevas, como esta Universidad, pueden ser incentivos fuertes para esa modificación.

Ana Laura Fuentes—Qué importante esta observación sobre “arraigar la ESI”: el trabajo con lo local, con las idiosincrasias y experiencias locales. En San Antonio de Areco estamos a solo 100 km de la Ciudad de Buenos Aires, pero el lenguaje de género provoca discusiones en todos los ámbitos, más aún, si se hace una interpretación politizada, como si el lenguaje inclusivo proviniera exclusivamente de un sector político. ¿Cómo podemos trabajar para acercar ciertos conceptos que aún hoy, desde acá, parecen tan lejanos para hablar de nuevos derechos? ¿Cómo desandamos los discursos aprendidos?

Dora Barrancos— La disrupción es una fuente formidable para la renovación de la vida, y hay que perseverar en el uso de los nuevos lenguajes. Sin embargo, debemos hacerlo de manera estratégica, tenemos que hacer ciertas tretas. La política no es el arte del consenso. La política fue creada porque justamente no hay consensos, porque hay una parte que no se siente representada. La política se hace porque en las sociedades hay una división de intereses.

Pensemos, por ejemplo, qué le pasa a alguien que se ofende cuando se usa lenguaje inclusivo. Vaya a saber qué se desestabiliza en esa persona al experimentarlo. Podemos decir que hay allí una reacción conservativa. En esas identificaciones graníticas, siempre hay que desconfiar un poco, porque están diciendo otra cosa. En fin, nunca dejemos de ser audaces, de tejer estrategias de grupo, de agencia; estrategias colectivas. Para innovar, la única receta es lo colectivo. Desde mi punto de vista, hay feminismo porque hay agencia de derechos; una feminista sola no hace nada.

Una ley para garantizar el cuidado

Ana Laura Fuentes—¿Cuáles son las normas que hacen falta dentro del plexo normativo en nuestro país para completar los derechos de las mujeres?

Dora Barrancos—La legalización y despenalización del aborto fue uno de los grandes logros del movimiento feminista. La ley no obliga a nadie a hacer lo que no desea, pero permite que el Estado garantice la autonomía de la mujer. Ninguna mujer puede ser forzada a no ser autónoma.

Luego de eso, necesitamos un conjunto de leyes muy decisivas que garanticen cómo el Estado va a otorgar mayor cobertura para la cuestión de los cuidados; sobre todo, porque estamos en puertas de tener seis generaciones consecutivas de forma simultánea: una mujer va a tener que ocuparse de sus padres, de sus abuelos, de sus hijos, de sus nietos y, en algunos casos, de sus bisnietos. Es la primera vez que va a coexistir toda esta escala generacional. La humanidad no tiene registro de esa cohabitación. El Estado debe garantizar que deje de ser una circunstancia privada, sino que toda la sociedad debe hacerse cargo del cuidado de las personas ancianas, de las personas enfermas, de la niñez, de la adolescencia, todos ellos, cada vez con más prerrogativas. La cuestión de los cuidados es inexorable y va a tener pronto una expresión de política pública.

sfeminismoDiana Maffíadiálogo
essocialesfeminismoDiana Maffíadiálogo
flexionaridealesocialesfeminismoDiana Maffíadiálogo
llidiálogo reflexionaridealesocial
sfeminismoLala Pasquinellidiálogo
essocialesfeminismoLala Pasquinellidiálogo
flexionaridealesocialesfeminismoLala Pasquinellidiálogo
llidiálogo reflexionaridealesocial
sfeminismoLala Pasquinellidiálogo
essocialesfeminismoLala Pasquinellidiálogo
flexionaridealesocialesfeminismoDiana Maffíadiálogo
llidiálogo reflexionaridealesocial
sfeminismoDiana Maffíadiálogo
essocialesfeminismoDiana Maffíadiálogo
flexionaridealesocialesfeminismoDiana Maffíadiálogo
llidiálogo reflexionaridealesocial
sfeminismoLala Pasquinellidiálogo
essocialesfeminismoLala Pasquinellidiálogo
flexionaridealesocialesfeminismoLala Pasquinellidiálogo
llidiálogo reflexionaridealesocial
sfeminismoLala Pasquinellidiálogo
essocialesfeminismoLala Pasquinellidiálogo
flexionaridealesocialesfeminismoLala Pasquinellidiálogo
llidiálogo reflexionaridealesocial

El feminismo como potencia transformadora

Diana Maffía y Lala Pasquinelli



Diana Helena Maffía nació y ha vivido toda su vida en la Ciudad de Buenos Aires, pero siempre sintió que su raíz estaba en General Rodríguez, el pueblo de su papá, donde pasaba los veranos en la infancia. Todavía sueña con ese lugar. Es doctora en Filosofía de la Universidad de Buenos Aires y doctora *honoris causa* de la Universidad Nacional de Córdoba. Hace más de cuarenta años que da clases en la Facultad de Filosofía. Trabaja en la Justicia de la Ciudad de Buenos Aires, desde donde participó en la creación del Observatorio de Género. Fue defensora del Pueblo y legisladora; aprendió que hay una gran distancia entre redactar una ley y ejercer un derecho, y que esa distancia es injustamente desigual.

Lala Pasquinelli nació en San Nicolás, pero actualmente vive en Buenos Aires. Es artista visual, activista, poeta, comunicadora, abogada. Fundó el colectivo Mujeres Que No Fueron Tapa y el Festival de Hackedo de Revistas y Estereotipos en las Escuelas, proyectos feministas de transformación social. Ha dado conferencias y realizado acciones artísticas, intervenciones y exhibiciones en importantes instituciones culturales y educativas nacionales e internacionales. Es egresada del Salzburg Global Forum for Young Cultural Innovators, integra la Red de Mujeres por la Cultura y la Red Internacional Mujeres en Movimiento.

Diana Maffía y Lala Pasquinelli se entregan al diálogo y a la posibilidad de reflexionar de manera colectiva haciéndose preguntas mutuamente: una conversación sobre los ideales sociales construidos en torno a las mujeres, sus roles, sus cuerpos, y las propuestas de acción elaboradas desde el feminismo para cambiarlos. Participa Ana Laura Fuentes.

Diana Maffía—¿Por qué siempre nos sentimos lejos de los ideales que establecen lo que deberíamos ser, como mujeres, como madres, como profesionales, como parejas, y casi descontentas con nosotras mismas, como si nos señaláramos que estamos en falta, que deberíamos esforzarnos más?

La segunda pregunta —más propositiva, porque el feminismo tiene un aspecto de pensamiento crítico, pero también uno muy importante de acción y de propuestas— es la siguiente: ¿Podemos construir otros modelos que se acerquen más a la vida real? ¿El feminismo tiene algo que ver con esto o el feminismo es solo para la política?

Lala Pasquinelli—Esa sensación de no alcanzar, de ser insuficientes, de que, en algún sentido, estamos rotas o de que hay algún problema en nosotras —porque no somos suficientemente lindas ni buenas, ni buenas madres, ni buenas esposas, ni buenas trabajadoras, ni buenas en nuestros vínculos— tiene que ver precisamente con esos modelos, que se nos imponen como inalcanzables. La pregunta sobre por qué nos sentimos lejos de esos ideales apunta, justamente, a los modelos mismos, en los que está claramente establecido qué es ser mujer; modelos que establecen que ser mujer es ser madre, ser mujer es ser esposa (lugares dentro del ámbito de lo doméstico), pero

de una manera muy específica. Entonces, lo que nos genera esta insatisfacción, culpa y dolor, por sobre todas las cosas, es la sensación de no encajar nunca en ese modelo, que opera como un molde en el que debemos entrar, pero que, desde luego, es inalcanzable y, por consiguiente, nos deja convencidas de tener una falla individual. Detrás de estos modelos hay una promesa de felicidad, o sea que, si encajamos en ellos, vamos a ser felices. Por lo tanto, el dolor de no encajar y la idea de que no somos suficientes es consecuencia de que “nosotras no hicimos todo lo que teníamos que hacer”, porque, como no somos felices en este modelo, no hicimos todo lo necesario.

Esto se presenta como lo hace el mito del amor romántico o el mandato de maternidad, o incluso el mandato de belleza, que es como una llave para acceder a los otros lugares de felicidad. Es decir, se presenta como un recorrido, un camino, un listado de cosas que tenemos que hacer. Si las hacemos todas, seremos felices; llegará el día en que todo eso se cumpla y seremos felices por siempre. Sabemos que la vida no es así. Pero, además, estos modelos son completamente inalcanzables. Es sencillamente imposible cumplir con todos estos mandatos que, finalmente, operan sobre nosotras sembrándonos insatisfacción, una crítica despiadada hacia nosotras mismas, vergüenza y aislamiento. Nos avergonzamos y nos aislamos: cada una vive esto en una profunda soledad.

El hecho de vivir con esta sensación de vergüenza, de insuficiencia y de falta nos deja inmersas en una conversación interna, pensando que, en realidad, el problema somos nosotras. Convencidas de que es posible alcanzar ese ideal, el problema somos nosotras que no podemos alcanzarlo.

Una conversación que nos potencia

Esto se vincula con la segunda pregunta, es decir, cómo el feminismo viene a proponernos nuevas formas. El feminismo puede ser un camino o una herramienta o una posibilidad para alcanzar otros lugares posibles que tenemos que construir (o que estamos construyendo). Esencialmente, eso también es la política: son nuestras acciones macropolíticas, pero también nuestras acciones micropolíticas. Por ejemplo, durante la pandemia, organizamos distintos talleres virtuales y la virtualidad nos permitió encontrarnos con compañeras de muchas provincias y de otros países de Latinoamérica. Sabemos que nuestras problemáticas son comunes: esa sensación de no encajar en el modelo de pareja, de no ser buena madre, de no sentirme a gusto en mi trabajo, de sentirme disconforme con mi propio cuerpo, entre tantas otras. Pero, cuando nos encontramos con nuestras compañeras y esto comienza a ponerse en palabras —cada una puede contar su historia y cómo transita esas situaciones—, rápidamente nos vemos reflejadas en las historias de las otras y vemos cómo esta lógica nos afecta a todas; una lógica de poder, una construcción cultural que nos atraviesa el cuerpo, la historia, la biografía. Entonces, esa sensación de soledad empieza a diluirse: podés empezar a decirte: “No soy yo sola, no es que soy yo la que tiene este problema, no soy yo la que está rota, fallada, la que no sirve, la que no es suficiente”. Es posible observar todo un sistema político, económico y social que constantemente nos cercena.

En esta conversación individual y colectiva que nos propone el feminismo —porque partimos de la idea de que la identidad se construye colectivamente— aparece la posibilidad de ir a buscar aquello que sea para cada una de nosotras. Por supuesto, no será lo mismo para todas. Esa es también una de las características de estos modelos que nos dejan tan aisladas, adoloridas y despotenciadas, y

sobre todo despolitizadas: la idea de que hay unos modelos que son para todas, de que a todas nos va a calzar lo mismo, de que hay una sola manera de vincularnos, una sola manera de maternos, de habitar nuestros cuerpos, en definitiva, de que hay un solo modelo de éxito y de felicidad para las mujeres.

El feminismo nos brinda la posibilidad de encuentro con las compañeras. En cada una ocurre un proceso que tiene lugar en el encuentro. Nos despertamos a la idea de esta opresión externa, de estas lógicas de poder que nos atraviesan. Eso es lo que después, probablemente, nos permite elaborar el trabajo más individual de encontrarnos con nuestro propio deseo y tomar agencia sobre nuestra propia vida. Es ahí donde empieza a aparecer algo que tiene que ver con nuestra potencia, y eso es muy profundamente político. El feminismo no es solo para conseguir la igualdad en el Congreso o el cupo en la política o achicar la brecha salarial, sino que, quizás, para que todo eso suceda necesitamos sentirnos más potentes, más potenciadas y conectadas con nuestro deseo. Necesitamos sentir que hay otras posibilidades de habitarlos, que son nuestras, y que eso es un derecho, que somos sujetas. Así, nos vamos corriendo del lugar de objetos para convertirnos en sujetas; para habitarlos de otra forma, tanto de manera individual como colectiva, y también para empezar a escribir otra biografía, que es individual pero, al mismo tiempo, colectiva.

Entre las preguntas que me interesa hacerle a Diana Maffía seleccioné las siguientes:

¿Por qué seguimos encontrando tantas resistencias en hombres y mujeres a reconocer la existencia de las desigualdades entre los géneros, y tantas resistencias a que avancemos en las acciones necesarias que nos acerquen a la igualdad?

¿Qué se pone en juego y en tensión para que cuestiones tan aparentemente de sentido común, como el acceso de las mujeres a los

espacios de poder, al trabajo, a los derechos reproductivos, o la simple introducción de otras formas de nombrarnos, como en el caso del lenguaje inclusivo, generen tanta resistencia y rechazo?

¿Cuáles pensás que son las estrategias no exploradas por el feminismo en el camino hacia la posibilidad de una existencia más humana para todes?

Reconocer las desigualdades, desafiar estructuras

Diana Maffía—Una primera cuestión para responder a estas preguntas en torno a las resistencias a reconocer las desigualdades entre hombres y mujeres se remite a pensar que muchas de las instituciones en las cuales nos inscribimos tienen para nosotras costos muy altos, pero también tienen beneficios. Hablamos de la obediencia a un sistema de preservación de poderes, en particular, de poderes masculinos, pero no de todos los varones. Es importante notarlo: el patriarcado es un sistema que preserva el poder masculino, pero concentrado en algunos varones que tienen otras relaciones de poder con todas las mujeres, pero también con muchos otros varones. Un varón rico tiene más poder que un varón pobre, un varón descendiente de europeos tiene más poder que un varón de una comunidad originaria, un varón sin discapacidades tiene más poder que un varón con una discapacidad, un varón heterosexual tiene más poder que un varón homosexual, uno ilustrado más que uno analfabeto. Y así podríamos recorrer muchísimas otras diversidades que compartimos mujeres y varones. Porque no solo hay varones analfabetos; también hay mujeres analfabetas, y a las mujeres nos va peor, en tanto y en cuanto, además de analfabetas, somos mujeres. No solo hay varones de comunidades originarias, hay también mujeres, y a las mujeres nos va peor porque estamos doblemente oprimidas: por ser mujeres

y por pertenecer a un pueblo originario. Es lo que en las ciencias sociales llamamos “interseccionalidad”. Es decir, todas las personas nos encontramos en una intersección de relaciones de poder con nuestras condiciones particulares. Estar en una intersección genera que para muchas personas su situación sea más tolerable que para otras. Si pensamos en las mujeres, una mujer rica no tendrá probablemente en sus mandatos como mujer las mismas exigencias que una mujer pobre, y esto le permitirá incluso delegar algunas de esas exigencias resolviendo en el mercado ciertas cuestiones a cambio de dinero, por ejemplo, las tareas vinculadas con el cuidado o los quehaceres domésticos, que son asignaciones hechas a las mujeres y no a los varones. Toda mujer tiene como expectativa, en su educación, en su crianza, en los lugares sociales que le están preservados, que ella tendrá que hacerse cargo del cuidado y de lo doméstico. Ningún varón tiene, por haber nacido varón, en su expectativa de crianza y educación, en sus modelos de identificación, en sus juguetes, en sus libros infantiles, en los personajes que le están asociados en las historietas, en los dibujos animados, etc., el destino del cuidado y de la tarea doméstica. Se observa una enorme diferencia en relación con la constitución de estos estereotipos e ideales.

Ahora bien, ¿cómo se impone un ideal o un estereotipo? No se impone mediante castigos, sino que se impone mediante premios; es decir que se va a elogiar —a premiar— a una niña que se vista como una princesita o se arregle mucho, o a la joven que es linda y complaciente, o a una mujer que es buena madre y esposa. Todos estos elogios transmiten la sensación de que están en el lugar en el que deben estar y que el patriarcado valora esto, lo acepta. Estar en el ámbito privado reproduciendo la fuerza de trabajo es un gran beneficio para quienes acumulan dinero gracias a no tener que pagar esa tarea doméstica como parte del salario. Pero, sin esa tarea doméstica, nadie podría ir a trabajar al día siguiente, si no lavó su ropa, no limpió su casa, si no cocinó

y no cuidó mínimamente el espacio donde vive. Esto quiere decir que es un trabajo cotidiano que hacemos todas las mujeres para toda la sociedad que ni siquiera es visto como trabajo. Una realidad que en la pandemia se hizo mucho más visible, lo que convierte esta situación en una oportunidad para hacernos conscientes de muchas desigualdades.

Desde este punto de vista, la resistencia proviene del hecho de que estos roles que imponen castigos a quien no los cumple y etiquetan a las mujeres: mala esposa, mala madre, mala mujer, no provienen solamente de los varones, sino que los establecen las instituciones: por ejemplo, la Justicia determina que se le saque la tenencia del hijo o de la hija a una mujer porque es una mala madre, o justifica un femicidio porque se trataba de una mala mujer, o se le niega un determinado beneficio en un divorcio porque era una mala esposa. Estos calificativos, entonces, pueden tener efectos muy visibles en la vida. Por lo tanto, acceder a los beneficios de ser obediente al patriarcado tiene sus premios. Se impone un sistema y, por consiguiente, hay una resistencia a reconocer las desigualdades, porque reconocer esas desigualdades implica una responsabilidad de desafiarlas. Y desafiarlas conlleva el riesgo de perder los mínimos beneficios de la obediencia. Esto lo han atravesado en sus vidas muchas mujeres que desafiaron los roles tradicionales. En cualquiera de nuestras comunidades, grandes o pequeñas, hay ejemplos de mujeres que han desafiado el sistema y que, como resultado, han padecido el aislamiento y la calificación negativa por parte del resto de la comunidad, en lugar del acompañamiento a ese desafío para romper estructuras, esquemas y estereotipos.

Interpelar viejas recetas, construir nuevas relaciones

En cuanto a la segunda pregunta, sobre cómo resolver el problema del acceso de las mujeres al poder, al trabajo, etc., de forma que

no solamente se evidencien las desigualdades, sino para modificar el sistema que las produce, creo que una de las acciones que estamos realizando —incluso con este diálogo mismo— es abandonar recetas, desafiar ese ideal coercitivo que no podemos alcanzar, pero que nos mantiene sometidas. Desafiar esas recetas implica inventarnos recetas nuevas; recetas nuevas de cómo amar, de cómo convivir, de cómo maternar, de cómo trabajar... Todas son cuestiones que tenemos que pensar de nuevo para generar en consenso otras reglas y modos de interacción.

Hablo de recetas porque la vida social se enmarca en determinados hábitos que la hacen predecible. Si me subo a un colectivo, presumo que va a hacer un cierto recorrido, y no que va a dirigirse a donde el chofer quiera en ese momento. Si voy a comprar algo a un negocio, presumo que hay un contrato implícito: acuerdo un precio con el vendedor o la vendedora, le doy el dinero, esa persona me entrega cierta mercadería, etc. Mediante estas recetas funciona la vida social. Llevo a mi hijo o a mi hija al colegio y presumo que va a pasar una cantidad de horas allí y que le van a enseñar, y las personas que lo reciben suponen que yo me hago responsable, como madre, de otros aspectos de la vida de ese niño o de esa niña. Entonces, estas recetas sociales son los hábitos, las regularidades, las habitualidades sociales que hacen que la vida sea predecible.

Por lo general, las recetas cambian cuando ocurre una crisis que provoca que la vida anterior fracase, no sea deseable, o se vuelva inviable, que ya no funcione para resolver nuestros problemas cotidianos. Por ejemplo, hablamos de que nuestra economía está en crisis. Esto quiere decir que las reglas con las que funcionó hasta ahora ya no resuelven los problemas económicos que se nos presentan. Si decimos que la política está en crisis, quiere decir que las formas de representación que hemos elegido no resultan satisfactorias para la ciudadanía

en el contrato implícito mediante el cual elijo a alguien porque me ha prometido electoralmente ciertas cosas y espero que las cumpla. Muchas veces, ese contrato electoral no se cumple y esto provoca que las formas de representación se quiebren, entren en crisis. Recién cuando las reglas o las recetas entran en crisis es que empezamos a prestar atención a alternativas que no tomábamos en cuenta, a voces que estaban en la periferia y a las que no concedíamos autoridad. Y también a considerar que ciertos datos son relevantes para volver a pensar la vida en común.

Otro ejemplo de ruptura del contrato social tiene que ver con la inseguridad: se espera que el Estado se ocupe de proteger a la ciudadanía. Cuando eso no ocurre, porque hay delitos impunes, corrupción policial o no se llega a tiempo como para defender a la ciudadanía, la receta se rompe y empieza a haber justicia por mano propia, linchamientos, denuncias por fuera del circuito judicial, escraches. Se produce una ruptura de ese acuerdo con el Estado, que nos había prometido cosas que no cumple. En esa crisis cambiamos las recetas. Ahí aparece, por supuesto, el feminismo, porque el colectivo de las mujeres va a participar activamente en rediseñar las políticas públicas para que sean inclusivas y se piensen con una mirada de género.

Repensar la función doméstica, reclamar el espacio público

Durante la pandemia, al estar encerradas en sus casas, fue visible para todas las personas la dimensión del trabajo doméstico cotidiano, que antes permanecía invisible, incluso para las propias mujeres. También nos hizo valorarlo para el orden de la vida, porque todas las personas necesitamos cuidados, y ese orden lo realizábamos nosotras

día tras día sin que fuera considerado un bien social, algo imprescindible para la vida en común. Las voces de las feministas comienzan a ser escuchadas.

Denunciamos que el presunto “contrato social” que determinó que el ámbito público fuera de los varones y el privado, de las mujeres fue decidido sin nuestra participación. Se espera que en lo doméstico encontremos el sentido completo de nuestra vida, como los varones lo encuentran en lo público. Pero esta receta social falla. Comenzamos a ver el trabajo doméstico como un aporte que las mujeres hacemos a la sociedad; pensar la función doméstica como algo no asociado a un género.

En determinados lugares, las mujeres aparecemos como una disrupción, como una presencia incómoda. Pensemos en el deporte: conozco equipos de fútbol femenino desde hace 25 años y, sin embargo, recién en 2019 la AFA (Asociación del Fútbol Argentino) le concedió profesionalización al fútbol femenino. Esto quiere decir que los varones que jugaban recibían un salario y podían vivir de eso, pero las mujeres no. Así y todo, aún hay problemas con la transmisión de los partidos, con el “esponsorio” de las empresas y otras formas de apoyo que los jugadores varones reciben y que a las mujeres se les retacea. Esto significa una resistencia a cambiar las recetas por parte de las instituciones. Desde el movimiento de mujeres proponemos cambios; cuando ya no hay excusas, se hacen modificaciones formales, pero luego se buscan maneras de seguir con la cultura anterior.

Aparece una discusión que pareciera un conflicto entre varones y mujeres, pero no es, en realidad, un conflicto entre varones y mujeres, sino que es un conflicto entre viejas normas y nuevas propuestas. Necesitamos nuevos acuerdos sociales, no solo sobre las mujeres.

Como mencionó Lala, se debilita la capacidad de acción y de intervención de las mujeres, su agencia. Sin embargo, cuando las

mujeres se encuentran empiezan a notar que sus limitaciones no son personales; hay limitaciones que provienen de las reglas sociales. La posibilidad de que las mujeres pensemos en común requiere lugares y oportunidades de encuentro donde podamos relatarnos nuestras experiencias, ver los patrones de conducta en ellas, percibir que no son problemas personales y singulares, sino estructurales y políticos. Esto lo encuentran los varones en muchos de sus espacios de socialización en lo público. Pero las mujeres, encerradas individualmente en lo doméstico, no teníamos esta oportunidad de pensarnos como colectivo.

Lo que las mujeres tendríamos que haber estado haciendo desde hace mucho tiempo solo muy recientemente hemos encontrado los espacios para hacerlo, y mucho más recientemente los colectivos de la diversidad sexual, porque estos colectivos han sido animados por el feminismo a salir al espacio público. No me refiero al colectivo de gays y lesbianas, que lleva décadas de lucha en nuestro país, sino al colectivo trans, por ejemplo, que empezó a hacerse visible en la década del 90 y a pedir por su ciudadanía.

Una nota periodística reciente nos informa que el 80 por ciento de las personas dicen que efectivamente tienen que acompañar a los niños y las niñas en su aprendizaje, salvo cuando ya han ingresado en la escuela secundaria y alcanzan mayor autonomía. Esa nota aclara que esa tarea la realiza un adulto, un padre. Ahora bien, ese adulto que acompaña en el aprendizaje, en un 90 por ciento de los casos, es una mujer. Es decir que las mujeres vamos a la escuela de nuevo y para eso usamos nuestro tiempo. Cuando los chicos están en casa, a mi tiempo de tareas le agrego el tiempo de escolaridad. Esta apropiación del tiempo es una de las injusticias más grandes; donde más se revela la brecha entre varones y mujeres es en las encuestas de uso del tiempo.

Poner el cuidado en el centro

Si nos preguntamos cómo salir de esta situación —para dar respuesta a la última pregunta—, creo que una de las acciones que tenemos que intentar es mostrar qué significa vivir una vida feminista. Vivir una vida feminista significa no solamente comprobar y demostrar que las mujeres estamos en peores condiciones, y considerar que eso es injusto, lo cual es solo una parte. Significa también comprometer nuestras acciones para no reproducir esa desigualdad y, si es posible, para revertirla. No me refiero solo a la desigualdad de género, sino a todas las desigualdades que mencioné más arriba. Vivir una vida feminista no es solo tener un discurso o adherir a alguna parte del feminismo que tenga que ver con cierta reivindicación; tenemos que comprometer nuestras acciones de forma tal que no reproduzcamos las desigualdades y, en lo posible, si estamos en una situación de poder, en un lugar de decisión, revertirlas.

¿A quién le estoy pidiendo vivir una vida feminista? En lo personal, se lo pido a todas las personas, porque creo que una vida feminista es una vida mejor, porque creo que una vida social sin relaciones abusivas de poder, sin relaciones de opresión, es una vida más democrática, una vida en la que el cuidado esté en el centro, en la que, como sociedad, nos cuidemos mutuamente, podamos percibir las necesidades de otras personas y nos comprometamos colectivamente con que nadie sufra necesidades extremas, con que nadie se encuentre en una situación de sufrimiento que podríamos resolver de manera colectiva. Todo esto implica poner en la periferia otro tipo de vínculos. Si tenemos una sociedad y una economía que gira alrededor de la actividad financiera y los beneficios de los bancos, esa es una vida. En cambio, si tenemos una vida colectiva cuyo centro está en el cuidado de la sociedad de sí misma, en las relaciones mutuas de cuidado y de

responsabilidad en lo colectivo, esa es otra sociedad. Poner el cuidado colectivo en el centro implica que mandé al margen a los bancos (por dar un ejemplo); es decir, mandé al margen entidades minúsculas donde poquísimas personas obtienen beneficios descomunales y escandalosos. El cuidado colectivo es parte de la ética feminista. La responsabilidad colectiva es parte de la propuesta de una ética feminista: lo hacemos en nuestras casas, queremos hacerlo socialmente.

Durante el aislamiento por la covid-19, estar en un encierro obligatorio puso en evidencia la materialidad del cuidado, sobre todo, en salud y en educación. ¿Y qué vemos cuando se destapa esa necesidad inmediata de cuidado? Primero, vemos que las personas que realizan esas tareas profesionalmente son, en su enorme mayoría, mujeres. Casi el 70 por ciento del personal de salud son mujeres y casi el 90 por ciento del personal de educación son mujeres. Además, las mujeres completamos esa tarea en nuestras casas. No solo nos hacemos cargo de acompañar la educación de nuestros hijos y nuestras hijas, sino que, en cuanto a la salud, completamos la atención en nuestras casas porque no hay recursos suficientes. No hay recursos suficientes en la escuela, porque maestros y maestras están trabajando de una manera muy injusta, con sus propios recursos y con un uso del tiempo absolutamente desbordado, muchas veces improvisando modos para los que no han sido entrenados o entrenadas. Entonces, con las responsabilidades, pero sin los recursos, son en su mayoría las mujeres quienes asumen esa tarea. En el área de salud sucede lo mismo: con pocos recursos y una enorme dedicación, pero con un altísimo riesgo. A esto se suma que todas esas mujeres que trabajan en la salud y la educación además tienen sus responsabilidades domésticas y de cuidado en sus casas, sosteniendo el bienestar básico de la sociedad.

El cuidado en este momento está en el centro. En la fragilidad de ese cuidado, en las enormes necesidades no resueltas, se pone de

manifiesto qué venía dejando en los márgenes esta estructura social: venía dejando en los márgenes al sistema de salud, a los ancianos y las ancianas, a las personas pobres. Estas personas, estos sujetos, estas áreas sociales habían sido dejadas al margen para privilegiar un área que estaba en el centro. Creo que hay que hacer una revolución en el sentido en que los planetas hicieron una revolución. Se consideraba que la tierra estaba en el centro y el sol giraba alrededor de ella. Lo cierto es que el sol está en el centro y la tierra gira alrededor; un giro copernicano. En realidad, podemos sobrevivir sin cierto tipo de actividades financieras, porque no afectan nuestra vida cotidiana, pero no podemos sobrevivir sin cuidado.

Reconocer las diferencias, construir igualdad

Es necesario plantearnos múltiples estrategias, muy diversas como somos diversas las personas. En estas estrategias tenemos que involucrarnos todos y todas. No se trata de una estrategia en la que las mujeres avanzamos, y mucho menos una en la que avanzamos a expensas de los varones. No queremos ocupar los lugares de poder de los varones, porque no queremos ejercer ese modo de poder. No se trata solamente de encontrar espacios en las instituciones que ya existían cuando nosotras no llegábamos a la vida pública. Se trata, ahora que estamos en la vida pública, de cambiar esas instituciones, creadas desde el punto de vista y para los privilegios de un pequeñísimo número de sujetos. Entonces, es necesario cambiar desde lo más íntimo y personal hasta lo más público y estatal. Fundamentalmente, hacer un cambio en el sentido común. Esto significa desnaturalizar estas recetas que nos dicen: "Siempre se hizo así". Muchas veces nos responden de esta manera en la justicia: en lugar de separar al agresor cuando

hay una víctima, se inicia una causa y no se separa al agresor de inmediato. Siempre se hizo así porque el poder se ejerció en la ausencia de los sujetos más desaventajados, y no para esos sujetos más desaventajados, precisamente, sino para preservar ciertas relaciones de poder. Sabemos que mundialmente hay un abandono de ancianos y ancianas. Esto ocurre porque son personas que no producen, que están afuera del sistema productivo, y que en general están empobrecidas, debido a que las políticas previsionales son tan miserables que solo una pequeña cantidad de ancianos y ancianas puede sobrevivir sin ayuda de sus familias. Como el sistema ha puesto en el centro un modo de producción absolutamente exigente en cuanto a sus ganancias, quien no produce y no consume queda al margen: los niños y las niñas, los adultos y las adultas mayores, las personas ancianas, las personas enfermas, las personas con discapacidad. Tenemos muchos márgenes por pensar en un sistema planteado desde un punto de vista que no nos favorece, y mucho menos a las mujeres.

Quizás esta sea la oportunidad de hacer ese giro copernicano, de desnaturalizar y de dejar de pensar de manera binaria: cosas de varones y cosas de mujeres, cosas públicas y cosas privadas. Cada instancia es compleja, tiene cosas públicas y cosas privadas, igual que los sujetos tenemos características que tradicionalmente están atribuidas a los varones y a las mujeres. Pero ni un varón con mucha emocionalidad se transforma en mujer, ni una mujer con mucha racionalidad se transforma en varón; así como tampoco un varón que ponga en juego su subjetividad se convierte en mujer, ni una mujer que ponga en juego su objetividad se transforma en varón. Las propiedades son propiedades de lo humano, que se alientan o se desalientan, que desarrollamos o que anulamos.

Creo que ha llegado el momento de pensar de modos no binarios, de modos complejos y de unir acciones, sin olvidar nuestras

diferencias. Las diferencias son importantes porque, cuando registramos las diferencias, podemos producir igualdad. No es lo mismo una política para un área urbana que para un área rural; no es lo mismo una política para un sector industrial que para un sector rural; no es lo mismo una política para varones que una política para mujeres, como tampoco puede ser igual para las personas cis que para las personas trans. Tenemos que registrar las diferencias para activamente construir igualdad.

Desde mi punto de vista, el desafío, y también la receta, sería formar un nuevo sentido común social alrededor del cuidado, alrededor de una nueva forma de unirnos socialmente, en una sociedad más justa y con un eslogan que siempre usamos dentro del feminismo socialista: “Cuando una mujer avanza, ningún hombre retrocede”. Son necesarios también nuevos modos de aprendizaje, modificar las masculinidades, volverlas menos crueles; masculinidades menos representantes de todo lo humano universal y más representantes de su masculinidad; que tengan que preguntarnos a las mujeres qué es lo que queremos y sentimos, y no suponerlo; preguntarles a las personas cis o a las personas trans qué es lo que quieren y cómo perciben las cosas, y no presuponer cómo lo hacen, y mucho menos patologizarlo. Creo que estos son los desafíos de las estrategias que nos quedan por delante.

Un feminismo para la vida rural

Ana Laura Fuente—La noción de arraigo apunta justamente a reflexionar sobre dónde estamos situadas y desde dónde. El virus de la covid-19 empezó en las grandes ciudades, pero cuando te alejás hacia el interior y tenés más metros cuadrados por persona, da la impresión de que estás un poco más inmune. ¿Habrá una vuelta hacia una nueva

ruralidad? ¿Cuáles son las propuestas del feminismo para los pueblos y ciudades rurales? Puede ocurrir que pensemos en las mujeres en la ruralidad, nos imaginemos quizás a una productora o a una docente rural. Sin embargo, la ruralidad es mucho más que eso: la ruralidad es también una Universidad en un pueblo de la provincia, por ejemplo; tiene que ver con estructuras públicas y privadas de la sociedad. Sin embargo, en estos territorios, hay instituciones que sostienen posiciones sexistas desde hace décadas. ¿Hay una visión del feminismo para la ruralidad?

Diana Maffía—El feminismo, como corriente de pensamiento en Argentina, es un pensamiento ilustrado que surge en las universidades, sobre todo, las universidades del norte global (Europa y Estados Unidos). En nuestro país se topó con varios conflictos cuando irrumpieron otros sujetos en el feminismo. Por ejemplo, en los 90, las personas trans, “las travestis”, comenzaron a llamarse feministas y quisieron participar del Encuentro Nacional de Mujeres; en el 2001, con las crisis económicas, el surgimiento de los feminismos populares, con prácticas muy distintas y demandas de supervivencia, que no eran las demandas que teníamos desde las universidades, porque en las universidades la supervivencia estaba asegurada. Por eso, pensarnos desde estas diversidades también implica pensar nuestros privilegios. Quienes vivimos en centros urbanos resolvemos nuestras necesidades de una manera distinta de quien vive en un contexto rural. Efectivamente hay un estereotipo de lo que significa la ruralidad que desconoce muchas subjetividades que se desarrollan y desenvuelven en ese contexto rural.

Un primer elemento que habría que pensar es si las personas que pertenecen a ese contexto no solo lucran con él (pero viven en otro lado), sino que también habitan en ese contexto rural. La pandemia puso en evidencia la crueldad de las ciudades, el modo en que las personas se desligan de las responsabilidades con otras, el individualismo, la falta de

comunicación. La marginalidad es un rasgo típico de los grandes centros urbanos. En ese contexto, muchas familias y parejas empezaron a pensar en vivir en otros espacios. Pero ¿qué ofrecen los pueblos? Muchos pueblos están envejecidos porque, ante la falta de fuentes de trabajo, la gente joven se ha ido a buscarlas a otro lado; o bien están feminizados, ya que los hombres se han ido a la cosecha, primero a un lugar, después a otro. Así, el pueblo queda feminizado, pero no con proyectos de mujeres, sino sencillamente esperando.

Ese no es el caso de San Antonio de Areco, que tiene mucho desarrollo y mucha tradición. Pero pensemos en tantos otros pueblos de muchas provincias, no solo de la provincia de Buenos Aires: ¿cuáles son los centros vitales, cómo se vinculan esos lugares de vida, de qué manera interactúan? Arraigarse es echar raíces; ahora bien, esas raíces pueden ser unas que nos alimenten o que nos impidan movernos. ¿Qué tipo de raíces echamos en las tradiciones de la ruralidad? Pienso que esas raíces tienen que ver con las identidades, que son muy fuertes y hay que defenderlas. Esto se relaciona con cierto ideal instalado en cuanto al lugar donde ocurren las cosas importantes, lo cual nos pone lejos de quienes están en el centro, del centro mismo, con respecto al lugar en donde echamos raíces. Frei Betto decía que hay que pensar dónde uno pisa. La reflexión teórica, la explicación, no tiene que venirnos desde Europa o desde Estados Unidos. ¿Estamos pensando dónde pisamos? El feminismo también tiene que pensar dónde pisa y admitir su enorme diversidad.

Por supuesto, hay ciertos temas, por ejemplo, el derecho alimentario, la productividad, no aceptar que en un ámbito productivo se esté lejos del alimento porque hay un monocultivo de soja hasta donde se extiende la vista, que nos han cambiado el paisaje. Me acuerdo de que en Tucumán decían que tendría que haber un derecho al paisaje: “Nos cambiaron la ladera por cultivos de limones” —decían— “que se

exportan a Italia para perfume, y nos sacaron toda la caña de azúcar”. En Salta había muchísimos cultivos y se puso un monocultivo de tabaco. La industria del tabaco generó allí no solamente el impulso del monocultivo, sino la apropiación de toda la producción. Estos grandes conglomerados económicos no tienen sus negocios donde tienen sus pies o no tienen sus pies donde tienen sus negocios. Entonces, creo que es necesario pensar, como proponía Frei Betto, en los horizontes que vemos, los que se nos presentan a la vista, donde tenemos nuestros cuerpos, lo que está a nuestro alcance, y volver a pactar acuerdos colectivos.

Una reflexión sobre los cuerpos

Ana Laura Fuentes—Me interesa retomar un tema que se relaciona con los cuerpos de las mujeres, en particular, un tema que ha dado lugar a cierta polémica. Vemos que, en los medios, en las redes sociales, aparecen expuestos cuerpos de mujeres en un contexto de disputa sobre el cuerpo, en el que esas mujeres se manifiestan desde una postura feminista, pero mostrando de manera sexuada su cuerpo. Se observa también que las chicas, desde edades muy jóvenes, copian este proceder y adoptan posiciones que podríamos llamar cosificadas o sexuadas, destinadas al hombre, pero con un discurso feminista.

Lala Pasquinelli—Esta pregunta puede contestarse aludiendo a lo que mencionaba Diana un poco antes: ¿qué es una ética feminista? ¿Qué significa pensarnos viviendo una vida feminista? No se trata simplemente de adscribir a determinadas consignas, sino de reconocer las desigualdades, de tratar, como mínimo, de no reproducirlas, y de revertirlas. Hay una confusión, según mi parecer, en una idea que ha circulado bastante en los últimos tiempos: esta idea de que yo me empodero

encajando en el mandato de belleza. Es algo muy confuso: soy libre, me rebelo y me empodero autocosificándome y exponiendo mi cuerpo. Esta idea se ha difundido últimamente como una forma de empoderamiento. Si estuviera claro de dónde proviene eso y cuáles son las voces que lo promueven no sería un problema, pero no es así. Es decir, desde el feminismo no creemos que el empoderamiento sea individual, que yo me empodero cargándome los cuerpos de todas las otras que no encajan en el modelo y que sufren por no encajar. No es posible empoderarse oprimiendo otros cuerpos, invisibilizándolos y reproduciendo un modelo que excluye a la mayoría. Porque bien sabemos que este modelo es un modelo clasista y racista. El modelo de belleza tiene en el centro a una mujer blanca, delgada, joven, heterosexual, sexualizada, editada, semidesnuda; una mujer que tiene rasgos eurocéntricos, por decirlo de alguna manera. Las mujeres latinoamericanas, las habitantes de estos territorios, la mayoría de nosotras, no encajamos en ese modelo.

Por otra parte, esto puede vincularse con la sexualización y la cosificación de las infancias. Hoy vemos unas infancias en las que niños y niñas se proponen como objetos de consumo y como consumidores. Diana hacía mención del descuido de las personas ancianas, porque no consumen ni producen; un grupo social al que vamos abandonando porque no son sujetos de consumo ni de producción. Ese tema me lleva a pensar en la educación de los niños y las niñas para el consumo, como consumidores, como determinantes del consumo de las familias; es decir, ya se observa un mercado para los niños y las niñas. Desde una edad cada vez menor, se trata a los niños y las niñas como consumidores. Esto se puede observar en la publicidad que se les dirige, en los recursos culturales que consumen.

Para pensar la pregunta sobre los cuerpos, debemos partir de un modelo que nos ubica como objetos, que nos usa como carnada para

vender prácticamente cualquier tipo de producto, que nos muestra como un adorno, semidesnudas, siempre con determinadas características físicas, etc. Esto es lo que el patriarcado, lo que el capitalismo y el neoliberalismo nos imponen como modelo. Por ello, es difícil pensar en que exista empoderamiento reproduciendo lo que nos impone el modelo. Lo que se observa en esa forma de actuar es obediencia y aceptación de los beneficios que esa obediencia al modelo me reporta; beneficios que son exclusivamente para mí, no para las otras. En estas formas de empoderamiento individual, mediante las cuales yo me empodero, porque cumplo con el modelo, y en ese cumplir y obedecer recibo una cantidad de beneficios económicos, de gratitud, de posicionamiento social, accedo al mercado del deseo, a un determinado trabajo, etc., lo que en realidad sucede es que me llevo por delante todos los cuerpos de todas las otras compañeras; todas las posibilidades infinitas de la visibilidad de los cuerpos.

Llevar al principal plano de gestión las políticas de género y de erradicación de las violencias supone el reconocimiento de estar abordando una problemática social estructural, de enormes dimensiones, que afecta a la mitad de la población; pero, sin dudas, la conquista de una vida sin violencia y sin discriminaciones nos acerca una vida digna de ser vivida para todos y todas.

**Gestionar desde la perspectiva
de género: un camino
hacia la institucionalización**

Elizabeth Gómez Alcortavidalibreterritorio
Elizabeth Gómez Alcortapolíticas públicas
singularidadElizabeth Gómez Alcortavidalibreterritorio
Elizabeth Gómez Alcortapolíticas públicasdiversidad
Elizabeth Gómez Alcortavidalibreterritorio
Elizabeth Gómez Alcortapolíticas públicas
singularidadElizabeth Gómez Alcortavidalibreterritorio
Elizabeth Gómez Alcortapolíticas públicasdiversidad
Elizabeth Gómez Alcortavidalibreterritorio
Elizabeth Gómez Alcortapolíticas públicas
singularidadElizabeth Gómez Alcortavidalibreterritorio
Elizabeth Gómez Alcortapolíticas públicasdiversidad
Elizabeth Gómez Alcortavidalibreterritorio
Elizabeth Gómez Alcortapolíticas públicas
singularidadElizabeth Gómez Alcortavidalibreterritorio
Elizabeth Gómez Alcortapolíticas públicasdiversidad

Políticas de género en clave de arraigo

Elizabeth Gómez Alcorta



Elizabeth Victoria Gómez Alcorta nació en Boulogne, provincia de Buenos Aires y reside actualmente en la Ciudad de Buenos Aires. Es abogada penalista y especialista en ciencia política y sociología (FLACSO). Cuenta con una larga trayectoria militante en defensa de los derechos humanos y es la actual ministra de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación.

La ministra de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación realiza un recorrido sobre el diseño de las políticas públicas del Ministerio con la mirada puesta en la diversidad de realidades existentes en nuestro país, a fin de construir políticas situadas que efectivamente den respuesta a la singularidad de cada situación y a las particularidades de cada territorio. Ejes como la interseccionalidad, la transversalización de las políticas de género, la territorialidad y la multiplicidad de voces organizan las principales líneas de trabajo a fin de garantizar políticas públicas integrales para eliminar la desigualdad y asegurar una vida libre de violencia para las mujeres y las disidencias. Participa Ana Laura Fuentes.

En primer lugar, quiero destacar la voluntad política que se expresa en la creación de nuevas universidades nacionales, tales como la UNSAdA. Como hija de la educación pública, desde el jardín de infantes hasta la universidad y el posgrado, como primera profesional en mi familia, no puedo dejar de destacar el valor extraordinario que tiene, como política pública, la creación de universidades, que lamentablemente corrieron peligro durante la anterior gestión de gobierno. Las universidades son esenciales para favorecer la democratización del conocimiento, en tanto que permiten el acceso de miles de personas a los estudios superiores y promueven el desarrollo de las ciudades y regiones del país.

En segundo lugar, la noción de arraigo me sugiere algunas reflexiones: es una idea que nos pide no olvidarnos de dónde venimos, sobre todo, en términos de trayectoria, de los recorridos que nos trajeron

al lugar en el que estamos, los lugares donde crecimos, dónde nos formamos, las personas con las que compartimos esos ámbitos. Permite pensarnos teniendo presentes esa historia, esas redes de contención y sostén, que se construyen siempre en relación de interdependencia con otras personas. Al mismo tiempo, me sugiere la importancia de pensarnos situados, en clave de presente, desde los lugares que ocupamos en nuestras realidades locales: con los pies en el territorio.

Este debate no está presente en todos lados, pero es importante que esté presente en la praxis política. En gran parte de los ámbitos académicos, pero también en la gestión pública, solemos pensarnos a través de teorías que provienen de Europa o de Estados Unidos, desestimando epistemologías locales y regionales. Seguimos padeciendo lo que algunos teóricos denominan la “colonialidad del saber” y la “colonialidad del poder”. Esto ocurre incluso a veces al interior del feminismo: nos pensamos en términos de “olas” feministas que se repiten, originadas en el norte global, en lugar de situarnos en la realidad local, donde tal vez esas olas no se produjeron, o existieron otras, etc. Por mencionar un ejemplo, cuando se producía la “tercera ola del feminismo” en Europa o Estados Unidos, en el Cono Sur nos encontrábamos en pleno terrorismo de Estado. Por supuesto que no estoy propiciando una mirada localista, que menosprecie los importantes aportes teóricos, políticos y culturales que intelectuales, académicas y movimientos emancipatorios de cualquier parte del mundo nos pueden aportar. Lo que quiero enfatizar es que no debemos adoptar una postura pasiva, como meras receptoras de conocimientos, sino una actitud activa, creativa, sabiéndonos que somos uno de los polos de esa producción política, académica, artística o cultural.

Pero incluso cuando intentamos pensar “nacionalmente”, solemos recaer en una óptica centralista, en la que la Ciudad de Buenos Aires se ubica como foco de irradiación y se asume como medida de

lo que ocurre en el resto del país. Utilizamos la expresión “del interior” —como si hubiera un exterior/interior— para referirnos a todo lo que no pertenece a Buenos Aires, como si fuera posible englobar al “interior” en una sola unidad, sin reconocer la multiplicidad de culturas e idiosincrasias de cada territorio y los diferentes modos de hacer y de pensar que existen en las distintas localidades y regiones del país. En este sentido, política, género y arraigo son palabras centrales para pensar en el diseño y la ejecución de políticas públicas sin olvidarse de las trayectorias y recorridos que nos constituyen.

Políticas públicas nacionales y situadas

En relación con el diseño de políticas públicas nacionales y situadas, desde el momento mismo de la creación del Ministerio —que comenzó de cero, para lo cual fue necesario conferirle institucionalidad— nos propusimos tener los pies en la tierra. Para nosotras fue central la pregunta sobre cómo trazar políticas públicas que fueran realmente nacionales y, al mismo tiempo, situadas y territorializadas. ¿Cómo hacer para conjugar esas dos variables? Es decir, edificar un Ministerio nacional que tenga la capacidad de poner la mirada en las diferentes realidades existentes en el país. Tenemos en claro que sería un grave error diseñar políticas públicas sin tener en cuenta esas distintas realidades. Eso sería básicamente bajar políticas desde el escritorio. Las políticas públicas deben ser herramientas transformadoras de lo social y tener la capacidad de adaptarse a los distintos contextos. No es lo mismo abordar un caso de violencia de género en una localidad del sur del país que en Córdoba, por ejemplo; o problematizar las tareas de cuidado —uno de los ejes centrales que se propone este Ministerio en clave estratégica— en el ámbito rural o en el ámbito urbano. Muchas

veces se corre el riesgo de entrar en una lógica más propia de la clase media urbana o de los sectores populares de los grandes conurbos del país, y se comete el error de dejar afuera, incluso en términos discursivos, en términos de convocatoria, a todas las otras regiones y sectores sociales. Por esto, delinear políticas con perspectiva de género implica necesariamente reconocer que existen realidades distintas y diversas a lo largo y a lo ancho de nuestro país. Lograr esto requiere un ejercicio constante de análisis y evaluación sobre las líneas de trabajo que vamos desarrollando, y también muchísimo diálogo y articulación con los Gobiernos provinciales, locales y las organizaciones sociales.

Principales ejes de trabajo

Todas nuestras líneas de trabajo se organizan en torno a un conjunto de ejes que buscan garantizar políticas públicas integrales. Esos ejes son fundamentalmente los siguientes:

La *interseccionalidad*, un concepto que se convirtió en el eje central de los feminismos populares y que plantea, en términos generales, que las mujeres no somos todas iguales. Por eso, no hablamos del Ministerio “de la mujer”, sino “de las mujeres”, porque hay mujeres diversas, que somos sometidas a opresiones diversas: opresiones vinculadas a la clase, a la edad, a la orientación sexual, a la capacidad o discapacidad, a la etnia, entre muchas otras. Esta es una herramienta analítica que nos permite estudiar, entender y buscar respuestas a las maneras en que el género se cruza con otras identidades. Por ejemplo, no podemos pensar el patriarcado sin hablar del colonialismo o del capitalismo neoliberal; eso es pensar en clave de interseccionalidad.

El otro gran eje es la *transversalidad*, que nos permite considerar la perspectiva de género como una metodología de trabajo de

todo el Gobierno nacional. Para efectivamente achicar la brecha de desigualdad y asegurar una vida libre de violencia para las mujeres y las disidencias, es esencial el compromiso no solo de todas las áreas del Estado, sino de todos los sectores de la sociedad.

El tercer eje es la *territorialidad*. Llevar adelante políticas públicas que contemplen la singularidad de cada situación y que, además, tomen en consideración las particularidades del contexto local, requiere de un trabajo conjunto con las distintas instituciones y Gobiernos federales, como así también con las organizaciones comunitarias. Es clave la interacción y la construcción de redes entre los diferentes niveles estatales, por un lado, y con la sociedad civil, por el otro, a fin de que los programas tengan un impacto real.

El cuarto eje es la *participación* o la *multiplicidad de voces*: las políticas públicas tienen que ser diseñadas escuchando. Hay un problema con la política en clave masculina, que es su muy baja capacidad de escucha; es una política que habla más de lo que escucha. Nosotras entendemos que es fundamental invertir ese orden: ir al territorio y escuchar. Es el único modo de hacer diseños que efectivamente lleguen.

Un diseño para cada territorio

Ahora bien, ¿cómo implementar estos ejes en las políticas públicas situadas? Para comenzar, en 2020 presentamos el Plan Nacional de Acción contra las Violencias por Motivos de Género (2020-2022). Ese plan se construyó a partir de foros participativos regionales. En ese momento se celebraron nueve foros, de los que participaron más de tres mil personas y hubo más de mil seiscientas propuestas concretas, por escrito. Tuvimos que combinar formatos presenciales y virtuales, porque en el medio apareció la pandemia. Armamos equipos interdisciplinarios a fin de sistematizar esa enorme cantidad de información. Eso nos permitió no solo

diseñar un plan, sino también poder entender ese cuadro territorial, con denominadores comunes en todo el país, pero también con diferencias muy grandes en cada punto. El otro ejemplo en relación con este plan es la transversalidad de las políticas con perspectiva de género: trabajamos con los veinte Ministerios nacionales, más veintiséis organismos descentralizados, a nivel nacional, para que todos asuman compromisos tendientes a reducir las violencias. Más de cien de los ciento cuarenta y cuatro compromisos que contempla este plan son también asumidos por otros Ministerios y organismos como mecanismo para comprometerse con la agenda de género.

Otra metodología de trabajo central consiste en constituir redes de promotoras emplazadas en los territorios; contamos con más de veinte mil en todo el país. Se trata de una red conformada por compañeras y compañeros que, desde hace mucho tiempo, trabajan en sus propios territorios. Esto permite generar una vinculación con el Estado nacional. Lo mismo sucede con el programa Escuelas Populares de Género, que cuenta con más de setenta proyectos destinados a fortalecer las instancias de formación y capacitación en los territorios, en relación con unos saberes de enorme riqueza, vitales para la prevención, la asistencia y la protección contra las violencias.

Fortalecer la gestión local

La gestión de nuestro Ministerio tiene como un objetivo prioritario el fortalecimiento de los municipios: consideramos que los municipios deben contar con dispositivos fuertes, porque son los que están cerca de la gente, de la mujer. Lanzamos el programa Generar, de fortalecimiento de las áreas de género, con asistencia técnica y económica, y el programa Articular, dirigido a las organizaciones de la sociedad civil. En el mismo sentido, con un decreto de Alberto Fernández, se

puso en marcha el programa Acompañar, en el que, por primera vez, se asume el compromiso de apoyar económicamente a las mujeres que se encuentran en situación de violencia y necesitan construir autonomía financiera para poder salir. El Estado nacional toma la decisión de hacer una inversión muy grande para acompañar a las personas que atraviesan estas situaciones, mediante un apoyo económico, durante seis meses, equivalente a un salario mínimo, vital y móvil. Pero el acompañamiento es integral, incluye también asistencia psicológica, social y legal, y allí se torna fundamental el papel del Municipio: aquella cara del Estado que tiene la capacidad de estar más cerca.

Este posicionamiento del Ministerio en la manera de concebir y llevar adelante la política pública es precisamente un modo de hacer y de pensar muy propio del movimiento feminista y de la diversidad. En ese sentido, saber de dónde venimos implica tener muy presente nuestras trayectorias al momento de ocupar una función pública, en la cual estamos “de paso”, y tener en cuenta, sobre todo, que esa historia no es individual, sino que es absolutamente colectiva.

Este Ministerio es el resultado de luchas históricas de un movimiento, de muchas conquistas anteriores y de una decisión política. Eso nos ubica en un lugar de enorme responsabilidad que nos obliga a no conformarnos. Sabemos que nos quedan enormes desafíos; lo que hemos construido hasta acá es un punto de partida. Es preciso seguir generando redes con lo local para poder efectivamente trazar políticas situadas. Necesitamos realizar una gran articulación territorial, porque nos impulsa la certeza de que las políticas se concretan en el territorio. Tenemos el inmenso desafío de demostrar que es posible hacer política de otra forma y que podemos transformar todo lo que haya que transformar.

Una reflexión sobre “las pibas”

Ana Laura Fuentes—Nos interesa tu mirada sobre “las pibas”, esas chicas, cada vez más jóvenes, que adoptan la bandera feminista y transformadora desde apenas terminada la escuela primaria.

Elizabeth Gómez Alcorta—Ver a esas pibas tan jóvenes en determinadas situaciones me genera mucha esperanza. En este contexto de crisis global, con un discurso hegemónico e individualista, un mundo en el que impera la idea de la beligerancia, de la competencia, de la mercancía como valores supremos, es maravilloso ver a las pibas movilizadas, llenas de irreverencia, tomando un rol político fundamental, sin tolerar aquello que no es como debe ser. Eso tiene un germen transformador que me provoca la mayor esperanza de que es posible pensar un mundo distinto al que nosotros vivimos; un orden global diferente al hegemónico. Yo hago una apuesta a los pibes, las pibas y les pibes, por un lado, por su carácter feminista y, por otro, por el carácter vinculado a la conciencia medioambiental. Son ellas y ellos quienes nos tienen que conducir.

la Díaz diversidad debates movimiento feminismo ampliación derechos
ismo Estela Díaz debates movimiento feminismo ampliación derechos
movimiento Estela Díaz debates movimiento feminismo ampliación derechos
debates movimiento feminismo ampliación derechos
la Díaz diversidad debates movimiento feminismo ampliación derechos
ismo Estela Díaz debates movimiento feminismo ampliación derechos
movimiento Estela Díaz debates movimiento feminismo ampliación derechos
debates movimiento feminismo ampliación derechos
la Díaz diversidad debates movimiento feminismo ampliación derechos
ismo Estela Díaz debates movimiento feminismo ampliación derechos
movimiento Estela Díaz debates movimiento feminismo ampliación derechos
debates movimiento feminismo ampliación derechos
la Díaz diversidad debates movimiento feminismo ampliación derechos
ismo Estela Díaz debates movimiento feminismo ampliación derechos
movimiento Estela Díaz debates movimiento feminismo ampliación derechos
debates movimiento feminismo ampliación derechos

Una conquista institucional de una lucha histórica

Estela Díaz



Estela Díaz nació en La Plata, provincia de Buenos Aires, donde aún reside. Estudió Profesorado en Letras, en la Universidad Nacional de La Plata. Es secretaria de Igualdad de Género y Oportunidades de la Central de Trabajadores de la Argentina (actualmente en uso de licencia). En esa organización ha conformado y dirige el Centro de Estudios Mujeres y Trabajos de la Argentina. Integra la Campaña Nacional por el Derecho al aborto legal, seguro y gratuito y la Comisión de Mujeres y Géneros del Instituto Patria. Actualmente ocupa el cargo de ministra de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual de la Provincia de Buenos Aires.

La ministra de Género y Diversidad Sexual de la provincia de Buenos Aires, en conversación con la vicerrectora de la UNSAdA, Silvina Sansarricq, y con la secretaria de Relaciones Institucionales de la Universidad, Ana Laura Fuentes, presenta una síntesis del surgimiento del Ministerio y de su organización estructural en virtud de los reclamos y debates instalados desde el movimiento social de mujeres y el feminismo. La ampliación de derechos ocupa un lugar central en la agenda del Ministerio, haciéndose hincapié en las diferencias que presentan los contextos urbanos en relación con las localidades del interior bonaerense al momento de diseñar políticas y elaborar dispositivos de atención en temas vinculados con la identidad de género, la diversidad sexual y las violencias. Se subraya entonces la necesidad de adaptar esos dispositivos a los contextos urbanos pequeños, medianos y rurales, y de articular políticas con los Gobiernos locales.

El Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual de la Provincia de Buenos Aires fue creado el 11 de diciembre de 2019 (Ley 15164). Nace como resultado de dos aspectos de fundamental importancia: el movimiento social de mujeres y el feminismo, cuya potencia de movilización, de interpelación y de construcción de agenda política ha sido central para exponer la necesidad de que existiera un ministerio. Este movimiento social consiguió hacer visibles la necesidad de conquistar nuevos derechos, las discriminaciones todavía presentes,

las violencias y desigualdades que continúan reproduciéndose. El otro aspecto central fue la voluntad política, tanto del presidente de la Nación como de nuestro gobernador, de instituir el área en el principal rango de la gestión pública.

Sabemos que los derechos que se conquistan en la gestión pública, aquellos que se ganan desde la institucionalidad democrática en Argentina, tienen una tradición política que se inscribe en lo nacional y popular, en el peronismo. Si recorremos nuestra historia, podremos recordar lo que sucedió durante el primer peronismo (1945-1955): las luchas obreras que dieron origen a derechos laborales; las luchas sufragistas que devinieron en derechos civiles y políticos para las mujeres, como también los derechos para la vejez y la niñez. Insurrecciones populares que se manifestaron callejeramente, pero que más tarde, gracias a la voluntad política de un gobierno popular, cobraron institucionalidad estatal y lugar en la gestión de gobierno. Esta tradición logra continuidad en el período del kirchnerismo. Veníamos de la centralidad de los organismos de derechos humanos en la resistencia a la dictadura, con una clara presencia femenina. Madres y Abuelas de Plaza de Mayo inauguran un ciclo político que marca el período democrático más largo de nuestra historia, que se abre en 1983.

Durante la década del 90, la más larga en políticas neoliberales, se impusieron políticas de impunidad respecto a los crímenes de lesa humanidad cometidos por la última dictadura cívico-militar. Cuando asume Néstor Kirchner, en el 2003, rápidamente hace derogar esa impunidad y eleva los derechos humanos a la categoría de política de Estado, con una perspectiva adicional: instaurar un nuevo paradigma de justicia social que amplía la noción clásica del siglo XX (ligada más a los planos de la redistribución en torno a ejes como el trabajo y la producción) para incluir políticas identitarias y de reconocimiento. Entonces, podemos hablar de derechos humanos por la reparación respecto del terrorismo

de Estado que habíamos vivido durante el último golpe cívico-militar, pero también de derechos que algunos llaman “de nueva generación”. Allí encontramos leyes fundamentales sancionadas en ese período: la implementación del programa nacional de salud sexual y reproductiva (en realidad, esta ley se promulgó sobre el final del período anterior), de Educación Sexual Integral, de Matrimonio Igualitario, de Identidad de Género, Ley Integral Contra la Violencia Hacia las Mujeres, el régimen para trabajadoras de casas particulares, entre otras.

Ahora que sí nos ven

El 3 de junio de 2015 irrumpe lo que se conoció como el “Ni una menos”, un movimiento que, por su masividad, contribuyó a producir un cambio cualitativo respecto a la agenda de género y el feminismo. Este movimiento, que tenía ya mucho arraigo —la palabra que nos convoca—, por su larga historia y porque se hallaba instalado fuertemente en nuestro territorio nacional y en el bonaerense, surge para interpelar al conjunto social, pero especialmente al sentido común machista, patriarcal, tan hondamente arraigado en nuestra historia y la de toda la humanidad. Se inaugura así un cambio de época.

Como diferencia sustantiva, este movimiento muestra, por un lado, una masividad sin precedentes y, por el otro, una enorme expansión: el cartelito con la leyenda “Ni Una Menos” estuvo en cada uno de los rincones de nuestras localidades, y allí tomó las características de las agendas particulares y diversas que teníamos. Una cosa fue lo que ocurrió en las grandes ciudades; sin embargo, cada una de nosotras, igual que ustedes en San Antonio Areco, podrá recordar que, en cada localidad de nuestra provincia, también hubo carteles que reclamaban “Ni Una Menos”. Esos carteles produjeron una transformación muy significativa

que propició un debate político, social y cultural, en el que se puso en el centro de la discusión la perspectiva de género, la perspectiva de la igualdad, de la no violencia y la erradicación de discriminaciones actuales, pero también históricas.

En ese tiempo, además, este movimiento fue crucial en la resistencia al neoliberalismo y sus políticas. Con orgullo decimos: “El primer paro a Macri se lo hicimos las mujeres”. Los paros internacionales de mujeres, de larga data a nivel internacional, fueron reinaugurados también desde el movimiento en la Argentina, el 19 de octubre de 2016, a raíz del femicidio de Lucía Pérez en Mar del Plata. El movimiento social de mujeres introdujo algunas características muy significativas que permiten asociarlo con la discusión de una agenda local, es decir, teniendo en cuenta las particularidades y características que cada una de nuestras localidades posee. Somos un país y una provincia muy heterogénea; tenemos diversidades múltiples que es preciso considerar cuando ponemos en debate las desigualdades de género.

Este tiempo —que algunas llaman la cuarta ola del feminismo— trajo consigo una característica importante: se trata de una ola que va desde el sur hacia el norte, hacia los países centrales. Esta ola, con su masividad, fue de aquí hacia allá. En ese sentido, no solo significó un cuestionamiento al patriarcado como sistema estructural de desigualdad de género en la sociedad, en las instituciones, en las relaciones interpersonales, familiares y comunitarias, sino que también trajo la mirada de lo descolonial; es decir, la mirada de Nuestra América indígena, negra, de mujeres y diversidades.

Los neoliberalismos gobernantes o en retroceso, como el caso de Argentina, tienen claros componentes neocoloniales, con perspectivas de anexión de nuestras tierras a intereses concentrados del poder transnacional. Los graves endeudamientos, como el llevado adelante por Macri, es parte de esa estrategia. En estos contextos renace este

feminismo con una fuerte impronta popular. Esta nueva ola trae a la primera plana de la escena la intersección de temáticas, que nos posibilitan pensar cómo conviven las desigualdades que las mujeres seguimos sufriendo en la sociedad con desigualdades étnico-raciales, geográficas, por identidad de género u orientación sexual, etarias, etc. Tenemos mucha deuda todavía al respecto.

“Tenemos Ministerio”

Hoy tenemos un nuevo ministerio, el Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual; un nombre extenso que intenta ser explicativo e instituyente de las nuevas prácticas. Venimos de un largo recorrido. Al finalizar la dictadura, empezaron a construirse los primeros espacios: uno de los primeros consejos de las mujeres fue en nuestra provincia de Buenos Aires, en el año 1987, creado en el Gobierno de Antonio Cafiero. Tuvimos también el Consejo Nacional de las Mujeres, creado en 1991, que dependía del presidente de la Nación y se le llamaba Consejo Nacional de la Mujer (en singular). Eso también tenía que ver con una determinada concepción; más adelante le pusimos el plural: “las mujeres”, entendiendo que las mujeres somos muy diversas y tenemos que reconocer esta diversidad para pensar la política. Hoy, además, hablamos de políticas de género y de otras identidades sexo-genéricas, disidentes de la heteronormatividad, de la idea de lo masculino y las relaciones binarias como dominantes. Entonces, hablamos de mujeres, lesbianas, travestis, trans y más (para sumar a las distintas identidades sexo-genéricas disidentes). Hablar de diversidad sexual implica poner en debate la idea binaria, excluyente, que impera en nuestra sociedad.

La organización estructural del Ministerio da cuenta de la perspectiva y los ejes prioritarios de gestión. En ese sentido, el Ministerio se

conforma de dos subsecretarías, que son pilares de la organización estructural de nuestra política, y de una unidad de políticas transversales, que define el derrotero central de cómo pensamos nuestra organización institucional. Una de las subsecretarías es la Subsecretaría de Políticas Contra las Violencias por Razones de Género. Hablamos de “las violencias”, también en plural, porque no se trata de un solo tipo de violencia. Tomamos tipos y modalidades distintos de violencia y se los aborda desde la integralidad, ya que en temas de violencia nunca se responde de forma individual, siempre necesitamos una articulación interinstitucional, interdisciplinaria, transdisciplinaria, a lo cual se agrega la articulación interjurisdiccional. Para tratar las violencias es necesario situarse, arraigarse, mirarlas desde la problemática y la lógica de cada localidad. Se trabaja mucho con los distintos distritos, en los encuentros regionales que sostenemos, en las mesas locales de violencia que se han constituido, porque nos preocupa sobremanera que, en general, la inmensa mayoría de los dispositivos que conocemos están pensados para las grandes ciudades, para las urbes, y no para lo rural. El aislamiento en las zonas rurales, salvo en el casco urbano, es parte de la vida. De modo que los dispositivos que pensamos deben colocarse en el espacio concreto, atendiendo a cómo se constituyen las culturas de intercambio en esa localidad, prestando atención a cómo se crearon. Estas son algunas cuestiones que necesitamos poner en debate cuando pensamos la política.

La otra subsecretaría es la Subsecretaría de Políticas de Género y Diversidad Sexual, que elabora políticas de promoción y de igualdad en programas especiales de trabajo, de vivienda, de salud, de educación, que incluyen a los adultos mayores, a las personas migrantes, etc. Estas políticas se elaboran articuladamente porque no es posible dar respuestas a las violencias si no abordamos las políticas de promoción y de igualdad pensando en el trabajo, en la vivienda, en los procesos de

salida de la violencia y en la construcción de autonomías, de proyectos de vida; todo lo cual se alcanza colectivamente. No hay meritocracia, no hay soluciones individuales, sino que hay organizaciones con las que interactuar, dialogar y pensar en conjunto las políticas que llevamos adelante.

El tercer pilar institucional, que es clave para nosotras, apunta a un aspecto central que nuestro gobernador ha planteado con fuerza. Me refiero a la transversalización de la perspectiva de género al conjunto de las políticas de gobierno. Para ello, tenemos un ámbito llamado Unidad de Políticas Transversales. El primer acto institucional que celebramos como Ministerio fue el 9 de enero del 2020, en el Salón Dorado de la Casa de Gobierno. Allí se presentó el Consejo de Políticas Transversales de Género ante los municipios, porque, justamente, es en el territorio donde se concreta la política de gobierno y adonde debe llevarse la respuesta de esa política, que debe tener la característica de lo local, de cómo se articula con lo local. Además creamos el Consejo para transversalizar la perspectiva de género en el Ejecutivo, en la administración pública; también se creó la Mesa Interpoderes, una mesa establecida con las máximas autoridades del Poder Judicial, del Poder Legislativo y del Poder Ejecutivo. El acceso a la justicia es una problemática importantísima. Hablamos del acceso a la justicia desde una concepción amplia; no solo nos referimos a medidas de protección, de abrigo, sino al concepto de justicia como noción moral de nuestra sociedad, un concepto fundamental que ha estado vedado para muchos sectores; y allí pensamos en las mujeres y en las personas travestis y trans como poblaciones especialmente afectadas.

El cuarto organismo de transversalización creado es el Consejo con la Sociedad Civil, un ámbito pensado de una manera muy dinámica y desde las colectivas y organizaciones. Articulamos con organizaciones sociales, sindicalistas, referentas y líderes políticas, con las concejalas

y las redes de concejalas, con las legisladoras, con las juventudes, y con las redes y entramados del feminismo. Se pensó en un Consejo cuyas características nos permitieran reconocer las distintas formas de organización que existen y generar diálogos con la política de nuestro Ministerio. Ese es el Estado que entendemos: un Estado presente, un Estado cercano, que se nutre de la comunidad organizada. Y lo comunitario se da en lo local, se da situado, pero también lo encontramos en las regiones; hablamos de identidades regionales.

El Ministerio es una institucionalidad en construcción. Debimos hacerlo en contexto de pandemia y eso le agrega dificultades. De todos modos, se ha crecido en políticas y programas, que irán ampliándose con los años. Nos pensamos desde un proyecto político de gobierno que reconoce un papel central para la gestión pública. Llevar al principal plano de gestión las políticas de género y de erradicación de las violencias supone el reconocimiento de estar abordando una problemática social estructural, de enormes dimensiones, que afecta a la mitad de la población, pero, sin dudas, la conquista de una vida sin violencia y sin discriminaciones nos acerca una vida digna de ser vivida para todos y todas. Desde esa convicción se trabaja en políticas públicas de atención, prevención, promoción, reparación y cambio cultural.

Ana Laura Fuentes—Quisiera detenerme en algunos temas que me parece importante destacar: la centralidad del rol del Estado al tomar reclamos que luego se convierten en derechos conquistados, y al otorgarle rango ministerial a la tarea de garantizar esos derechos. El tema de los usos del lenguaje, que es tan solo la punta del iceberg de un complejo entramado social y cultural: ¿Cómo se pasa de hablar de “la mujer” a hablar de “las mujeres”, incorporando géneros y diversidades? Una aprende, se deconstruye y se transforma constantemente en esta dinámica de incorporar palabras cargadas de nuevos sentidos, vinculadas con nuevas conquistas y nuevos procesos de lucha.

También me interesa subrayar la observación sobre la importancia de plasmar las políticas de género en los territorios. Creemos que los Gobiernos locales tienen un rol central; desde “arraigo” siempre decimos que el Gobierno local tiene que ser el engranaje que brinde respuestas a la ciudadanía; mejor aún, si esto ocurre con el acompañamiento de un ministerio. Es más fácil y más normal que un arequero o una arequera se encuentre a la directora de Género en el pueblo que a la ministra.

Pensaba en el acceso a la justicia. Territorialmente hablando, el acceso a la justicia para las personas de Areco está a 60 kilómetros, porque dependemos del Departamento Judicial de Mercedes. Una persona que sufrió violencia, tras el paso de animarse a denunciar esa violencia en una comunidad en la que nos conocemos todos, con la marca social que eso suele conllevar, está obligada a viajar a Mercedes, porque no tenemos una construcción de justicia de cercanía. En el año 2019 el diputado Mariano Pinedo presentó un proyecto trabajado con el entonces intendente Francisco Durañona para crear más presencias fiscales y juzgados en los diversos municipios; desde luego, un objetivo complejo en el marco presupuestario, pero absolutamente imprescindible.

Otro tema preocupante es el aumento de las violencias en el marco de la pandemia. Me imagino que la pandemia y el aumento de las violencias en los hogares durante el período de aislamiento social han trastocado la proyección de trabajo que tenían en el Ministerio.

Estela Díaz—Temíamos que el aislamiento, es decir, lo que la pandemia de covid-19 precisaba para ser controlada, pudiera dar lugar a un aumento de las violencias de género. Sabemos que para un porcentaje significativo de mujeres la casa es el lugar donde sufren la violencia; es el lugar de la inseguridad. Cuando se estudian las características de la violencia, se observa que una estrategia del agresor es el aislamiento: apartar a una mujer de sus vínculos es un modo de dejarla más indefensa

frente a esa situación de agresión, violencia y control, como parte del dominio y del poder que se pone en juego en una situación de violencia de género. Sabíamos que habría menos servicios presenciales, los juzgados y el Poder Judicial trabajaban solo con turnos, de modo que aumentamos todas las líneas remotas. La primera semana se dispararon las llamadas a la línea 144; luego se estabilizaron, pero hubo un aumento de alrededor del 40 % de las consultas. Se sumaron más líneas, se contrató más personal para atenderlas y se agregó el WhatsApp, una aplicación que se usa en todas las edades y todos los sectores sociales, lo cual resultó muy útil, porque es más fácil escribir un WhatsApp que llamar, e incluso se puede borrar el mensaje como mecanismo de resguardo. Se fortaleció el espacio de seguimiento de casos, y de casos críticos y de alto riesgo. Se ampliaron los equipos y una parte del Ministerio, que estaba destinada a trabajar en otros temas, se puso a disposición para contribuir en las áreas de trabajo involucradas. Hay equipos que trabajan las 24 horas del día. Cuando ocurre una situación crítica, de riesgo de vida, el equipo trabaja hasta tener la seguridad de que se sacó a esa mujer de la situación de riesgo. Se articula con la Fiscalía, con la Policía, con el área de género de cada Municipio, como ámbito central de articulación con las políticas del Ministerio. Por esa razón, hemos proyectado estrategias para fortalecer esos espacios.

Por otra parte, en ese contexto, se organizaron dispositivos de trabajo presenciales en los barrios que se cerraron como forma de prevenir la propagación de la covid-19 —en los barrios en los que se realizó el programa Detectar—; dispositivos para garantizar que lleguen los materiales de prevención de violencia a través de todos los materiales escolares. Se repartieron cerca de tres millones de cartillas con indicaciones e información para personas que sufren violencia, y con medidas de protección y de ayuda a terceras personas que sufren violencia.

Se trata de hacer crecer nuestras redes y campañas de prevención, mientras que nos preparamos en el camino más estructural,

es decir, para que sea posible actuar no solo cuando la violencia ya está instalada, sino también en la prevención. Ese es el gran desafío que tenemos por delante: cómo mejorar los dispositivos, cómo lograr una continuidad de la atención en el tiempo, más allá de la crisis, y, por supuesto, las masculinidades, qué hacemos con los varones violentos. Se apunta a sacar al violento del hogar, a que se establezca una medida de protección. Tenemos equipos de enorme entrega y profesionalismo. Entendemos que hacia adelante se podrá mejorar esta política, que ha sido fragmentaria, con respuestas poco claras y con falta de recursos.

Un lenguaje que incluya la diversidad

Silvina Sansarricq—Quiero remitirme a una anécdota personal para ilustrar la cuestión del lenguaje y la necesidad de que el Ministerio tuviera un nombre extenso para dar cuenta de sus políticas.

Tengo una hija de 20 años de quien aprendo permanentemente. En un paseo con ella tiempo atrás nos encontramos con un dibujo de una brujita pintada de rosa y debajo un texto escrito en letras griegas. “¿Qué querrá decir?”, dije yo, a lo que mi hija me respondió: “¡Mamá, ahí dice: ‘Somos las nietas de todas las brujas que no pudieron quemar!’”. Este es un lenguaje universal y lo estamos hablando todas; no importa en qué alfabeto se escriba, todas sabemos lo que queremos decir”.

Entonces, pensaba en tu mención de los nombres largos para los Ministerios y sus Subsecretarías por la necesidad de explicar sus funciones y alcances. Me da la impresión de que quienes necesitamos esa explicación somos las personas más grandes, porque los más jóvenes comprenden el idioma, escrito en el alfabeto en que esté escrito. La gran esperanza y la expectativa que una tiene en relación con la sostenibilidad de estas políticas pasan por las personas más jóvenes,

que entienden el sentido de las políticas, de la masividad, de la fuerza que pueden generar.

Estela Díaz—Nosotras nos hicimos feministas; empezamos a militar en otros ámbitos, a estudiar otros temas y nos fuimos haciendo feministas. Las pibas ahora nacen feministas. Claramente hay una diferencia cultural. Estamos en una sociedad de mucha transición. Ya hice mención del 3 de junio de 2015, cuando empezó el Ni Una Menos, pero el otro momento que se constituyó en un hito ocurrió en el 2018 con el debate de la interrupción voluntaria del embarazo. Allí se consolidó lo que llamamos la Revolución de las Hijas y las Nietas. Todos los fines de semana hacemos conversatorios sobre estos temas con chicas de la escuela secundaria y me llena de admiración ver cómo conceptualizan y plantean dónde están los nudos de los problemas, cuáles son los debates que ellas creen que es necesario instalar. Esto habla de una actualidad y de un futuro impresionante de transformación cultural. El debate de género es de fondo. El sistema patriarcal es un sistema de desigualdad económica, institucional, laboral, pero el sentido común y las costumbres tradicionales suelen ser las más difíciles de cambiar.

Ana Laura Fuentes—Eso puede notarse en ciudades como la nuestra, que además es la capital nacional de la tradición, con toda la belleza que eso implica en términos turísticos y culturales, y toda la complejidad que trae en términos de igualdad de derechos. La escucha de las redes sociales y de los medios de comunicación locales deja ver la idiosincrasia local; en los comentarios se observa un machismo naturalizado. Por ejemplo, el 8 de marzo un colectivo feminista integrado por distintos espacios organizó un festival multicultural en el río. En la difusión se usó una foto representativa, de una fotógrafa local, Lulú Magdalena, una fotógrafa excelente que tiene hermosas fotos de movilizaciones. Y el color del *flyer* de difusión era verde. Todos los comentarios del medio de comunicación local apuntaban a que aquello era excluyente

y discriminatorio de quienes pensaban diferente. En el pueblo hubo movilizaciones por la despenalización del aborto, pusieron un pañuelo verde en el Puente Viejo, y también hubo fuertes movilizaciones en contra, naturalizadas y abiertas. Me parece perfecto que haya múltiples expresiones al respecto. Pero lo cierto es que hablamos de mujeres que sufren violencia obstétrica, violencia económica, violencia con respecto al hábitat, etc., a quienes les costaba mucho acercarse por la cantidad de prejuicios existentes en cuanto al aborto.

En la comunicación oficial actual del Municipio de San Antonio de Areco no se acepta que se empleen las formas “mujeres y hombres” o “ellas y ellos”. Lamentablemente se considera el uso del lenguaje inclusivo como un posicionamiento político-partidario y, desde ahí, por oposición, se impide su uso.

Estela Díaz—En la gestión anterior de la provincia de Buenos Aires se prohibía escribir “masculino y femenino”, pese a que, desde el año 2000, existe un manual de estilo en la provincia que orienta en el sentido contrario, es decir, que propone que se busque el modo de nombrar a ambos géneros. Y no solo eso: hubo muchos retrocesos en cuanto a los temas relativos a la identidad de género. Se agregaron trámites adicionales a las personas que solicitaban el cambio de identidad, amparados por una ley nacional, como es la Ley de Identidad de Género. Se enviaban los expedientes al área de Niñez para consultas y los cajoneaban. Esto ocurrió con una mujer como gobernadora. Por eso, además de mirar nuestras identidades de género, tenemos que mirar los proyectos políticos que encarnamos. Esos proyectos políticos significan una mirada del mundo, una mirada de las otras personas, de la comunidad, y qué perspectiva vamos a tomar frente a la gestión y frente a las decisiones de gobierno: si se expresan los intereses concentrados de unos pocos y una perspectiva conservadora o, por el contrario, se gobierna para las mayorías populares, de forma que la redistribución de la riqueza y los recursos lleguen al conjunto.

Ana Laura Fuentes—Hay que destacar que gran parte del avance en los derechos de las mujeres ha tenido que ver con que, en ciertos temas relevantes, todo el arco político apartó algunas diferencias para juntarse en pos de un objetivo puntual. Cuando se deja que se filtren otros entramados, más vinculados con cuestiones ideológicas, todo se vuelve mucho más difícil de alcanzar. El movimiento feminista ha sabido poner sobre la mesa una enorme cantidad de debates, superando diferencias y anteponiendo las coincidencias.

Estela Díaz—La transversalidad política para el avance de las leyes de igualdad de género ha sido fundamental. Las fuerzas mayoritarias tienen, en su seno, fuerzas conservadoras. Las transformaciones y ampliaciones de derechos también encuentran fuerzas resistentes a los cambios. Por eso, cuando pensamos las legislaciones que promovieron el avance de los derechos de las mujeres y de los colectivos de la diversidad sexual, siempre fueron posibles por alianzas políticas transversales en los ámbitos legislativos. La diferencia es que la conquista en políticas públicas, en gestión y en derechos efectivamente conquistados, en general, ha sido por el peronismo y el espacio nacional y popular. Los otros sesgos políticos que nos han gobernado, en general, neoliberales de distintas características, ya sea que hayan sido proyectos que llegaron por elecciones democráticas o por golpes para instalar modelos neoliberales, han sido modelos de recortes de derechos.

Ana Laura Fuentes—A partir de este encuentro inaugural, nuestra región puede articular mucho trabajo entre el Ministerio y esta Universidad, de la que participan los municipios que rodean a San Antonio de Areco. Un tema que preocupa es el de las violencias en los ámbitos rurales, ¿cuáles son los objetivos para trabajar en los pequeños territorios?

Estela Díaz—Se ha constituido una mesa de trabajo para discutir específicamente las políticas de prevención, atención y asistencia a las víctimas de violencia en sectores rurales. Desde el Consejo Interuniversitario

que se creó en la provincia de Buenos Aires se proyecta una reunión con todas las áreas vinculadas con temas de género de las distintas universidades de la provincia. Nos parece central, muy virtuoso y de mucha capacidad productiva este encuentro entre el Gobierno y las universidades.¹

1-En el transcurso del 2021, posteriormente a la edición del Conversatorio que da lugar a este artículo, se produjeron avances puntuales en relación con este tema, en particular, la creación del programa Mesas Intersectoriales de Pueblos contra las violencias por razones de género “Mi Pueblo”. Se trata de un programa para fortalecer las redes institucionales y de organizaciones presentes en los pueblos de la provincia, a través de la conformación de Mesas Intersectoriales en los propios pueblos, integradas por actoras y actores que desempeñan sus actividades en esos lugares con vinculación con la temática, en articulación con las Mesas Locales Intersectoriales (MLI), componentes centrales del Sistema Integrado de Políticas Públicas contra las violencias por razones de género (SIPP).

La apuesta de una Universidad como la UNSAdA nos permite el arraigo y también el desplazamiento, mediante articulaciones con otras universidades nacionales y regionales que potencian esos desplazamientos. La propuesta de la Universidad nos abre espacios desde donde pensarnos e interrogarnos sobre distintos temas y refuerza una impronta federal: la importancia de que las universidades públicas habiten en ciudades pequeñas y medianas, en distintos puntos del país, porque son lugares de enunciación, de producción de saberes y conocimiento, de intercambio, reflexión y reposicionamiento de nosotras mismas.

**Conocimiento feminista
en la agenda pública**

la Saulo roles militancia género femenino
neros Julieta Saulo militancia feminista mujer
oles militancia género feminista mujeres Julieta Saulo roles
militancia feminista mujeres roles género
la Ares roles militancia género femenino
neros Pamela Ares militancia feminista mujer
oles militancia género feminista mujeres Pamela Ares roles
militancia feminista mujeres roles género
la Saulo roles militancia género femenino
neros Julieta Saulo militancia feminista mujer
oles militancia género feminista mujeres Julieta Saulo roles
militancia feminista mujeres roles género
la Ares roles militancia género femenino
neros Pamela Ares militancia feminista mujer
oles militancia género feminista mujeres Pamela Ares roles
militancia feminista mujeres roles género

Mi cuerpo, mi territorio, mi hogar: maternar es político

Julieta Saulo y Pamela Ares



Julieta Saulo nació en Esquel, provincia de Chubut, y a los diecisiete años se mudó a Buenos Aires, donde reside actualmente. Es licenciada en Dirección de Organizaciones de la Sociedad Civil, psicóloga social, puericultora y doula. Dirige del área de Servicios de Puericultura de la Asociación Civil Argentina de Puericultura. Ha escrito sobre parto respetado, lactancia, violencia obstétrica y maternidad(es) para distintos medios del país. Participó, como autora invitada, del libro *Salud feminista. Soberanía de los cuerpos, poder y organización* (2019) y de *Mujeres que transforman. Experiencias que inspiran* (2018).

Pamela Ares es licenciada en Ciencia Política (UB), magíster en Políticas Públicas (UTDT), diplomada en Desarrollo Local con Perspectiva de Género y en Gestión y Control de Políticas Públicas (FLACSO). Preside la Fundación Chakana, una ONG para el desarrollo local con perspectiva de género. Fue directora del Observatorio de Violencia contra las Mujeres de la Provincia de Salta. Compiló el libro *Mujeres que transforman. Experiencias que inspiran* (Fundación Contemporánea, 2018) y escribe en varios medios de comunicación sobre temas de género. Actualmente, es subsecretaria de Políticas de Inclusión en el Mundo Laboral del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación.

Tomando como puntos de partida las vivencias personales de las participantes, su formación y militancia en organizaciones feministas, este intercambio propone construir una nueva mirada sobre el parto, la lactancia, la crianza y los cuidados; una mirada que parte de las condiciones de existencia, tanto sociales como territoriales, de las mujeres, y que propone la jerarquización de las tareas de cuidado, la revisión de los roles asignados a los géneros y la articulación de nuevas masculinidades a fin de construir relaciones más justas y equitativas. Participa Ana Laura Fuentes.

Julieta Saulo—Para pensar el tema de la crianza y la lactancia en el contexto distinto de las grandes ciudades y de las pequeñas ciudades, hay una frase que siempre me quedó muy presente: “Para criar a un niño o a una niña hace falta una tribu entera”. ¿Cómo gestionar una tribu en una ciudad descomunal como Buenos Aires? El contexto actual, en que no solo tenemos un Estado presente, sino un Estado feminista; un contexto en el que el movimiento feminista en nuestro país es faro a nivel mundial y hay toda una revisión sobre cómo acoger a los diferentes tipos de maternidades nos brinda una oportunidad para avanzar en ese sentido.

Hace unos años, en la militancia feminista, los temas relacionados con las maternidades, el parto, la lactancia eran temas de segunda categoría. Cuando militabas por el parto respetado automáticamente eras tildada de antiaborto y antiderechos. En realidad, se trata de repensar estas temáticas con perspectiva de género, ampliando derechos

y poniendo siempre a las mujeres en el centro. Una de las cuestiones a repensar en las grandes ciudades es justamente que con la información no alcanza para plantearse un parto respetado, una lactancia exclusiva, etc., teniendo licencias ma-parentales tan cortas y con profesionales de la salud que no están actualizados en lactancia materna. Entonces, el rol de la puericultora es fundamental: se está impulsando un proyecto de ley para que el rol de la puericultora esté legitimado y se pueda garantizar la lactancia materna exclusiva a las mujeres que así lo deseen.

Desde mi perspectiva, celebro que el movimiento feminista esté pensando en estos temas. Las mujeres de mi generación, al no haber tenido educación sexual integral (ESI), hemos llegado absolutamente desinformadas a estos momentos fundamentales de nuestra vida sexual y reproductiva. Y, en muchos casos, hemos padecido altos índices de violencia. Con la información no alcanza; necesitamos un Estado presente y feminista.

Ana Laura Fuentes—Siempre es interesante hacer un recorrido por la biografía personal de quienes nos comparten sus reflexiones, porque justamente son parte de las condiciones de producción del aporte que queremos hacer; por eso siempre estamos hablando desde el conocimiento y el saber, pero también desde la vivencia personal.

Pamela Ares—Yo nací en un pueblo muy chiquito de la provincia de La Pampa, por cesárea, sin tribu porque no era la ciudad natal de mi madre, y a raíz de la situación de soledad del puerperio de mi madre, tomé muy poca teta. A los diecisiete años migré a Buenos Aires para estudiar, y luego de vivir en diferentes lugares, decidí instalarme en Salta. El primer espacio de militancia en el que participé fue justamente el del parto respetado.

Permanentemente escuchamos situaciones de mujeres a quienes les practicaron una cesárea sin justificación médica, o les aplicaron la epidural sin su consentimiento, o no les permitieron estar acompañadas

de su pareja o de un familiar en el momento del parto. Me parece interesante pensar cómo para las mujeres, aun siendo militantes feministas, pese a considerarnos empoderadas, a tener formación académica, cuando vamos a parir, si no tenemos un conocimiento muy profundo de nuestros derechos, es muy difícil que se nos respeten determinadas decisiones y derechos. Transformar el modo en que llegamos al mundo es realmente una revolución, una revolución silenciosa, por eso, haber estado acompañada durante el puerperio por otras mujeres en un espacio como Las Casildas¹ fue muy importante para mi experiencia personal.

Sin embargo, es fundamental empezar a pensar el parto respetado como política pública, como buena práctica con perspectiva de género, local, de arraigo; una práctica que propone el parto respetado como eje central por donde comienza a plantearse y replantearse la forma en que nacemos y habitamos un lugar.

En nuestro país, la Ley de Parto Humanizado se sancionó en el año 2004 y se reglamentó en el 2015. Pensar en el parto respetado y en la posibilidad de llevarlo a una política pública, como lo realiza la ciudad de San Antonio de Areco con el Programa Florecer, generando conciencia en la comunidad y en los profesionales de la salud acerca de los derechos que tenemos las mujeres al momento de parir, nos demuestra que hay otra manera de pensar cómo acompañamos a las mujeres durante el parto, el puerperio y la lactancia. Ahí aparece la importancia de la red, de la tribu de apoyo y de cuidado.

Es importante destacar el concepto de arraigo desde el enfoque de género, humanista y federal, que no es otra cosa que comprender

1. Agrupación feminista cuyo objetivo es difundir y visibilizar temáticas relacionadas con la violencia obstétrica, los derechos sexuales y reproductivos y cuestiones de género. Fue fundada en el año 2011.

y comprendernos desde nuestros territorios: el espacio, el lugar que habitamos y donde desarrollamos nuestra vida cotidiana, nuestra existencia en este mundo. Este lugar forma parte del espacio social, también, y es desde donde accionamos las transformaciones necesarias para el desarrollo de lo comunitario, para mejorar la calidad de vida de las mujeres y de la sociedad en general.

Todo esto es muy difícil de ser pensado desde el Estado, porque el Estado, como diría Rita Segato, tiene ADN patriarcal, y está construido desde una concepción verticalista que dificulta reflexionar sobre estas políticas. Hoy formo parte del Consejo Nacional de Coordinación de Políticas Sociales, y con profesionales de distintas áreas estamos trabajando en el desarrollo infantil temprano y los cuidados de los primeros MIL DÍAS, desde la gestación hasta los dos años de ese niño o esa niña, con la contención del Estado. Es un enorme desafío desarrollar una política estatal de una manera lateral y con otra perspectiva, en la que se pone el cuidado en el centro de la escena. Sabemos que las realidades de cada provincia son diferentes y esencialmente esa diferencia está marcada por la pobreza en el marco de vastos y divergentes territorios. Por eso, tenemos la obligación de trabajar con una profunda mirada federal, respetando la diversidad cultural de cada territorio y fomentando el arraigo.

Por otro lado, discutimos en la actualidad sobre la soberanía alimentaria: la lactancia materna es la soberanía alimentaria de los recién nacidos y las recién nacidas; es el kilómetro 0. La complejidad de la discusión que debemos sostener nos lleva a pensar no solo en la forma en que nacemos, sino también en los espacios de cuidado que van a tener nuestras ciudades, esas ciudades en las que queremos vivir y que tenemos que construir, desde una mirada del arraigo. Queremos que las y los jóvenes permanezcan en sus pueblos, con oportunidades, trabajo y educación, pero para que esto ocurra, necesitamos también

replantearnos cómo nacemos, los y modelos de cuidado que tendrán nuestras ciudades para evitar las migraciones.

Ana Laura Fuentes—En los últimos siete años ha ocurrido un cambio vertiginoso en el feminismo y en las organizaciones. El Estado comienza a hablar de una manera más transversal y con más constancia de estos temas: hemos encontrado espacios para legislar sobre las puericultoras y el parto respetado; las organizaciones llegan de manera más fuerte, directa y con mejor recepción a los hospitales. Porque sabemos que también existe un dominio de los cuerpos por parte del patriarcado médico: un tema que venimos trabajando y desandando para poder abordar una cuestión que no se trata de privilegios, sino de derechos; poder tener un parto digno es un derecho.

Julieta Saulo—Con relación a cómo el movimiento feminista se planta en cuanto a estos temas, vale la pena ver experiencias como la de San Antonio de Areco o la experiencia de la Maternidad Estela de Carlotto, porque son ejemplos claros. No se necesitan grandes inversiones para no vulnerar los derechos de una mujer. Se necesita cambiar el paradigma médico dominante: la masculinización del rol médico independientemente de quién te asista. Hay algo en relación con las personas que portan ambo y la masculinización de ese rol que se concatena en infinidad de intervenciones que pueden ser violentas para la mujer o la diáda. Esto es independiente de la clase social o las posibilidades de acceso de las personas. El cambio de paradigma es posible, pero se necesita decisión política. El cambio de paradigma repercute hoy en las mujeres que están pariendo en estos espacios.

Ana Laura Fuentes—En relación con el tema del arraigo, se observa que en las migraciones las más perjudicadas son las mujeres porque la violencia es peor en las ciudades y las políticas de cuidado se vuelven mucho más complejas en las grandes ciudades.

Cuando hablamos de temáticas de cuidado vemos que aparece en todas las clases sociales, en todas las casas. Se naturaliza que ese rol

lo ejerza la mujer. Por eso, me parece que hablar de cuidado es novedoso porque se trata de un tema que es parte de nuestra cotidianidad.

Pamela Ares—A las mujeres se nos ha invisibilizado en los roles del cuidado. Para hablar de cuidado necesitamos pensar en un movimiento de evolución natural hacia un lugar mejor: ese lugar es el de la casa común y esto no se trata de una visión darwinista. Sin embargo, para entender la casa común, tenemos que visibilizar primero el cuerpo. La primera casa a visibilizar es el cuerpo; la segunda casa es el hogar; la tribu y la comunidad es la tercera dimensión: “Mi cuerpo, mi territorio, mi hogar”.

Aquí es necesario tener en cuenta el concepto de Estado/Nación, como lo conocemos hoy: un Estado que deja de ser feudal para ser moderno. Previamente a la existencia del Estado, hablábamos de aldeas, de tribus, de roles. Estaba el rol de lo público, pero no el rol de lo privado. La dimensión de lo privado nace con el Estado Nación. En la época medieval, en las aldeas, había una división de roles, pero no existían jerarquías. Entonces, si observamos estas comunidades o tribus, vemos que en ellas el rol de la mujer era la construcción de la comunidad y de los vínculos, y nadie lo consideraba un rol menor. Era un rol distinto. El hombre tenía el uso de la palabra, la política y el comercio, allí se vivenciaba lo jerárquico. A su vez, el rol de la mujer era fundamental, ya que se trataba de la construcción de los vínculos. Las comunidades originarias solo pudieron sobrevivir a las masacres de sus pueblos por esa construcción de los vínculos y de la comunidad creada por las mujeres, que cumplían ese rol esencial.

Cuando surge el Estado Nación, homogeniza e impone a lo largo de la historia una mirada capitalista y liberalista. De allí devienen las demandas del feminismo occidental, impulsadas por las demandas de la Revolución francesa. Ellas decían: “Nosotras queremos los mismos derechos que tienen ellos”. Sin embargo, mucho tiempo

después, y rescatando los feminismos comunitarios de América Latina —de Guatemala, México, Bolivia, etc.— surgen los feminismos comunitarios de raigambre popular. Nuestras mujeres indígenas entienden que deben ellas mismas definir qué tipo de feminismo son. Uno de esos feminismos comunitarios, al que adhiero intelectualmente y en la práctica, tiene que ver con volver a encontrarnos en una armonía y equilibrio entre la naturaleza y el cuerpo de la mujer. Allí encontramos una conexión muy fuerte con el cuidado. No hay forma de sanar la naturaleza si no sanamos los cuerpos de las mujeres. Y esta es otra cosmovisión: sanar nuestros cuerpos tiene que ver con sanar las violencias que vivimos cuando parimos, cuando criamos, cuando nos relacionamos con las personas, en la comunidad, con el cuidado de nuestro entorno. Entonces, solo así estamos también sanando nuestra madre tierra.

La pandemia y los cuidados

Con la pandemia de covid-19 aprendimos que los trabajos de cuidado están invisibilizados, altamente feminizados, y que son necesarias políticas públicas del cuidado que, por un lado, promuevan la inclusión laboral de las mujeres y su permanencia en el mercado del trabajo, dado que ambas están estrictamente ligadas a la maternidad y a las tareas del cuidado. Por otro lado, hacen falta políticas públicas dirigidas a quienes trabajan cuidando, un sector que presenta una escasa jerarquización y procesos diversos de profesionalización, sumado a altos índices de informalidad laboral. Debemos formalizar y profesionalizar los trabajos de cuidado, servicios de casas particulares y cuidados del hogar; cuidado y atención de niñas, niños y adolescentes; cuidados gerontológicos; cuidado de personas con discapacidad, porque para una mujer urbana esto implica más cansancio, más estrés, y la aleja de su salud emocional y física.

Por otra parte, la invisibilización de la jerarquización de las tareas de cuidado tiene otros aspectos muy importantes. Pensemos en las mujeres que viven en zonas periféricas de las ciudades, mujeres que no terminaron la escuela, que fueron madres adolescentes, que sufrieron violencia a lo largo de toda su vida y no tuvieron las oportunidades, que hemos tenido muchas, de estudiar, tener una casa, un trabajo, etc. En ellas el rol de cuidado es un rol central, porque para esas mujeres, sin todas esas oportunidades es muy difícil pensar que podrán conseguir un trabajo bien remunerado, que van a poder organizar su vida, incluso desde el productivismo. Pero si incluso lo pensamos desde el proyecto de los vínculos, desde el arraigo, tampoco están teniendo derecho a poder criar. Hay un modelo que nos dice que tenemos que reincorporarnos rápidamente al mercado laboral. Este modelo productivista y extractivista de nuestras vidas, de nuestros cuerpos nos lleva a pensar que hay que producir o producir. Muchas de nuestras compañeras de los sectores populares desearían poder criar con tranquilidad.

En relación con esto, los Gobiernos locales son las fuerzas vivas para transformar la vida de las personas: debemos pensar las políticas de cuidado desde el Estado, con equidad de género y justicia social, desde la oferta pública y la oferta privada, para transformar las fuerzas vivas de las comunidades; sobre todo, jerarquizar el trabajo de cuidado y profesionalizar a quienes trabajan cuidando. Estos son los ejes centrales para poder entrar en un proyecto de vida diferente que tenga como centro a la comunidad, al cuidado y a las mujeres, que hoy somos las más perjudicadas.

Ana Laura Fuentes—La pandemia de covid-19 dio lugar a ciertos “descubrimientos” que muestran este aspecto polifacético de la mujer. Hay un punto que me gustaría tocar en cuanto a visibilizar las políticas del cuidado, que nos conduce a reflexionar sobre cómo ir conquistando más derechos y poder hacer otras cosas, y así cargarnos

de más actividades. ¿Qué pasa con la división de género en el uso del tiempo? ¿Qué pasa con la división del tiempo en la vida privada, pensando en que el 70 % de las tareas domésticas las hacemos las mujeres?

Julieta Saulo—Es importante pensar en las tareas de cuidado en relación con la feminización de esos roles. Las mujeres nos ponemos a trabajar, a discutir, a dar el debate, en las calles y en las organizaciones, pero también nos cargamos de un montón de otras tareas. Yo apuesto a la construcción de nuevas masculinidades, a varones y compañeros distintos para que las tareas de cuidado sean más equitativas e igualitarias.

Pamela Ares—El cuidado nos atraviesa desde que nacemos hasta los últimos días de nuestras vidas y tiene un costo muy alto para las mujeres. Entonces, o bien apostamos a nuevas masculinidades o morimos en el intento. Aun con compañeros presentes y aliados, el cuidado recae sobre nosotras, las mujeres. Si los varones no reconocen sus privilegios, hay algo que no se está desarticulando y no podemos avanzar. No se reduce a una cuestión sobre el uso del tiempo: se trata del derecho a la igualdad en las tareas de la casa, en la vida profesional (los hombres pueden tener dedicación exclusiva a sus carreras laborales siendo padres), en la maternidad, pero también discutiendo que las mujeres tenemos derecho a jugar, a un tiempo de ocio, a dormir. Muchas mujeres que cuidamos no accedemos a estos derechos.

Julieta Saulo—El tema del juego es muy importante. Las mujeres no fuimos socializadas desde ese lugar. Las mujeres no nos juntamos a jugar como lo hacen los hombres, nos juntamos a hablar y a pensar en cómo vamos a tirar esta sociedad patriarcal.

Ana Laura Fuentes—A modo de conclusión, podemos aislar entonces algunas reflexiones en relación con la crianza, la lactancia, el cuidado y también las nuevas masculinidades, tan necesarias.

Pamela Ares—El cuidado tiene cuatro dimensiones. Por un lado, es un derecho humano universal. Por esto, muchas ciudades y naciones latinoamericanas han incorporado el derecho al cuidado en sus constituciones. En segundo lugar, la dimensión del trabajo y la brecha salarial. En este sentido, vemos que cuando las tareas de cuidado están feminizadas son peor remuneradas que cuando están masculinizadas. O sea que, cuando el cuidado es realizado por un hombre, tiene mayores derechos y está mejor pagado —por ejemplo, los varones que se ocupan de la recolección de residuos en el marco del cuidado del medioambiente están sindicalizados y bien organizados—. En cambio, cuando es femenino —por ejemplo, el trabajo doméstico—, está mal pago y con un nivel de informalidad laboral superlativo. Otra dimensión importante, también, es la dimensión ambiental cuando hablamos de cuidados. Sobre esto habla el proyecto del arraigo. Por último, es necesario atender a la dimensión de la jerarquización del cuidado a través de comprender y desentrañar la economía del cuidado y del trabajo doméstico no remunerado.

Julieta Saulo—Silvia Federici hablaba hace un tiempo de toda esa concatenación de tareas invisibles que hacemos las mujeres. Somos las agendas de las casas y eso tiene un costo; por lo tanto, debe tener un precio. La variable de ajuste somos las mujeres: el tema es que no estamos dispuestas a renunciar al cuidado, por lo cual es fundamental ampliar la mirada: las mujeres cuidamos siempre a todos, a los hijos e hijas, a los padres, a los compañeros. Por eso es imperante que se generen y articulen nuevas masculinidades. Hagamos que el feminismo nos impulse a salir a buscar y disputar el poder. El cuerpo es territorio: sana una, sanamos todas.

Raquel Tarullo nació en Junín. Desde 1992 a 1997 vivió y estudió Comunicación en Buenos Aires. Estuvo un tiempo en Australia, gracias a una beca de intercambio. Luego migró a Londres, donde realizó una maestría apoyada por la Foreign Office del Gobierno británico. También por estudio y trabajo vivió en Valencia, España. Actualmente reside con su familia en Junín. Es doctora en Ciencias Sociales y Humanas por Universidad Nacional de Quilmes y magíster en Comunicación, Cultura y Sociedad por Goldsmiths, University of London. Es investigadora del CONICET y profesora titular de grado y posgrado en la UNNOBA, la UNSAdA y la UNLZ.

Alejandra de Arce nació en Quilmes en 1978 y fue adoptada por la ciudad de Berazategui hacia 1985. Vive en la localidad de Hudson y trabaja en Bernal. Es doctora en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes, licenciada en Ciencias Sociales y docente de la UNQ, e investigadora adjunta del CONICET. Sus líneas de investigación son el trabajo familiar y el género en la región pampeana y el norte argentino; las modalidades de participación femenina en las corporaciones y asociaciones rurales a mediados del siglo XX, y la actividad tambera y la estructuración de género en la provincia de Buenos Aires (1946-1999)

Nemesia Hijós nació en San Antonio de Areco y actualmente vive en la Ciudad de Buenos Aires. Entre 2018-2019, realizó estancias académicas y escalas docentes en Barcelona, Boston, Filadelfia, París, Puerto Alegre, Belo Horizonte y Montevideo. Es doctora en Ciencias Sociales (FSOC, UBA), magíster en Antropología Social (IDES/IDAES-UNSAM), licenciada y profesora en Ciencias Antropológicas (FFyL, UBA) y becaria doctoral del CONICET (IIGG-UBA). Sus áreas de interés son la antropología y sociología del deporte, los procesos económicos y políticos en los clubes deportivos; cuerpo, mercado y consumo en el *running*. Ha publicado diversos artículos de investigación y de divulgación científica en medios nacionales e internacionales.

Activismo feminista: entre el arraigo y el mundo

Raquel Tarullo—En la actualidad es imposible pensar la sociedad y la comunicación sin asociarla con las redes sociales. Habrá quienes dicen que a través de las redes nos conectamos, pero no nos comunicamos. Sin embargo, la mayoría llevamos a cabo la mayor parte de nuestras prácticas cotidianas en el espacio digital; por ejemplo, las prácticas informativas. Nuestras investigaciones, tanto en la UNSAdA como en la UNNOBA, así como numerosos estudios de otros contextos, argentinos, latinoamericanos y europeos, nos dicen que nos informamos a través de las redes sociales, en un esquema cambiante: antes era a través de Facebook, ahora Instagram, WhatsApp y en forma creciente TikTok, para comunidades de adolescentes y preadolescentes. La agencia Reuters, en su último informe, afirma que 3 de cada 10 preadolescentes en Argentina, de entre 10 y 13 años, se informaron sobre la covid-19 en TikTok. En las redes también compramos, vendemos, nos mostramos, vemos lo que hacen otras personas, lo que desean mostrar. Además, socializamos y nos comunicamos mediante prácticas distintas a las del encuentro presencial. En el espacio virtual nos comunicamos de una manera distinta; manejamos otros códigos y lenguajes. En la comunicación digital han mutado las dimensiones de tiempo y espacio. Por la inmediatez de estas plataformas y la forma de comunicarnos, que es instantánea, ligera, rápida —que es también nuestra forma de vivir—, en esas redes y en estos internexos de interrelaciones y circuitos nada queda, nada persiste, todo pasa. Es tan grande la cantidad de mensajes, publicaciones, tuits, mensajes de audio que circulan en el mundo digital que todo tiene que dar lugar a otra cosa, en milésimas de segundos; no hay raíces, todo se desarraiga, nada se arraiga.

Propongo entonces jugar con las palabras y pensar que el espacio digital y el espacio del arraigo no se oponen, sino que se encuentran.

Porque el espacio digital nos permite irnos, pero sin desarraigarnos; nos permite partir para retornar, nos permite contar, difundir, promocionar, ampliar las voces de quiénes somos y de quiénes queremos ser, amplificar esas voces. En este encuentro, para contar esa relación de voces ampliadas, amplificadas, contadas, gritadas, de arraigos contados, elijo a las mujeres. Elijo hablar de las mujeres porque han marcado el activismo urbano y digital en la historia de nuestro país. Cito algunos ejemplos cercanos, que hoy pueden parecerse lejanos en la vorágine de las transformaciones políticas, económicas y sociales en nuestro país, pero no lo son tanto.

El activismo de las Madres de la Plaza de Mayo, en el espacio de sus cuerpos donde habían echado raíces. Ellas fueron protagonistas de las primeras grandes movilizaciones, al final de la dictadura y principio de la democracia, con el símbolo del pañuelo, que fue tela y que hoy sigue siendo un pañuelo de tela, pero que también es un ícono digital. Las maestras en la Carpa Blanca, en 1997, y el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha. Elijo tres de estos movimientos que, cuando surgieron, no contaban con un espacio digital para amplificarlos. Cuánto hubieran servido los espacios digitales para amplificar y difundir sus luchas arraigadas. Pienso en Lucy de Cornelis, la fundadora del Movimiento de Mujeres Agropecuarias, que en una entrevista contaba que “había andado de radio en radio, cerca del pueblo, cerca del campo”, de su campo, que finalmente fue hipotecado. ¿Qué hubiera pasado si en 1995 su lucha hubiera navegado por el espacio digital?

Ya más cerca en el tiempo, y para hablar del activismo digital, también quiero referirme al movimiento de mujeres. El activismo digital siempre tuvo su corolario, su acompañamiento, en el espacio urbano en el que estamos y echamos raíces. La bisagra del activismo digital feminista la podemos encontrar en 2015, con la primera marcha del Ni Una Menos. Esa manifestación fue contra la violencia machista y su peor expresión, el femicidio. Este movimiento no surgió de la nada, ni hubo banderas partidarias

detrás: la llama fue encendida en Twitter por la periodista Marcela Ojeda, que tomó y amplificó la palabra, la voz, de cientos de mujeres que, en silencio, en sus espacios, arraigadas a sus territorios acompañaban a mujeres violentadas y gritaban, sin ser oídas, que las estaban matando. Allá en 2015, Marcela Ojeda y otras periodistas: Mercedes Funes, Valeria San Pedro, Ingrid Beck, entre otras, tuvieron las herramientas digitales para ampliar ese reclamo. En Twitter ellas tenían miles de seguidores y seguidoras, y también miles de políticos y políticas, por lo cual tenían llegada a ese poder. Ese *hashtag* #niunamenos fue el puntapié inicial, es decir, fue la conversación digital, se constituyó en *trending topic* en Twitter, y el reclamo tuvo tal repercusión que cada 3 de junio hay una marcha, una movilización urbana y una movilización digital. La calle, la plaza, pero también el emoji, el *hashtag* y el color violeta.

Esos símbolos digitales fueron los que se usaron el 3 de junio de 2020, en plena cuarentena obligatoria, cuando la movilización fue imposible: “vives, vivas, libres y desendeudadas nos queremos”. Si bien siempre ha habido un interjuego, un diálogo entre el espacio urbano y el espacio digital, cuando no se pudo salir a la calle, la vía para el reclamo fue el espacio digital. A partir de la apropiación de las herramientas digitales que permiten las redes, como el *hashtag* y el emoji, y también con la creación de otros elementos que, compartidos en el mundo digital, podemos ser parte de movilizaciones y prácticas activistas que exceden ampliamente nuestro aquí y ahora, nuestro terruño.

La otra gran bisagra fue en junio-agosto 2018, el activismo feminista por el aborto legal (*hashtag* #abortolegalya), que inundó las calles, las avenidas, las plazas, y también inundó las redes: las tiñó de verde. Fue en Instagram, fundamentalmente. El activismo vinculado con el Ni Una Menos había surgido en Twitter, pero en este caso, cobró fuerza en Instagram, porque las comunidades juveniles, en especial las mujeres jóvenes, están en Instagram: navegan, discuten, se informan en esta red.

La discusión, la conversación y el activismo digital pasó en esta red en la cual lo visual es protagonista. En 2018 el reclamo estuvo en Instagram porque es la red social que más usan las chicas jóvenes y la Campaña Nacional por el Aborto Legal Seguro y Gratuito tiene mucha más interacción en Instagram que en redes como Twitter o en Facebook.

Por último, me gustaría referirme al activismo feminista en tiempos de cuarentena. Durante la cuarentena, las denuncias por violencia de género crecieron en todo el mundo. Según Naciones Unidas en Argentina crecieron un 39%, y también la Casa del Encuentro, una ONG que trabaja en pos de concientizar, difundir y amplificar las voces contra la violencia de género, indicó que el número de femicidios creció alarmantemente respecto del mismo período en 2019. Desde los distintos estamentos gubernamentales se abrieron muchos canales digitales para denunciar la violencia en tiempos de convivencia obligatoria, pero voy a referirme a una micropráctica de activismo que tiene lugar también en Instagram. En esta red hay vendedoras de maquillaje, de lencería, de ropa que han ideado una campaña que crea red y conversación a partir de un *hashtag* ya instalado #noestassola. En las páginas de maquillaje algunas vendedoras comenzaron a postear una imagen que dice: “Sigo vendiendo maquillaje”, con el siguiente texto: “Si estás atrapada en aislamiento con alguien que te acosa, te maltrata, abusa de vos y te golpea, enviame un mensaje preguntándome si todavía vendo maquillaje. De esta manera sabré que debo seguir averiguando cómo estás. Preguntame específicamente sobre el labial rojo de Brasil y pedime que te lo envíe a domicilio. Incluí tu domicilio. Yo me pondré en contacto con la Policía y buscaré ayuda por vos. No estás sola. En esta cuarentena nos cuidamos entre todas”. Estas microprácticas de activismo digital de mujeres, durante la pandemia, en cuarentena, con convivencia obligada y obligatoria, son un ejemplo de este poder “irse en mares digitales” para contar, denunciar e intentar salvarse. Del otro lado hay otra mujer,

en este caso, la que vende maquillaje, que escucha ese pedido, con un código creado de solidaridad entre ellas.

Para concluir, me interesa señalar cómo el espacio digital y el arraigo, como espacio de raíces, se complementan y se enriquecen. El espacio digital nos permite irnos para retornar; partir sin abrazar el desarraigo. ¿Por qué nos fuimos de la ciudad donde nacimos y donde nos criamos? ¿En qué medida se puede retornar? La implementación de políticas de arraigo, de creación de Universidades nos ha permitido el retorno a quienes tuvimos que partir: hoy puedo elegir trabajar en una Universidad, porque en mi ciudad hay una; hay un sitio donde realizar investigación, tengo un espacio propio. A fin de cuentas, se retorna por algo tan sencillo y humano como el amor.

Mujeres y arraigo rural, una relación con historia

Alejandra de Arce—Podría decirse que, en el transcurso de mis investigaciones, centradas en pensar desde la historia la participación de las mujeres en el ámbito rural, me encontré con el dilema del arraigo.

Entonces, sosteniendo esa mirada histórica, voy a comenzar citando a Tomás Amadeo, ingeniero agrónomo, que, a principios del siglo XX, trabajó en el Ministerio de Agricultura de la Nación, y en los años 40 sostenía lo siguiente:

En este país, de base fundamentalmente agropecuaria, no existe un límite preciso entre la ciudad y el campo. La una es la prolongación del otro y viceversa. Nuestras ciudades, con sus edificios suntuosos, sus fábricas y almacenes, sus sitios de diversión, están sostenidas y alimentadas por una corriente de riqueza que les viene de las poblaciones rurales y la consistencia de la familia campesina (1947, pp. 13-14).

En mis primeros análisis de fuentes primarias que tuvieron a las mujeres rurales como protagonistas, las encuentro en un dilema marcado por el éxodo y el arraigo. A principios del siglo XX, la mujer campesina es considerada tanto sostén de su familia y motivo de arraigo como fundamento del éxodo rural.¹

Cuando pensamos, a inicios del siglo XX, los desajustes del modelo agroexportador y la crisis del 30, especialmente fuerte en la región pampeana, junto con el éxodo a las ciudades, este problema del arraigo rural se convierte en un tema a pensar desde la dirigencia.

Empiezo preguntándome qué significa “arraigar”. Un término con múltiples significados que, para el caso de las mujeres rurales, se complementan: por un lado, echar raíces, establecerse en un lugar, vincularse con las personas y las cosas, fijarse en un espacio. Pero para ellas también este arraigo se relaciona con la agricultura, con el cultivo y con el cuidado, con la idea de asistir y conservar la salud y la alimentación de su familia.

Entonces, la idea de agricultura con arraigo y el cuidado va a depender, para las clases dirigentes y los sectores de poder de principios y mediados del siglo XX en Argentina, de las mujeres rurales y su educación, con el propósito de generar una conciencia agraria a nivel nacional. Esta idea dará lugar a una serie de políticas públicas, ensayadas desde el Ministerio de Agricultura de la Nación, que conducirán a la fundación, hacia fines de la década de 1910, de una Escuela de Maestras

1. Estas afirmaciones provienen tanto de mis indagaciones para la tesis de grado (defendida en 2009) como para la doctoral (defendida en 2013). Una síntesis de estos análisis se encuentra en de Arce, A. (2016). *Mujeres, familia y trabajo: chacra, caña y algodón en la Argentina, 1930- 1960*, Bernal, UNQ Editorial. Especialmente en el capítulo 2: “Las mujeres entre el éxodo y el arraigo familiar en el campo”.

del Hogar Agrícola cuya misión y conocimientos impartidos terminan por reforzar la carga de trabajo doméstico de las mujeres rurales, quienes se van a convertir en el sostén de las familias y del bienestar para “elevator la cultura del hogar rural”, según el discurso de la época. Mientras tanto, el Estado no discute ni los problemas de la propiedad de la tierra, ni las condiciones estructurales de la producción agropecuaria, que provocan el aumento de los desalojos y la conflictividad rural.

En los años 50, la idea respecto del lugar de las mujeres en el arraigo rural no varía demasiado. Este pensamiento de combatir el éxodo se fundamenta en dejar a las familias atadas al campo y a sostener la producción. En este período, las Misiones Monotécnicas, tanto de Cultura Rural y Doméstica como las de Extensión Rural, divididas por género, van a partir del Ministerio de Instrucción Pública peronista para intentar que los jóvenes de ambos sexos no desvíen su futuro hacia rumbos equivocados, es decir, a la migración urbana o a los conflictos laborales agrarios. Desde la década de 1940 y hasta principios de los años de 1950, el Ministerio de Agricultura buscará sostener una división del hogar agrícola brindando cursos y talleres (con pretensión de proyectarse a escala nacional, pero muy afincados en la región pampeana) a cargo de las primeras egresadas de carreras de Agronomía de las Universidades del país (en particular, de las Universidad Nacional de La Plata y la Universidad de Buenos Aires). Estas mujeres tienen a cargo el diseño de estos cursos pensados para sostener la división del hogar agrícola y fomentar el arraigo. Luego, con la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria en 1956, se pasará a una nueva fase a partir de que la extensión agropecuaria comienza a depender de este Instituto. Allí muchas de estas ingenieras, así como las técnicas y maestras del Hogar Agrícola, que habían encontrado un espacio en la burocracia nacional, van a convertirse en asesoras del hogar rural, en un nuevo programa en el que las amas de casa rurales nuevamente se

conciben como agentes del desarrollo y bienestar familiar y, más aún, del arraigo. Así, a la carga doméstica de las mujeres, ya implicadas en las enseñanzas de los cursos anteriores, se suma la del desarrollo de la comunidad. Esta filosofía de la extensión del Instituto les agrega un tercer rol a las mujeres rurales, en la medida en que no solo deben ocuparse del cuidado familiar, sino también de la comunidad circundante. Para los años 60, el éxodo rural urbano se había convertido en una gran preocupación al igual que la tecnificación del agro. Estas inquietudes contrastan con la vigencia de una mirada tradicional sobre el lugar de las mujeres en los hogares rurales y la división del trabajo, tanto en los propios hogares como al interior del INTA, donde las ingenieras agrónomas debían trabajar con las mujeres. Esta idea de la persistencia de las responsabilidades del cuidado en las mujeres va a acompañar las políticas del Estado argentino a nivel nacional y regional hasta los años 90.²

A mediados de la década de 1990 y en la antesala del siglo XXI, el estatus público de las acciones colectivas del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha nos lleva a preguntarnos sobre cómo

2. Para ampliar sobre la educación agrícola dirigida a las mujeres (Hogar agrícola/Ministerio de Agricultura de la Nación, Hogar rural/INTA) véanse: Gutiérrez, T. (2007). *Educación, agro y sociedad. Políticas educativas agrarias en la región pampeana, 1897-1955*, Bernal, UNQ; Gutiérrez, Talía (2009), "Agro pampeano y roles familiares en la década de 1960" en *Mundo agrario*, disponible en <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/numeros/no-19-2do-sem-2009/agro-pampeano-y-roles-familiares-en-la-decada-de-1960>; Mecozzi, J. (2020). La extensión rural orientada hacia las mujeres. El Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria y los Clubes del Hogar Rural, 1958-1974. [Tesis de licenciatura no publicada]. Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en: <http://licenciaturahistoria.web.unq.edu.ar/wp-content/uploads/sites/83/2020/11/Tesis-de-licenciatura-MECOZZI.pdf> Sobre políticas públicas para las mujeres rurales, de Arce, A. (2021). Desigualdades instituidas. Género y ruralidades en la Argentina (S.XX-XXI), *Estudios Rurales*, N°22, Vol. 11, Bernal, CEAR-UNQ.

se visibilizan las mujeres rurales en estos tiempos. En este sentido, podemos pensar que el uso de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), al igual que las redes sociales virtuales, les brindan nuevamente una posibilidad de ser vistas. Si bien no podría decirse que las políticas que mencioné anteriormente (Hogar Agrícola, Hogar Rural) tuvieran un enfoque de género, son las únicas políticas desarrolladas durante todo el siglo XX que tuvieron como destinatarias a nivel nacional a las mujeres rurales. En el siglo XXI, el arraigo urbano de la mayoría de la población argentina es un hecho, así como la vigencia de la especialización agroexportadora. Las mencionadas Mujeres Agropecuarias en Lucha dieron el puntapié inicial hacia una visibilización y una acción colectiva que va a mostrar a las mujeres rurales en primera plana en los medios de comunicación de alcance nacional. Sin embargo, este mediático protagonismo nos permite recordar que muchas mujeres habían participado históricamente en asociaciones, cooperativas y corporaciones agrarias, solo que ocultas, desde el silencio. A partir de la aparición de Lucy de Cornelis con el movimiento, comienzan a generarse otros espacios, como los de Mujeres Cooperativistas (en ACA, AFA, más recientemente CONINAGRO), Mujeres de la Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (UATRE), en Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP), en la Sociedad Rural Argentina, las Mujeres Federadas (Federación Agraria Argentina) y, en los últimos años, la Asociación de Mujeres Rurales Argentinas Federal (AMRAF). Todas estas asociaciones han creado su manera de comunicarse a través de las redes sociales. Si, por ejemplo, buscamos en Instagram trazos de la identidad de las mujeres rurales de nuestro país hoy, nos encontramos con al menos dos espacios donde se muestran y difunden sus actividades. Por un lado, la Red de Mujeres Rurales, creada en 2018, y por otro, Mujeres Rurales Argentinas, que surge en junio de 2020. Entre ellas se observan ciertas disputas por

el espacio de representación, como también distintos puntos de vista sobre las ruralidades y el arraigo.³

Para concluir, cuando analizamos el lugar de las mujeres en el arraigo rural, más allá de las políticas y su diagramación vemos que ellas mismas retornan a la idea de ser el centro de sus familias y a la idea de la tierra. No hay manera de pensar la producción agraria argentina ni los espacios rurales sin el protagonismo histórico de las mujeres. Su trabajo sostuvo y sostiene la vida tanto como nuevos modos de enraizarse en la diversidad del entramado rural nacional.

Significados y representaciones de las prácticas deportivas de las mujeres

Nemesia Hijós—Tener una Universidad nacional en San Antonio de Areco y las políticas públicas locales que vienen llevándose adelante a partir de las últimas gestiones nos ha permitido ampliar nuestro imaginario respecto de lo que es San Antonio de Areco. Soy nacida y criada en San Antonio de Areco, donde viví durante diecisiete años de mi vida hasta que me mudé a Capital Federal para poder estudiar Ciencias Antropológicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. La elección de la carrera de grado fue un tanto singular, y entre los comentarios que recibía y las devoluciones que iba teniendo a medida que avanzaba con esta decisión, circulaba la posibilidad de que tuviera que irme de Areco, alejarme de mis amistades,

3. Véase: de Arce, A. y Poggi, M. (en prensa). Sembrar equidad en Instagram. TIC, mujeres rurales y pandemia (Argentina, 2020). *La Rivada, Investigaciones en Ciencias Sociales*, N.º 17, Posadas, UNaM.

de mi círculo íntimo, de mi familia; irme para poder formarme, irme para poder trabajar, irme y tal vez no volver nunca más a San Antonio de Areco. En ese momento, la posibilidad de quedarme en Areco no fue una opción. En el año 2005 no se presentaban muchas alternativas más que el desarraigo. Para estudiar Antropología tenía que mudarme a Buenos Aires y eso constituyó un hito en mi familia, porque estuvo atravesado por el esfuerzo y el sacrificio económico, y llegué a ser la primera generación universitaria de mi familia. A diferencia de otras personas, yo no sentí que trasladarme a Buenos Aires fuera una experiencia traumática, porque en mi caso hubo una elección personal: el deseo de formarme. Perseguir mis objetivos personales y profesionales fue el gran motor y el impulso para poder construir un futuro más vinculado con el desarrollo académico. Sin embargo, el hecho de que haya sido una elección particularmente motorizada por el deseo no me eximió de experimentar sentimientos encontrados: esa tensión entre la expectativa, la tradición, lo esperable. Las personas que se trasladan, que cambian de espacios vivimos en una ambigüedad temporal constante. Volvemos al pasado evocando una realidad que ya no existe. Pero al mismo tiempo esas tensiones temporales tienen que ver con el futuro: cómo queremos vivir, dónde queremos vivir.

Las personas estamos atravesadas y nos sentimos identificadas bajo determinadas subjetividades o imaginarios que tienen que ver con dónde nacimos, dónde nos criamos y la cultura que nos fue inculcada. Pero, en todos esos procesos de desplazamiento y en esas movi- lidades que hacemos, hay reconstrucción y adaptación a partir de esas nuevas experiencias que adquirimos. Se produce una ambivalencia: un sentimiento de pertenencia al lugar de origen (donde ya no habito) y ese eterno sentimiento de no pertenencia al lugar donde vivo actualmente. A esas preguntas sobre por qué nos fuimos, por qué nos vamos de esos lugares donde nos criamos, y en qué medida podemos retornar,

me gustaría agregar una más que tiene que ver con cuáles son las herramientas y cuáles son las estrategias, las posibilidades, las plataformas que la comunidad de San Antonio de Areco nos puede brindar para poder hacer este retorno. La existencia de la Universidad Nacional de San Areco ofrece una propuesta para generar esos espacios, tender esos puentes y abrir esas puertas que nos permitan establecer intercambios entre personas que habitan en otros espacios.

Al terminar de cursar mi carrera de grado regresé a San Antonio de Areco y formé parte del proyecto de puesta en marcha del Museo Ferroviario de la ciudad. Un proyecto que intentó empezar a armar un nuevo imaginario, una nueva representación de la historia de San Antonio de Areco, particularmente, más allá de la representación gauchesca, y abrir las posibilidades a la historia industrial del distrito. Luego continué mi trabajo en el Archivo Municipal de San Antonio de Areco. Puede observarse, mediante estos ejemplos, que Areco me proporcionó muchísimas herramientas y posibilidades para poder explorar alternativas de inserción laboral después de haberme formado en Capital Federal. De todas formas, por razones de formación y realización profesional, decidí continuar con estudios de investigación y presentarme a una beca del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) para realizar estudios de posgrado. Finalmente, tras recibir la beca, me radiqué en Buenos Aires.

Desde chica me gustó siempre el fútbol. Durante mis años en la escuela secundaria, el fútbol no era una práctica muy extendida entre las mujeres; no se podía vivir libremente la pasión por este deporte sin que eso tuviera algún tipo de implicancia frente a la mirada de los demás. A finales de los años 90, no teníamos permitido jugarlo entre las mujeres, menos aún de forma mixta en los patios del colegio. La escuela generalmente promovía estas prácticas para los varones e intentaba desviar algunos de nuestros intereses vinculados al fútbol y

otros campos y roles considerados masculinos. Al mismo tiempo, la televisión, las publicidades, las novelas, las revistas generaban representaciones que nos decían cómo teníamos que actuar las mujeres para ser “mujeres correctas”, para fijar una identidad femenina, para que no intentáramos disputar espacios que supuestamente no nos correspondían. Eso implicaba mantener un comportamiento respetuoso, apropiado, y no transgredir ciertas normas. El costo de esas transgresiones era bastante alto y se podía traducir en reprensiones individuales y colectivas. Si me pregunto por qué no pudimos practicar, entre otros ámbitos, aparece la situación de la escuela, donde estaba prohibido que las mujeres jugaran. Traigo esta anécdota porque es un ejemplo de un hecho que nos aisló de la práctica del fútbol, no de sentirnos espectadoras o fanáticas, sino ser activas practicantes.

Históricamente, las mujeres, al igual que las disidencias y otras identidades de género, no tuvieron las mismas oportunidades que los varones en cuanto a la participación, el acceso y la representación en todos los ámbitos deportivos. Las jugadoras, las dirigentas, las entrenadoras, las árbitras, las locutoras, las periodistas no han tenido las mismas oportunidades que los varones. A lo largo del tiempo se ha ido configurando, por ejemplo, la práctica del fútbol, como una práctica constituida y representante de una masculinidad hegemónica. En estas representaciones, tanto la escuela como los medios de comunicación juegan un rol preponderante en la creación de esos imaginarios y la reproducción de ciertos estigmas, para abrir puertas o para cerrarlas, para establecer qué es lo normal. Y todas esas representaciones están atravesadas por relaciones de poder. Lo que concebimos como posible usualmente está moldeado a partir de lo que otras personas y otras instituciones permiten o no. Me gusta mucho esa frase que dice: “Lo que no se ve no existe”, porque nos permite pensar cuál es el lugar de las mujeres y de las disidencias, de los sectores subalternos, marginados y apartados que no han tenido

los mismos accesos y posibilidades en cuanto al deporte. Todas estas situaciones son las que me impulsaron para definir mi tema de estudio dentro de la carrera de Antropología. ¿Qué hubiese pasado si esas chicas del colegio Santa María de la Asunción hubiésemos practicado fútbol en todos los recreos y hubiésemos desafiado las normas? ¿Qué hubiese ocurrido en relación con la representación o la configuración de las imágenes sobre nuestros cuerpos? ¿Cuáles serían los atributos vinculados o asignados a nosotras? Esas son algunas de las preguntas que movilizaron algunos de mis arribos a la investigación. La antropología, en mi caso, fue clave como herramienta. El acceso a la Universidad pública, la formación de grado y posgrado, la posibilidad de insertarme en el sistema de ciencia y tecnología, en la docencia universitaria, todo eso me habilitó una mirada para poder analizar y reflexionar acerca de mi lugar en los desplazamientos, la forma en la cual nos concebimos y somos parte de un grupo social, y las múltiples formas en las cuales podemos habitar los espacios y construir nuestras subjetividades.

Los estudios sociales del deporte en Argentina, la rama en la cual estoy vinculada, este espacio desde donde hoy me desarrollo como investigadora, se centraron principalmente en el fútbol considerando, especialmente, las prácticas y las representaciones de los varones. Los principales temas tuvieron que ver con la construcción de lo nacional, con las manifestaciones de las violencias, en particular, centradas en las hinchadas, pero no necesariamente prestaron atención a la práctica de las mujeres en el fútbol, o a la práctica de las mujeres en los deportes en general, sino que asignaban el espacio a las mujeres como espectadoras, como acompañantes, como hinchas. Entonces, aparece una mirada que, desde el 2015 hasta la actualidad, se está reconfigurando desde la academia: cuáles han sido las estrategias para adecuarnos a la nueva agenda pública, a las nuevas presiones sociales, que tienen que ver con repensarnos incluso en la academia.

Mi participación en el campo comenzó estudiando instituciones deportivas, los procesos de modernización, comercialización y mercantilización en los clubes de fútbol. Lentamente el campo se fue ampliando para incluir el estudio de otras prácticas. En la actualidad trabajo sobre personas que corren, el *running* en la ciudad de Buenos Aires, y la perspectiva de género hoy en día atraviesa todas nuestras investigaciones.

Los interrogantes que guían nuestra tarea de investigación tienen que ver con reflexionar sobre cuáles son los significados de la práctica de los deportes para las mujeres, cuáles son las representaciones que ellas tienen sobre sus cuerpos, los motivos que las han llevado a entrenar o a competir regularmente. También analizamos las representaciones que circulan de las mujeres deportistas en los medios de comunicación, en las redes sociales, considerando los procesos de subordinación, de visibilización e invisibilización de las noticias: cómo son representadas las mujeres si ocupan la tapa en algún medio de comunicación, los significados generizados que se producen sobre sus cuerpos, las cosificaciones. Se hace hincapié en relacionar y comparar los sentidos mediáticos con las representaciones que se producen sobre las y los deportistas para poder encontrar puntos de acuerdo, continuidades y rupturas entre ambos discursos. Otro de los objetivos es comparar las nociones corporales de las mujeres deportistas a partir de las intersecciones entre clase y género. Estos interrogantes tomaron más fuerza durante el último tiempo, concretamente, a partir del Ni Una Menos en adelante, lo cual permite la articulación de las demandas en las calles y las interpelaciones a las agendas públicas, que últimamente han cobrado gran impacto; cuestiones como la participación en el último Mundial de Fútbol Femenino, la presentación de un proyecto de modificación de la Ley del Deporte, que exige una participación del 20 % de mujeres y jóvenes en cargos de poder en las Comisiones Directivas de las instituciones deportivas.

La invitación a participar de este espacio de diálogo a la distancia, dado que ya no habito en San Antonio de Areco, me permite pensar en la posibilidad de abrir una nueva forma de habitar la ciudad e impulsar la reflexión, teniendo como marco la educación pública, no arancelada, masiva, popular y de calidad. La Universidad es una herramienta de transformación, de ascenso social; es una vía para poder construir un futuro con más posibilidades, una sociedad más justa, más equitativa y más igualitaria para todas las personas. El Estado nos tiene que otorgar las herramientas necesarias para poder acompañar esos procesos de formación, garantizar derechos y gestionar herramientas, ya sea para la formación universitaria o para la inserción laboral en caso de que decidamos regresar a nuestras ciudades de origen, o bien continuar realizando intercambios a distancia. Para las mujeres, para las disidencias, para los sectores subalternos, los marginados, estas elecciones son incluso más complejas. Es justamente ahí donde el Estado tiene que proveer más atención, tiene que garantizar esa transformación. Nuestras historias están atravesadas por todos esos desplazamientos, por esas resignificaciones. Puede haber desplazamiento sin desarraigo.

La apuesta de una Universidad como la UNSAdA nos permite el arraigo y el desplazamiento, con articulaciones con otras universidades nacionales y regionales, con el propósito de potenciar esos desplazamientos. Para que la Universidad nos abra espacios desde donde podamos pensarnos e interrogarnos sobre distintos temas. La propuesta de UNSAdA promueve estos valores y refuerza una impronta federal: la importancia de que las universidades públicas habiten en ciudades pequeñas y medianas, en distintos puntos del país, porque son lugares de enunciación, de producción de saberes, de conocimientos, de intercambio, de reflexión y de reposicionamiento de nosotras mismas.

Desde nuestros ámbitos de desarrollo profesional estamos comprometidas con el rol que tenemos que ocupar las mujeres en los medios para aportar las visiones que —como mujeres— tenemos de cada cuestión. Es doblemente importante que las mujeres podamos ocupar esos espacios en localidades como San Antonio de Areco, donde contamos con menos medios, donde es mucho más difícil sostener económicamente un medio de comunicación, y donde también es central el rol del Estado y de las Universidades para garantizar la presencia de las mujeres y de las diversidades en los medios, de modo que puedan escucharse todas las voces.

**Transformar los medios
de comunicación**

Julia Mengolini nació en San Carlos de Bariloche. Desde los dieciocho años vive en Buenos Aires, adonde se mudó para estudiar, primero, Abogacía (UBA) y luego Periodismo (TEA). Tiene una extensa experiencia militante—ya en la Facultad de Derecho militó en la agrupación NBI— y en distintas funciones en los medios. Fue una de las editoras generales del suplemento “Ni a palos”, que publicaba el diario *Miradas al Sur*. En 2011 ganó masividad por su participación en el programa *Duro de domar*, en paralelo, comenzó a hacer columnas y a dirigir programas en Radio Nacional. Durante el 2015 condujo el programa *El diario*, en C5N. En 2016 fundó, junto a otros compañeros, la radio FutuRock.fm.

Daniela Núñez Correa nació y vive en San Antonio de Areco. Es licenciada en Periodismo y magíster en Comunicación Digital Interactiva, ambas de la Universidad Nacional de Rosario. Fue responsable de generación de contenidos de la Municipalidad de San Antonio de Areco hasta diciembre de 2019. Actualmente es la responsable del portal web Días de Areco, un periódico digital que cubre información local y regional. También trabaja como productora y columnista en radio y participa de diferentes proyectos editoriales vinculados a la historia local. Ha conducido ciclos radiales y televisivos en medios de San Antonio de Areco.

Lucía Idiart nació en San Antonio de Areco, estudió Periodismo en Buenos Aires y trabajó en revistas, como el *Expreso Imaginario*, en la década del ochenta. De regreso a SADA, se desempeñó en distintos medios locales. Está casada y tiene cuatro hijos. También trabaja como profesora de nivel secundario y superior y es comerciante. Desde hace más de diez años, tiene un programa de radio en FM Sol y colabora en las plataformas digitales de ese medio.

Camila Pannunzio nació y vive en San Antonio de Areco. Estudió la primaria y la secundaria en la Escuela Municipal Manuel Belgrano. Es Técnica en Comunicación Social para el Desarrollo egresada del I.S.F.T N.º 143 de San Antonio de Areco. Desde el año 2015 trabaja en la radio FM Sol como co-conductora del programa *Dinámica matinal*, en el noticiero del Canal 7 de televisión local y en la página web de Bosco Producciones. Desde el año 2018, se desempeña en la producción de *De pura Sceppa*, un programa de televisión que se emite desde el canal local de San Antonio de Areco.

Julia Mengolini—La invitación a participar del conversatorio Mujeres, Género y Arraigo me condujo a reflexionar sobre mi experiencia. Por un lado, la palabra “arraigo” me hizo pensar, sobre todo, en su contracara, el desarraigo, que tal vez sea la experiencia que me tocó vivir. Soy de San Carlos de Bariloche, ciudad donde nací y viví con mi familia hasta los dieciocho años. Cuando terminé la escuela secundaria, migré a Buenos Aires. En aquella época, en ningún momento me pregunté si había otra posibilidad, porque, en mi caso particular, el mandato familiar —el deber ser familiar— nos decía, con toda claridad, que teníamos que irnos. Somos cuatro hermanos, los cuatro nos formamos en Buenos Aires y ninguno volvió a Bariloche. Una de mis hermanas vive en Miami, otra en Georgia, el varón vive en Ushuaia, y yo, en Buenos Aires. El mandato familiar decía: “Ustedes tienen que irse de acá”. Quizás eso viniera de la mano de algunas frustraciones de mis padres, pero, sobre todo, se originaba en una idea que nos decía: “Acá no hay nada interesante, ustedes son mejores que esto y tienen que irse a construir su gran destino a otro lado”. Mis padres no nacieron en Bariloche, sino que lo eligieron como lugar en el mundo. Sin embargo, entendían que el destino de sus hijos debía estar en otro lado.

Es probable que ese deber ser estuviera fuertemente internalizado en nosotros, porque ninguno de los cuatro se preguntó si, al terminar el secundario, podía quedarse en Bariloche; no fue siquiera una posibilidad. A pesar de haber obedecido ese mandato, hoy creo que su fuerza proviene de algunas nociones que debemos cuestionar: por un lado, la idea de “Acá (en el interior) todo es aburrido, por eso, te tenés que ir”, una idea que no solo proviene de los padres, sino también de nosotros mismos; incluso aparece en las películas, en la ficción, en la literatura, en el tango, que nos dicen que hay que abandonar el pueblo, hay que irse a buscar un destino mejor, más maravilloso, en otro lado. Ese relato existe casi como una suerte de estándar de la ficción. Por otro lado, cierta

mirada, desde las expectativas de nuestros padres, que nos dice: “Vos estás para algo más”. Estas son nociones que bien pueden discutirse.

Primero, no es cierto que en Buenos Aires las cosas sean más divertidas. Precisamente, por ejemplo, la pandemia de covid-19 puso en evidencia el amontonamiento en que se vive en las grandes ciudades y en el área metropolitana. Y también me parece falsa la idea de que hay un destino más interesante en otro lado porque “una está para más”. Pienso que si una persona cree que merece algo más que lo que puede brindarle su lugar, si cree que en su pueblo no pasa nada, entonces, ¿por qué no hacer una misma que esas cosas pasen? Si a una le parece que el propio pueblo es aburrido, entonces, una misma debería darse la tarea de romper con eso y construir otro destino para su pueblo; sobre todo, cuando pensamos en términos de militancia: en la importancia de la militancia local, en el propio territorio, de participar e intervenir en el lugar donde a una le toca habitar; no solo con respecto al lugar donde se vive, sino también al lugar de trabajo (sindicalizándose) o de estudio (participando en un movimiento universitario). Yo soy comunicadora, me gusta comunicar, no tengo por qué ir a hacerlo a la capital. ¿Por qué no intervenir en mi propio lugar, tener mi propio programa de radio local, construir mi propio medio?

No es necesario el desarraigo. En nuestra profesión, tiene mucha importancia la comunicación local. Desde mi experiencia personal, no había nada más interesante afuera. A esta conclusión llegué ya de grande, pero pienso que bien podría haberme quedado y hoy estaría mucho más feliz mirando un árbol. Sin embargo, nunca dejo de fantasear con volver a mi pago para seguir construyendo mi propio destino en mi localidad. En ese sentido, la aparición de Universidades locales me parece fundamental como mecanismo que permite a las personas quedarse y formarse en sus lugares de origen.

Haber tenido una hija y verla crecer dentro de un departamento me apena, sobre todo, porque tuve la experiencia de haberme

criado en contacto directo con la naturaleza y ella no la tiene. Los hijos y las hijas realmente nos hacen pensar en la posibilidad de otro tipo de vida. La pandemia nos forzó a cambiar la forma en que trabajamos, y al mismo tiempo abrió la posibilidad de trabajar de otras maneras.

Ana Laura Fuentes—Tu contribución me hizo pensar en nuestros hijos y nuestras hijas: en cómo su presencia trastoca nuestras prioridades. Es cierto que la pandemia, por fuerza, nos brindó la oportunidad de llevar adelante de manera remota las mismas tareas que antes hacíamos trasladándonos permanentemente. A las mujeres nos cuesta un poco más que a los varones por las demandas de la crianza y de las tareas de cuidado, lo cual nos obliga a una mayor organización laboral y familiar.

Periodismo local con la mirada en la realidad nacional

Lucía Idiart—El relato de Julia coincide exactamente con mi relato: para mí no fue una opción no irme a Buenos Aires a estudiar. La pregunta era “¿Qué vas a estudiar (en Buenos Aires)?”, no “¿Qué te gustaría hacer?”, ni “¿Dónde te gustaría desarrollarte?”. De todas maneras, allí pude estudiar, trabajar y tomar la experiencia del periodismo gráfico.

Cuando nació mi primera hija, tomamos la decisión de abandonar Buenos Aires y volvernos a Areco. Nos fuimos al lugar donde creíamos que nuestros hijos podrían tener una mejor infancia, una mejor formación, y no queríamos negarles la posibilidad de contacto con la naturaleza y las oportunidades de desarrollo que ofrece una ciudad como San Antonio de Areco, tan cercana a Buenos Aires.

Proyecté mi trabajo periodístico del mismo modo que si estuviera en una gran ciudad. En la actualidad trabajamos periodísticamente con la misma mirada y con el mismo perfil profesional que en los grandes medios respecto de cómo abordar los temas, tratando de enfocarnos

más allá de las cosas que pasan solo en la pequeña ciudad. De hecho, en mi programa de radio no excluimos los temas de actualidad nacional.

Además, soy docente, tengo un negocio, soy madre... Esta diversidad de roles no sería posible sin un entorno como el que facilita este pueblo en el que, por otra parte, algunas cosas efectivamente están cambiando: la presencia de la Universidad, los institutos superiores, distintas instancias formativas que permiten que la gente de Areco decida quedarse y estudiar.

Volver a San Antonio de Areco fue una decisión personal, motivada por distintos factores. Pero también es una decisión personal la intención de hacer periodismo localmente no “como jugando”, sino tomándolo desde todos los puntos de vista, lo cual es un salto de calidad que ha podido ocurrir en los últimos años.

Formarse, vivir y comunicar en el arraigo

Camila Pannunzio—Siempre quise estudiar Comunicación Social. Cuando terminé la escuela secundaria, como en San Antonio de Areco no tenía la posibilidad de hacerlo, me fui a Buenos Aires; en ese momento, sentía que me llevaba el mundo por delante, como cualquier adolescente. Cuando llegué a Buenos Aires, estuve tres días viviendo en una pensión, y después cursé en la Universidad de Buenos Aires durante un mes aproximadamente. Un día me di cuenta de que esa forma de vida no era para mí. Primero, tomé la decisión de volver y continuar viajando diariamente a cursar desde San Antonio de Areco, pero eso se hacía sumamente cuesta arriba, y no pude seguir. Me sentía desilusionada, sentía que me estaba fallando a mí misma y a mi familia.

Justo en ese momento se abrió la Tecnicatura en Comunicación Social en el I.S.F.T. N.º 143. La decisión de estudiar acá me permitió hacer

las cosas como yo las había imaginado: tuve prácticas todos los años, de radio, de gráfica y de televisión, y no creo que en Buenos Aires esa experiencia hubiera sido tan amena, tan local, como puede serlo en un pueblo. Poco antes de terminar la carrera, conseguí trabajo acá: desde hace cinco años trabajo todas las mañanas en *Dinámica matinal*. También soy co-conductora de un noticiero en la televisión y llevo adelante la página web. Por otra parte, me propuse el proyecto de trabajar como productora.

Para discutir la idea de Buenos Aires como la única puerta al trabajo, o la mejor, porque es donde te escucha más gente, pienso que, en los últimos tiempos, ha habido un cambio en las prioridades y los intereses de las personas: en lugar de prender una radio nacional o la televisión de aire para recibir contenido en buena parte ajeno a ellas, la gente comienza a darles más espacio a los medios locales para interesarse sobre lo ocurre en su ciudad al comprobar que puede recibir contenidos de calidad y que, además, involucran a la vida local. En San Antonio de Areco, la gente ama mucho la televisión local. Por ejemplo, cuando en Villa Lía, una de nuestras localidades, se quedaron sin cable, lamentaron muchísimo no poder seguir viendo el programa. Durante la pandemia cambiamos el formato y eso dio lugar a que creciera mucho la audiencia. Afortunadamente, en nuestra ciudad la población valora y ve mucho la televisión local.

También me interesa llegar a un público más joven, que en Areco no escucha tanto la radio, generando notas, entrevistas y contenidos que sean de su interés y que los hagan partícipes. En lo personal me siento más cómoda haciendo radio. Cuando me ha tocado tocar temas que pueden incomodar a otras personas, me he dicho: “Aunque alguien se ofenda, de este tema hay que hablar igual”.

De todos modos, siempre aparece esa pregunta: ¿Qué hago si me quedo y qué hago si me voy? Sin embargo, en este momento, me siento cómoda viviendo y trabajando en San Antonio de Areco, ya que

el comienzo de mi vida “profesional”, por decirlo de alguna manera, estuvo marcada por el ir y venir: estar en un lugar donde no estaba feliz y convencida. Es por eso que ahora, después de haber estudiado, de haberme recibido y estar trabajando cómodamente decido quedarme en mi ciudad. Hacer base, profesionalizarme y aprender aún más, y luego ver qué sucede con mi futuro.

Ser mujer en los medios

Ana Laura Fuentes—Los recorridos de todas tienen muchos puntos en común, en particular, relación con los desafíos que plantea el lugar que una elige para vivir y trabajar. Los medios locales nos acercan una voz conocida, que nos habla de lugares y de situaciones que conocemos; en un mundo tan global, esto nos brinda un refugio en lo más cercano.

Me parece interesante plantear la cuestión de ser mujer en el ámbito de la comunicación. En San Antonio de Areco, estamos en un medio conservador, con compañeros varones en un proceso de constante deconstrucción; como mujeres, eso no ubica en un lugar complejo. Todas ustedes ocupan un lugar central en los medios, en algunos casos, a fuerza de tener que defenderse de ciertos planteos que cuestionan el lugar de las mujeres. En tu caso, Julia, ahora que te encontrás al frente de un medio de comunicación, ¿cómo viviste estos procesos por ser mujer y, a la vez, desde tu posición como militante feminista?

Julia Mengolini—La militancia feminista, en particular, mi convicción feminista, ha sido una fortaleza. Más que mujer que trabaja en los medios, yo fui feminista en los medios, y eso, lejos de haber sido una desventaja, fue mi fortaleza; fue lo que me dio un perfil propio, lo que me motivó y me brindó una convicción.

Si tengo que describir a las mujeres, en general, en los medios de comunicación, tengo que describir a una víctima, porque los medios de comunicación, en general, son como un museo del patriarcado. A pesar de que las mujeres hemos conquistado lugares en la arena social, en el mundo del trabajo y la política, en cambio, la televisión, por ejemplo, sigue estando en formol, al igual que la radio, donde aún es muy difícil romper con las estructuras patriarcales. Si bien se ha comenzado a introducir ciertos términos —en lugar de hablar de un “crimen pasional”, ahora se habla de un “femicidio”—, con esto no basta, si las mujeres en los medios, en general, seguimos ocupando un lugar decorativo, incluso en los medios más progresistas.

No tengo demasiadas anécdotas personales en las que sufrí el machismo. Creo que mi posición feminista me permitió convertir esa “debilidad” en una fortaleza. Como ejemplo, puedo mencionar una situación que me ocurrió durante la entrevista para trabajar en *Duro de domar*. En ese contexto, le preguntaron a un amigo mío si él consideraba que yo podría ponerme un vestido más chiquito para aparecer en la televisión, a lo cual él contestó: “¡Por supuesto, Julia no es feminista”, desde luego, engañándolos. Finalmente, me contrataron sin saber que esa iba a ser justamente mi fortaleza. Sin embargo, desde ese programa se potenció la agenda feminista que yo proponía. Por ejemplo, se hacían informes plagados de chistes y comentarios machistas para propiciar, después, en el piso, una discusión de género. Eso fue un acierto de la producción del cual yo hacía un uso. Nunca me enojaba de verdad; no la pasaba mal, porque tenía la convicción de tener la razón, y de que, más tarde o temprano, me la iban a dar. Mi convicción era mi fortaleza. Somos víctimas y está bien identificarnos como tales, pero me parece que si la victimización nos empantana, entonces, es necesario pasar la página.

Contar otro relato de la historia de nuestra ciudad

Daniela Núñez Correa—En la experiencia familiar que nos cuenta Julia Mengolini me veo reflejada, pero a la inversa. Distintas voces me alentaron a estudiar distintas carreras tradicionales, pero mi convicción siempre fue estudiar periodismo. De una manera muy instintiva, que solo con el paso de los años terminé de comprender, siempre milité por el arraigo sin saberlo: siempre tuve el pensamiento de que, si encontrás que tu propio lugar es muy limitado o poco interesante, ponete al frente de encontrarle una vuelta para cambiarlo. En mi caso, siempre me interesó contar las historias de lo que sucede a nuestro alrededor, pero que a veces no podemos verlas o no podemos sistematizarlas. Ir a buscar esas historias que quedaron por fuera del relato tradicionalista, que es intrínsecamente patriarcal. Es decir, dejar de contar solo ciertas historias de la ciudad marcadas por el tradicionalismo y las figuras de los hombres en el centro, que han relegado a las mujeres y a las diversidades a roles secundarios o que directamente no aparecen.

Por supuesto, vivimos en una comunidad arequera extremadamente marcada por un relato patriarcal, sobre todo, en relación con la tradición. Por ejemplo, si miramos la historia de la tradición güiraldiana —la historia de Ricardo Güiraldes—, claramente vemos que es una historia de hombres: no hay lugar para las chinas en esa historia de gauchos. Pero, a su vez, eso genera que, si no hay lugar para las chinas, debemos generar ese espacio.

Durante mi formación, viajé durante casi una década para poder estudiar sin desarraigarme. Siempre intenté recorrer un camino de ida y vuelta: nutrirme de propuestas y herramientas provenientes de otros ámbitos y lugares y pensar cómo aplicarlas en mi pueblo para empezar a desarmar esta idea de que Areco se reduce a la cuestión gauchesca y que solo tienen lugar acá un cierto tipo de producciones

culturales, de alguna idiosincrasia particular. Este es un momento muy importante para que las mujeres tomemos el protagonismo. El tema de mi tesis fue justamente sobre el rol de las mujeres en los medios locales, que siempre ha sido bastante limitado, con espacio mayormente para acompañar a los varones, no meramente decorativo, como en los grandes medios, pero sí en un rol más relacionado con las noticias blandas.

Con el tiempo, fui observando que las noticias más duras, vinculadas con el análisis político, con la reflexión sobre la realidad local, con los consumos culturales también podía realizarse en este pueblo desde el rol de mujer, aun encontrándonos con resistencias, con cuestiones patriarcales y tradicionales propias de una sociedad con ciertos rasgos ya vetustos, aspectos que es necesario desandar y para lo cual es muy importante nuestro aporte. San Antonio de Areco no se resume exclusivamente en lo tradicional contado en la voz de los varones. Necesitamos también la voz de las mujeres, de las diversidades; necesitamos incluir a ese “todes” que todavía nos cuesta tanto.

El rol de la formación en el arraigo ha sido fundamental. Cuando egresé de la secundaria, no existía la UNSAdA, es decir, no teníamos la oportunidad de estudiar en una Universidad de nuestra ciudad. Por esos tiempos, Paco Durañona hablaba de crear una Universidad en Areco y a todos nos parecía que era una idea delirante. Estoy hablando de hace diez o quince años. Finalmente se concretó: hoy la tenemos prácticamente a la vuelta de la esquina.

También me parece importante atravesar la noción de arraigo con lo digital, que nos permite estar en diferentes lugares y generar aportes a un mismo medio. Es interesante ver cómo lo digital nos permite llevar adelante proyectos que, de otro modo, no serían posibles. Sin embargo, las tecnologías de lo digital pueden llevarnos a pensar que, como podemos técnicamente trabajar desde cualquier lugar del

mundo, el espacio donde desarrollamos la tarea no tiene tanto peso sobre los contenidos que generamos. Por otra parte, sigue habiendo una cantidad de umbrales y de requisitos que alcanzar para poder difundir un material.

En ese sentido, ante al avance de una comunicación globalizada es mucho más importante poner el cuerpo en lo local y contar las historias que nos son cercanas y que parecen pasar desapercibidas. ¿A qué “medio grande” le puede importar, por ejemplo, un conflicto barrial de San Antonio de Areco que implica a 20 o 30 personas nada más? Sin embargo, para un medio local puede ser un tema central y no lo podemos contar si no estamos ahí, cerca de quienes están implicados.

Poder estar ahí, contando, implica también un esfuerzo especial como comunicadores. Implica elegir arraigarnos en nuestras comunidades, apostar a proyectos que seguramente serán complejos de poner en marcha y de fortalecer desde lo económico. Lo digital facilita en cierta medida eso: no es lo mismo crear un sitio web que tener el equipamiento necesario para abrir una radio o un canal de TV, pero sigue teniendo un umbral de ingreso que hay que sortear. Además, entre tantas voces en espacios digitales donde cualquier persona puede decir cualquier cosa, hay que prestar especial atención a cómo reflejamos lo que sucede en nuestras comunidades y qué extra ofrecemos como comunicadores y medios. Qué mostramos y qué no en un pueblo donde “nos conocemos todos”, qué validamos como noticia y qué dejamos dentro del ámbito de los asuntos más privados, entre vecinos, que pueden ser emergentes en las redes, pero no necesariamente tener efectos positivos en los medios.

Desde nuestros ámbitos de desarrollo profesional todas estamos comprometidas con el rol que tenemos que ocupar las mujeres en los medios para aportar las visiones que nosotras, como mujeres, tenemos de cada cuestión, y para mostrar que no somos unas víctimas

indefensas ante el patriarcado. Son muchos los lugares que podemos, y debemos, ocupar para tratar de equilibrar ese ecosistema comunicacional. Es doblemente importante que las mujeres podamos ocupar esos espacios en localidades como San Antonio de Areco, donde contamos con menos medios, donde es mucho más difícil sostener económicamente un medio de comunicación, y donde también es central el rol del Estado y de las Universidades para garantizar la presencia de las mujeres y de las diversidades en los medios, de modo que puedan escucharse todas esas voces.

Algo similar ocurre con las producciones culturales y la importancia de darles espacio y difusión en los medios de las ciudades más pequeñas. Son muchos los desafíos y los temas que es necesario poner en tensión para pensar cómo construimos medios más igualitarios y equitativos, con las mujeres asumiendo estos roles, que, en definitiva, tienen que ver con la igualdad.

Ana Laura Fuentes—Qué importante la propuesta de pensar una construcción de medios desde una perspectiva más equitativa, a través del incremento en la participación de mujeres y de las diversidades. Dar visibilidad a todas las personas sin que haya manifestaciones de espanto ante el uso del lenguaje inclusivo; es decir, avanzar propositivamente para que no haya retrocesos en este sentido. Hoy vemos que en la comunicación oficial proveniente del Municipio de San Antonio de Areco se ha retrocedido con el uso del lenguaje inclusivo y la visibilidad de las otredades, por una cuestión de decisión comunicacional —totalmente respetable—, pero que debe ser un derecho. La visibilización de las otredades y la construcción de comunicaciones que nos incluyan a todas las personas debe ser una causa transversal. Es un derecho que debemos sostener.

Construir un medio con sus oyentes

Lucía Idiart—A propósito de la discusión sobre rol de la mujer en el periodismo político y en la construcción de los medios, tomando el ejemplo de Futurock, un medio en el que la comunidad de oyentes toma partido desde el sostenimiento económico y la construcción de la agenda diaria de la temática a tratar, me interesa preguntarle a Julia sobre su experiencia en la conformación de un espacio que sostienen los oyentes.

Julia Mengolini—Futurock rompió con muchos moldes. El proyecto de Futurock tiene que ver con un vacío comunicacional, con crear una radio que no estuviera compuesta por estrellas. Los medios nacionales están conducidos por periodistas que se han convertido en grandes figuras y que prácticamente nada tienen que ver con el oyente. En la radio una termina construyendo un vínculo más cercano con quien conduce el programa, y también, desde el lugar del conductor o la conductora, se establece un vínculo más profundo con cada oyente. En la radio podemos definir la agenda, la temática; en la televisión es más difícil tener una incidencia en las temáticas.

Futurock es una radio que se construye, sobre todo, a partir del aporte económico fundamental de sus oyentes. A raíz de eso, se produce una relación más horizontal con esos oyentes, que están mucho más presentes en nuestra programación. Nos debemos a las expectativas de esos oyentes, a diferencia de otras radios que se deben a las expectativas de sus *sponsors*. Desde esa voluntad nace Futurock, porque faltaba una radio que pensara en una generación comprometida con su tiempo, con la realidad social y política de su país, y había un montón de oyentes que ya no querían sentirse clientes de una radio.

Por otra parte, creo que la televisión está muriendo, sobre todo, a nivel local, en particular, tras la llegada del cable, de Directv, etc. En cambio, la radio local nunca se ha dejado de escuchar.

Si tu pueblo es un embole, revolucionalo vos

Julia Mengolini—Pienso que lugares como Areco, con su patriarcado y su tradición, donde hay tanto por hacer, son los lugares más divertidos y los más desafiantes. Si pensás “Mi lugar es muy aburrido”, entonces, la respuesta es “Hacé vos misma que sea divertido”, o si te decís “Mi lugar es muy machista”, bueno, te toca revertirlo. Donde está todo por hacerse es donde más hay que meterse. Creo que esta es una idea que puede contribuir a que mucha gente joven piense en sus lugares de origen desde otra mirada: siempre hay que perseguir nuestro destino, pero sin caer en la falacia de creer que no puede hacerse en nuestros pueblos porque son aburridos; tal vez mucho más desafiante que Buenos Aires sean nuestros propios lugares.

La experiencia expansiva de la Universidad

Silvina Sansarricq—Mi experiencia se dio a la inversa. Yo soy rosarina y, cuando terminé la escuela secundaria, quería irme de Rosario, a pesar de que allí había una Universidad nacional donde podía estudiar. Por eso, me propuse estudiar Sociología, que era la única carrera que no se daba en mi ciudad, pero mis padres no me lo permitieron.

Cuando en UNSAdA abrimos anualmente la inscripción a la propuesta de carreras —que, por supuesto, es acotada—, muchas personas encuentran que “justo la carrera que quieren no está en la propuesta”. Mi recomendación es siempre que piensen que una cosa es estudiar y otra cosa es el desarrollo profesional. La experiencia formativa universitaria o en los institutos nos dota de elementos que nos permiten desarrollar pensamiento crítico y formarnos como ciudadanos y ciudadanas. El

desarrollo profesional es un devenir que se construye en relación con otras cuestiones y que se articula con otros roles.

Julia Mengolini—En lo personal, la búsqueda de la vocación no ha sido simple. Siempre me gustó la política. De hecho, cuando migré a Buenos Aires, estudié Ciencias Políticas durante dos años. Luego me pasé a Derecho, pero nunca tuve la idea de ejercer como abogada. Más entrada la carrera, me di cuenta de que podía ser buena comunicadora y que había muchas relaciones entre política y comunicación. Decidí entonces estudiar Comunicación Social. La formación que implica pasar por la Universidad pública, así como la experiencia de haber militado en la Universidad pública fueron muy importantes. Esa fue mi vocación y mi formación. En el presente, congeniar todo eso con la maternidad es difícil: hay menos tiempo, menos concentración, muchas veces sueño con poder preparar un tema a fondo para el día siguiente, pero no es posible. Entonces hay que hacer que funcione.

Silvina Sansarricq—Precisamente quería rescatar el concepto de que estudiar una carrera en la Universidad no solo implica incorporar contenidos curriculares, sino que se trata también de transitar un sinfín de experiencias nuevas y transformadoras.

Reflexiones finales

Pensar en las mujeres y en las temáticas de género en la actualidad constituye un eje central de reflexión y debate en las sociedades de cara al futuro y al cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Sostenible como centro de la agenda hacia el 2030. Tanto el Objetivo 5, que consiste en lograr la igualdad entre los géneros y empoderar a todas las mujeres y las niñas; como el Objetivo 10, que hace referencia a reducir la desigualdad en y entre los países, se encuentran relacionados con las demandas expresadas por las sociedades y con los derechos conquistados y por conquistar.

Esta lucha por la ampliación de derechos, tanto de las mujeres como de las diversidades, ha alcanzado, de forma sostenida en nuestro país, hitos destacables en términos de sanción y promulgación de un conjunto de leyes al respecto, comenzando en 1926 por la Ley 11357 de Derechos Civiles de la Mujer para arribar a las conquistas de las últimas décadas. En 2010, la Ley 26618 de Matrimonio Civil, conocida como ley de matrimonio igualitario; en 2012, la Ley 26743 de Identidad de Género; en 2017, la Ley 27412 de Paridad de Género en Ámbitos de Representación Política; en 2019, la Ley 27499 Micaela de Capacitación Obligatoria en la Temática de Género y Violencia Contra las Mujeres; y en 2021, la Ley 27610 de Acceso a la Interrupción Voluntaria del Embarazo y la Ley 27611 de Atención y Cuidado Integral de la Salud durante el Embarazo y la Primera Infancia. No debemos dejar de reconocer que en este itinerario aún falta alcanzar algunas metas.

Sin duda alguna la Universidad ocupa un lugar preponderante en relación con estos logros y un rol destacado en la sensibilización, reflexión y formación en torno a temáticas relacionadas con las mujeres y la perspectiva de género. Cabe destacar algunas de estas acciones llevadas adelante por la UNSaD, tales como la confección del “Protocolo de acción institucional para la prevención e intervención ante situaciones de violencia o discriminación por sexo, identidad de género u orientación sexual”, en 2018; la inauguración del Banco Rojo en la Sede Güiraldes, en 2019; las capacitaciones para autoridades y funcionarios/as en temas de género y violencia contra las mujeres, en el marco de la Ley Micaela, en 2020, y el conversatorio Mujeres, Género y Arraigo en el 2020 —acción que dio origen a la presente publicación—, cuyo objetivo fue generar un espacio de reflexión acerca del rol de las mujeres, la perspectiva de género y el arraigo, el acceso a la salud, al trabajo y a la educación, las desigualdades y la violencia, y que contó con la presencia de especialistas destacadas del ámbito académico, cultural y político.

En este sentido, las reflexiones, intercambios y discusiones sucedidas en el conversatorio plasmado aquí desean ser un aporte y una ampliación a un debate sostenido en torno a estas temáticas. En particular, un debate que apunta a analizar los roles de las mujeres y las diversidades en los ámbitos laborales que ocupan, en la ciencia, en las maternidades y en la gestión pública, entre otros, con el arraigo como centro y protagonista de estas realidades, en este caso, situadas en el noreste de la provincia de Buenos Aires.

No obstante esto, resta proyectar acciones en torno a ciertos desafíos y temáticas aún no abordadas, tales como el rol de las mujeres productoras y emprendedoras, la profundización de otros ejes relacionados con la salud, las diversidades y la interseccionalidad como herramienta de análisis para comprender las desigualdades.

En palabras de Barrancos “les propongo que el arraigo sea también un alto consentimiento para expresiones vivificantes, expansivas y, sobre todo, críticas de los propios modelos de género que nos han inculcado”. Que esta instancia y otras próximas derriben muros, abran puertas e inauguren miradas en pos de la conformación de nuevas perspectivas, tanto para las mujeres como para las diversidades, con la igualdad, el empoderamiento y la justicia social como horizonte.

Ana Laura Fuentes

Secretaria de Relaciones Institucionales

Lorena Biancheri

Directora de Políticas de Arraigo

Este libro tiene su semilla en un ciclo de conversaciones virtuales que tuvieron lugar en plena pandemia de covid-19. En ese conversatorio, organizado por la UNSAdA, se reunieron distintas mujeres provenientes de ámbitos como las ciencias sociales, la política, la gestión pública, el feminismo, la investigación, el activismo social y los medios de comunicación para pensar en las mujeres y las temáticas de género con la mirada puesta en el arraigo como espacio que aporta las condiciones para la construcción del diálogo, la reflexión, la creación de conocimiento, valores y experiencias.